

HOJAS

UNIVERSITARIAS

088 • 2026



EDICIÓN ESPECIAL **60 años** de la Universidad Central



UNIVERSIDAD
CENTRAL



Revista interdisciplinar
de la Escuela de Estudios Transversales

HOJAS
UNIVERSITARIAS
088 • 2026

EDICIÓN ESPECIAL

60 años de la
Universidad Central



UNIVERSIDAD
CENTRAL



Revista interdisciplinar de la Escuela de Estudios Transversales

ISSN: 0120-1301

Fundada en 1974 por

Jorge Enrique Molina Mariño, Álvaro Rojas de la Espriella e Ignacio Cháves Cuevas

Editor emérito: Isaías Peña Gutiérrez

Consejo Superior

Rafael Santos Calderón

Presidente

Jaime Arias Ramírez

Fernando Sánchez Torres

Augusto José Acosta

Carl Henrik Langebaek

Aida Vanessa Wilches

Representante de los docentes

Johana Milena Asela

Representante estudiantil

Karen Tatiana Ramírez Gil

Representante de egresados

Paula Andrea López

Rectora

Luz Dalila Rivas

**Vicerrectora de Desarrollo Académico
e Innovación (e)**

Mario Henry Cárdenas

Vicerrector Administrativo y Financiero

Irma Carolina Ortégón

Secretaría General

Daniel Alberto Cardona

**Director Escuela de Estudios
Transversales - EET**

Luz Ángela González

**Directora Centro de Recursos para el
Aprendizaje y la Investigación - CRAI**

Equipo Editorial

Director: Diego Armando Sierra Amortegui

Editora del presente número: Yor Mary Llanos Gutiérrez

Comité Editorial del presente número

Jersy Steffany Quecan Duarte

Paula Andrea Duque Parra

Laura Daniela Dosa Acevedo

Heimy Sophia Ortiz Páez

Ivanna Manuela Rivera Monsalve

Santiago Calan Devia

Sebastián Velásquez Grandett

Corrección de textos y asesoría editorial

Nicolás Rojas Sierra

Material fotográfico y audiovisual

Master Central, UC

Eraida Reyes Duarte

Fotografías y portada

Gabriel Enrique Duarte Rojas

Diseño y diagramación

Mónica Cabiativa Daza

Impresión de este número

DGP Editores S.A.S.

Edición y Publicación

Universidad Central

- Escuela de Estudios Transversales – EET
- Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación - CRAI

Carrera 5 n.º 21-38, Bogotá - Colombia

Correo: hojasuniversitarias@ucentral.edu.co

Publicada en Colombia - Published in Colombia

Licencia Creative Commons 4.0:

Reconocimiento-No Comercial-

Sin obra derivada



El material gráfico, sin excepción, está protegido por copyright.

Contenido

- 5 **Presentación**
Diego Armando Sierra Amortegui

Miradas al pasado de cara al futuro

- | | | | |
|----|--|----|--|
| 14 | Una historia reciente
Isaías Peña Gutiérrez | 30 | Celebramos 60 años de cara al centenario
Rafael Santos Calderón |
| 20 | Polifonía de colores: las voces que construyen la universidad | 36 | El encuentro entre pasado y presente. Galería fotográfica |
| 24 | “60 años educando sueños”: entrevista a la rectora Paula Andrea López López
Yor Mary Llanos Gutiérrez | 44 | Celebrar el pasado, abrazar el futuro
Jaime Arias |

Nuestra historia compartida: seis décadas sembrando conocimiento

- | | | | |
|----|---|-----|---|
| 54 | La realización de un sueño humanista: sobre los fundadores de la Universidad Central
Yor Mary Llanos Gutiérrez | 80 | Sesenta años de legado: reflexiones sobre la Universidad Central y la transformación de la educación superior del siglo XXI
Paula Andrea López López
Daniel Alberto Cardona Gómez |
| 66 | Los fundadores de la UC | 92 | A la sombra del curubo
José Vicente Barreto R. |
| 68 | Arte, experiencia y profesión: capas de la formación artística en la Universidad Central del siglo XXI
Luz Dalila Rivas C. | 102 | Seis décadas de historia |
| 74 | La Universidad Central: memoria viva de un segundo hogar
Ruth Domínguez | | |

Voces que sostienen la universidad.

Cuatro entrevistas con quienes, desde los oficios menos visibles, han hecho posible la vida universitaria durante seis décadas.

- | | | | |
|-----|--|-----|--|
| 106 | “Amo la universidad. Creo que se me nota”
Olga Lucía García | 110 | “Cada estudiante es una vida, cada estudiante es un camino”
Matilde Isabel Andrade Díaz |
|-----|--|-----|--|

114 “La unión hace la fuerza: si somos buen equipo, salimos adelante”
Ana Lucía Herrera Aguilera

118 “La biblioteca que habita a las personas”
Alejandra Méndez

Ser estudiante ayer y hoy: recuerdos que nos formaron

Cinco egresados comparten sus recuerdos, sus aprendizajes y sus visiones de futuro.

124 Cuestionar las estructuras, construir con datos
Entrevista con Nicolás Cadena

128 El marketing que conecta, transforma y deja huella
Entrevista con Marcela Quevedo

134 Liderar es escuchar, construir juntos y nunca dejar de soñar
Entrevista con Luisa Fernanda Orozco

140 La intemperie como forma de lucidez
Entrevista con Leandro Colmenares Rodríguez

146 Equilibrar la norma con el contexto, siempre desde lo humano
Entrevista con Adriana Marcela Díaz Cepeda

Memoria viva: ¿qué pasó en la última década?

154 TEUC: 45 años formando escritores
Óscar Godoy

162 Cuidar para transformar: la apuesta de la Universidad Central por el futuro de Colombia
Ángela Isabel Maldonado

168 Un lugar para la memoria, la vocación y el porvenir
José Escobar Romero

176 A la buena gente, llamarla por su nombre
Alejandro Sandoval

182 El eco de los muros blancos: 60 años habitando un sueño
Manuel Ávila

188 Entre pasillos y recuerdos: sesenta años de memoria institucional
Vladimir Minorta Cely

194 Agradecimientos

Presentación

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?, preguntaba Bertolt Brecht (1935) en boca de un obrero que leía y se asombraba de que los “grandes libros de la historia” solo nombraran a reyes y hombres representativos. Sabemos que la pregunta no era retórica: era una herida abierta en el corazón de la historia oficial, una fisura por la que se cuelan todos los rostros que el tiempo olvida. La Universidad, como toda institución humana, no escapa a esa tensión irresuelta entre los nombres que se graban en las placas conmemorativas y las manos —muchas manos— que pusieron los ladrillos, barrieron los pasillos, sirvieron el café, custodiaron las puertas en la madrugada y ordenaron, con paciencia infinita, los libros en los estantes. Esta idea se vincula con lo que el profético Walter Benjamin, pensador de los márgenes y las ruinas, advirtió al decir que la historia de los vencedores siempre amenaza con barrer a los vencidos: que cada documento de cultura es, al mismo tiempo, un documento de barbarie, porque detrás de cada obra celebrada hay un silencio que la sostiene. Leer juntos a Brecht y a Benjamin, en el umbral de este número conmemorativo, no es un ejercicio académico: es una forma de preparar los ojos para ver desde abajo y auscultar más allá de lo que dicen los datos históricos y las actas fundacionales.

Esta premisa nos obliga a pensar que la historia de nuestra universidad no inicia, pues, solamente en la visión ideológica de quienes la imaginaron y le dieron forma jurídica e institucional. Comprende también al obrero que cimentó las primeras paredes, al vigilante que abrió las puertas antes del amanecer, a la directora de programa que trabajó con su equipo durante meses la apertura de un espacio académico que transformaría la vida de cientos de estudiantes. Es el bibliotecario que conoce de memoria los anaqueles y que sabe, sin necesidad de buscarlo, dónde está el libro que nadie recuerda haber pedido. Es también el primer día de clase de un docente que llegó con el sílabo tembloroso en las manos y salió convencido de que enseñar valía la pena. Es también la historia de la asistente que resolvió en silencio el nudo administrativo

que habría detenido un proceso académico. Es la señora que barre los pasillos al amanecer antes de que llegue el primer estudiante y, por supuesto, entre muchos otros, es también la historia del vendedor de cafetería que aprendió el nombre de sus clientes frecuentes. Y todas estas pequeñas historias confluyen en la gran historia de esta casa de estudios. En su sentido más profundo y más verdadero, es una historia coral: polifónica, entretejida, hecha de voces que rara vez aparecen en los grandes libros pero que, sin embargo, la sostienen y la hacen posible cada día.

Es así que esta historia (nuestra historia compartida) no podía estar al margen de su revista universitaria. Por esta razón, *Hojas Universitarias* se une a la celebración de seis décadas de existencia —sesenta años de pensamiento crítico, de escritura viva, de diálogo entre generaciones—, con el propósito no solo pertinente, sino urgente, de detenerse a mirar hacia atrás con los ojos del que Benjamin llamaba el ángel de la historia: ver en el pasado no una sucesión lineal de glorias, sino un campo complejo de esfuerzos, contradicciones y semillas que germinaron con el tiempo. Este número conmemorativo nace de esa convicción: que la memoria de una institución es tan grande como la amplitud de las voces que es capaz de reconocer. Y que honrar sesenta años de nuestra institución implica, antes que nada, honrar a quienes hicieron posible que existiera algo que mereciera ser contado. Porque sesenta años no se cuentan solo en cifras. Se cuentan en clases, en tesis, en libros catalogados y en pasillos bien barridos. Se cuentan en las decisiones que alguien tomó un día ordinario, sin saber que estaba construyendo historia. Se cuentan en los egresados que se fueron y en los que volvieron, en los que enseñaron durante décadas y en los que apenas empiezan; en los que sostuvieron la institución desde los márgenes del organigrama sin que nadie les agradeciera en los discursos oficiales. Este número nace de la certeza de que esos sesenta años merecen ser contados con una amplitud que la historia suele negarse a sí misma: no como la biografía de una institución, sino como la memoria viva de una comunidad.

Una memoria, sin embargo, no se construye sola. Necesita voces, y este número las convoca con deliberada generosidad. Entre quienes

han marcado con mayor profundidad el rumbo de la Universidad Central se encuentran dos figuras cuya trayectoria encarna la memoria de décadas de compromiso institucional: nombres cuya presencia en estas páginas es, a la vez, testimonio y continuidad: el Dr. Rafael Santos y el Dr. Jaime Arias, ambos exrectores y miembros permanentes del Consejo Superior. Sus voces son voces del pasado: son memorias en movimiento, experiencias decantadas que iluminan el presente y señalan el mapa de lo que esta universidad ha sido y la brújula para lo que puede llegar a ser. Leerlos en estas páginas es comprender que las instituciones no son edificios ni reglamentos, sino conversaciones largas que atraviesan el tiempo.

Por supuesto, el presente también tiene su propia voz, y es una voz de apertura y de futuro. La Dra. Paula Andrea López López, actual rectora de la Universidad Central, nos ofrece en este número una mirada sobre el presente de la institución de cara a los desafíos que el porvenir impone. Su perspectiva articula el legado recibido con la voluntad de transformación, ese equilibrio delicado entre la fidelidad a una historia y la audacia de imaginar lo que aún está por venir. Su contribución no es solo institucional: es también una declaración de principios sobre el tipo de universidad que queremos ser, sobre el lugar que la Universidad Central aspira a ocupar en la vida cultural, académica y social del país. Su texto es, en ese sentido, un puente tendido entre lo que fuimos y lo que estamos eligiendo ser.

Alrededor de esas voces que llevan el peso de la conducción institucional, este número reúne también las perspectivas de quienes habitan la universidad en su dimensión más cotidiana y más fértil. Voces que, desde los distintos espacios de la vida universitaria, siguen construyendo —ladrillo a ladrillo, clase a clase, investigación a investigación— el edificio siempre inacabado de esta institución. Directores y directoras de programas y escuelas que han navegado la complejidad de articular lo académico con lo administrativo sin perder de vista la misión esencial: formar personas. Docentes que llevan años, o apenas meses, parados frente a un grupo de estudiantes con la convicción de que cada clase es una oportunidad de ensanchar el mundo. Sus textos, sus reflexiones y sus perspectivas habitan estas páginas con la misma

legitimidad que las voces más reconocidas, porque la historia de una universidad es también la historia de quien enseñó por primera vez, lleno de dudas y de esperanza, un lunes a las siete de la mañana.

Y están, por supuesto, los estudiantes y egresados. Aquellos que ingresaron un día con la mochila llena de expectativas, de sueños, de preguntas todavía sin forma. Estudiantes que aprendieron un saber disciplinar, pero también a ver el mundo desde un horizonte universal. Sus maestros y maestras sembraron en ellos la semilla de la reflexión, así como la capacidad de pensar críticamente tanto dentro como fuera de las aulas. Su legado y su presencia en este número no son auxiliares: son fundacionales. Porque una universidad que no escucha a sus estudiantes es una universidad que ha olvidado para qué existe. Con trayectorias largas o recién comenzadas, con la frescura de quien aún lo ve todo por primera vez o con la madurez de quien ya sabe que las preguntas más importantes no tienen respuesta fácil, los estudiantes y egresados que participan en este número son, también, la prueba viva de que la misión de la Universidad Central sigue teniendo sentido.

Pero hay algo más que este número busca hacer, algo que va más allá de reunir textos y voces ilustres. *Hojas Universitarias*, en su número conmemorativo del sexagésimo aniversario, quiere saldar una deuda, al menos simbólicamente: la deuda con quienes sostuvieron esta institución desde los lugares que los organigramas llaman “apoyo” y que en realidad son fundamento. Las personas que limpiaron, que sirvieron, que cuidaron, que administraron con discreción. Las asistentes y los asistentes que conocen cada procedimiento, cada formato, cada plazo, y que son, en la práctica, la memoria operativa de la institución. Los vigilantes que cuidan lo que la comunidad universitaria ha construido. En todos ellos reconocemos la memoria de quienes hicieron posible la Universidad Central que hoy existe, y su trabajo merece ser nombrado con la misma dignidad que cualquier cátedra.

Esta decisión editorial—la de hacer visible lo que la historia tiende a invisibilizar—no es un gesto sentimental. Es una elección política en el sentido más noble del término: la política de quiénes cuentan, de quiénes merecen ser recordados, de qué tipo de comunidad queremos ser. Y por eso no podemos olvidar a quienes hicieron realidad nuestra

revista, en especial al maestro Isaías Peña, miembro del comité desde sus comienzos y director editorial durante buena parte de estos años. Desde su fundación, hace más de cinco décadas, la revista *Hojas Universitarias* se ha convertido en un espacio de pensamiento crítico, abierto a la reflexión humanística, comprometido con los temas sociales, filosóficos y científicos. Tal y como lo señalaron sus fundadores, esta revista “es el símbolo de la conciencia crítica constructiva y vigilante que se respira en el Claustro y de una visión serena, pero auscultadora de la problemática del país y las metas de integración y liberación latinoamericana” (p. 94, núm. 20, 1984). Hasta el sol de hoy, la revista mantiene vivo este espíritu. Por esa razón, a cada persona que participó como director/a editorial, editor/a jefe, hizo parte del comité editorial o colaboró en estos ochenta y ocho números, a todos ellos, aunque sus nombres no se mencionen directamente, tengan la seguridad de que en este número circula el ADN de su memoria, el legado de sus pensamientos, la laboriosidad de su constancia y arduo trabajo. Sería contradictorio celebrar ese legado sin asumir, en este número especial, la responsabilidad de ampliar el horizonte de lo que consideramos digno de su memoria.

Por eso, los textos que encontrarán en estas páginas no pretenden ser la historia definitiva de la Universidad Central, sino una invitación a seguir escribiéndola. Cada testimonio, cada reflexión, cada análisis, cada contenido que aquí aparece es un punto de partida para nuevas conversaciones, para otros números, para generaciones que aún no han llegado y que heredarán esta institución con la tarea de hacer algo nuevo y mejor con ella. La memoria no cierra: abre.

Este número de *Hojas Universitarias* aspira a convertirse en un insumo invaluable para toda la comunidad académica. Un documento que pueda ser leído por el estudiante de primer semestre que apenas está conociendo esta universidad, pero también por el egresado que lleva treinta años construyendo su vida fuera de estas aulas y que guarda en su historia personal el rastro de lo que aquí aprendió. Un texto que el docente pueda llevar al aula y el investigador pueda citar, pero que también pueda abrir en sus manos alguien que limpió estas

aulas durante veinte años y que merece encontrar, en estas páginas, un reflejo de su propia relevancia en esta historia.

Sesenta años de la Universidad Central son, en definitiva, sesenta años de una pregunta que se renueva: ¿quién construyó esta universidad? La respuesta que propone este número es, a la vez, sencilla y radical: todos. Quienes estuvieron, quienes están y, por supuesto, quienes llegan. A todos corresponde, en suma, preservar y honrar su memoria. ○

Diego Armando Sierra Amortegui

Director editorial

Hojas Universitarias





**MIRADAS AL PASADO
DE CARA AL FUTURO**

Una historia reciente

Isaías Peña Gutiérrez* |

* Narrador, ensayista, historiador, periodista cultural, bloguero, jurado, docente y funcionario universitario. En la Universidad Central, fundó el Taller de Escritores (TEUC) en 1981, la Especialización en Creación Narrativa en 2008 y el pregrado de Creación Literaria en 2010. Dirigió la revista Hojas Universitarias entre 1998 y 2019. Correo: isaias1317@gmail.com

Se podría decir que la historia de la Universidad Central se divide en dos grandes partes: la anterior y la posterior al sábado 18 de noviembre de 1995, cuando murió en Bogotá el más importante de sus cofundadores, cuya única solicitud al morir, hecha a modo de ruego implorante, fue que sus profesores y administradores no la dejaráramos desaparecer, sino que la cuidáramos como él la había querido. La Universidad era ese sueño que había nacido en junio de 1966, hacía apenas 29 años. Me refiero al abogado externadista Jorge Enrique Molina Mariño, el “rector inolvidable”, al decir de su secretario general, Ramón Manrique Boeppler.

La Central —cuyo nombre daría para otro artículo— había sido fundada por Molina Mariño y otras figuras de la educación y la cultura colombiana, varios de ellos también externadistas, como Carlos Medellín Forero (primer rector), Elberto Téllez Camacho, Eduardo Mendoza Varela, Alberto Gómez Moreno, Darío Samper, Raúl Vásquez Vélez y Rubén Amaya Reyes. Tres de ellos eran poetas.

Su vocación inicial había sido la de ser una institución técnica y deportiva, por la afinidad de su cofundador inicial, don Alberto Gómez Moreno, posteriormente director financiero y administrador por muchos años. Por eso comenzó con la Facultad de Contaduría Pública, que alcanzó sus más altos niveles cuando la dirigió un egresado centralista, el primer contador general de la Nación, Edgar Fernando Nieto Sánchez. En 1971 aparecieron las carreras de Economía y Administración de Empresas, que tuvieron por entonces excelentes decanos como Enrique Peña y Álvaro Velásquez, este último centralista. Esto respondía a una de las características del rector fundador: hacer escuela con sus propios estudiantes.

La Universidad Central funcionaba, para entonces, en la sede que había sido, hasta 1969, de la Universidad Externado de Colombia, en la carrera 16 n.º 24-45, barrio Santa Fe, donde yo había concluido mis estudios de Derecho en 1968. Y allí permanecería hasta que, después de un traslado por etapas a la nueva sede en la carrera 5 n.º 21-38, barrio Las Nieves, la rectoría y el Departamento de Humanidades y Letras, que dirigía Álvaro Rojas de la Espriella, fueran los últimos en llegar. Yo hacía parte de ese trasteo como integrante de Humanidades.

El crecimiento de las unidades académicas y curriculares pronto se puso en marcha. Surgieron con éxito las carreras de Comunicación, Publicidad, Ingeniería de Sistemas, Recursos Hídricos y Gestión Ambiental, Mercadología, Ingeniería Electrónica, Ingeniería Mecánica y Estudios Musicales. Después de 1995, cuando murió Molina Mariño, surgirían varios programas más, como Cine, Arte Dramático, Creación Literaria, Derecho, Matemáticas y Biología.

Pero de la primera parte, antes de 1995, quisiera resaltar ciertos principios que fueron el alma de la Universidad Central, algunos recordados por mi exalumno Ramón Manrique B. en su artículo “Rasgos e ideas de un rector inolvidable” (*Hojas Universitarias*, núm. 44, 1997).

Primero, la integración e interacción entre los conceptos de civilización, ciencia y técnica, y los de cultura, humanidades y arte. Aunque la idea inicial de Gómez Moreno fue la de impulsar las ciencias exactas, la técnica y los oficios, la preparación y el ejercicio de los deportistas (cabe recordar que la Central sería muy pronto la ganadora de los Juegos Nacionales Universitarios, que Molina Mariño trajo a la Central a los grandes ajedrecistas del mundo y que privilegió con becas a los estudiantes en distintas ramas del deporte), Molina Mariño logró integrar al grupo de fundadores a escritores y poetas de renombre nacional, como Darío Samper, de Piedra y Cielo; Carlos Medellín, de la generación de Medio Siglo, y Eduardo Mendoza Varela, poeta, columnista de *El Tiempo* y director de su suplemento *Lecturas Dominicales*. Le dio prioridad a la creación del Departamento de Humanidades y Letras y nombró como director al filósofo y escritor Álvaro Rojas de la Espriella, quien asumiría muy pronto la coordinación del primer número de la revista institucional *Hojas Universitarias*, a cuyo

comité de redacción me sumé tan pronto ingresé, en 1975, a la Central. Simultáneamente, se creó el Cine Club Universidad Central, bajo la dirección de Laura Restrepo, pionero y ejemplo en el país y, sin duda, antecedente teórico y práctico de su futura carrera de Cine. Entre 1975 y 1980 sesionó su Curso Preuniversitario, apoyo para quienes deseaban ingresar a las carreras profesionales, que diseñé y dirigí. Y en 1981, con el aval entusiasta de Molina Mariño, tuve la fortuna de crear el Taller de Escritores de la Universidad Central, experiencia que, luego de 30 años de investigación, desembocaría en el diseño personal, sin el famoso marco teórico eurocentrista exigido por la academia, de la malla curricular de la carrera de Creación Literaria, aprobada por el Ministerio de Educación en 2010. Esta malla curricular, a su vez, resumía el índice de mi libro *El universo de la creación literaria*, escrito y reescrito en los últimos treinta años, gracias al respaldo incondicional que siempre me dio la Central.

Como resulta fácil de advertir, Jorge Enrique Molina Mariño creía que sin esos resortes culturales y artísticos no se podía hacer universidad en el pleno sentido de la palabra. No se trataba de hacer negocio con la educación; se buscaba alcanzar una meta en complicidad con la ciencia y la cultura, en busca de una nueva dignidad humana.

Segundo, el sentimiento de pertenencia y arraigo al ser del continente y de la cultura latinoamericanos. Para entenderlo, basta recordar la conversación telefónica que sostuvieron, mediante un altavoz, entre la clínica y la oficina de la rectoría, Alba Ruth Restrepo, secretaria de rectoría; Álvaro Rojas de la Espriella, vicerrector académico; Raúl Carrera Lastra, decano de posgrados, y Ramón Manrique, secretario general, con el rector Jorge Enrique Molina Mariño, quien, entre varias recomendaciones, daba la orden de asistir, en representación de la Universidad Central, a las conferencias internacionales de la OIU (Organización Interamericana de Universidades) y de la UDUAL (Unión de Universidades de América Latina), que en las semanas siguientes se realizarían en Chile y Costa Rica. El rector moriría al día siguiente, 18 de noviembre de 1995, y ellos viajarían de inmediato a los destinos señalados. La relación de Molina Mariño y de la Universidad Central con el

mexicano Leopoldo Zea y otros grandes pensadores del continente fue intensa desde su nacimiento. Fue la gran época en que también comencé a escribir mi futuro libro, *Historia de la literatura latinoamericana*. La integración de la Universidad a la realidad del continente latinoamericano fue un sueño del rector y sigue siéndolo.

Tercero, la Universidad Central, al margen de partidos e ideologías, en su pensamiento académico y social, siempre abogará por el cumplimiento de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y por el respeto de sus principios.

Las rectorías posteriores a 1995, las de Rubén Amaya Reyes, José Luis Gómez Valderrama, Jaime Arias Ramírez, Guillermo Páramo Rocha (durante la cual se adquirió el Teatro Faenza, una joya del patrimonio nacional), Rafael Santos Calderón y Paula Andrea López, han continuado las rutas de los fundadores. El acogedor ámbito cultural y artístico, la innovación científica y tecnológica, la persistencia en el desarrollo deportivo, la renovación de su infraestructura arquitectónica y la búsqueda de nuevas rutas académicas buscan dar respuesta a las crisis que sufre la educación universitaria en el mundo entero.

Ojalá encontremos en el futuro los algoritmos suficientes para responder a las preguntas sobre nuestro pasado reciente y el que ya comienza a ser remoto. ○

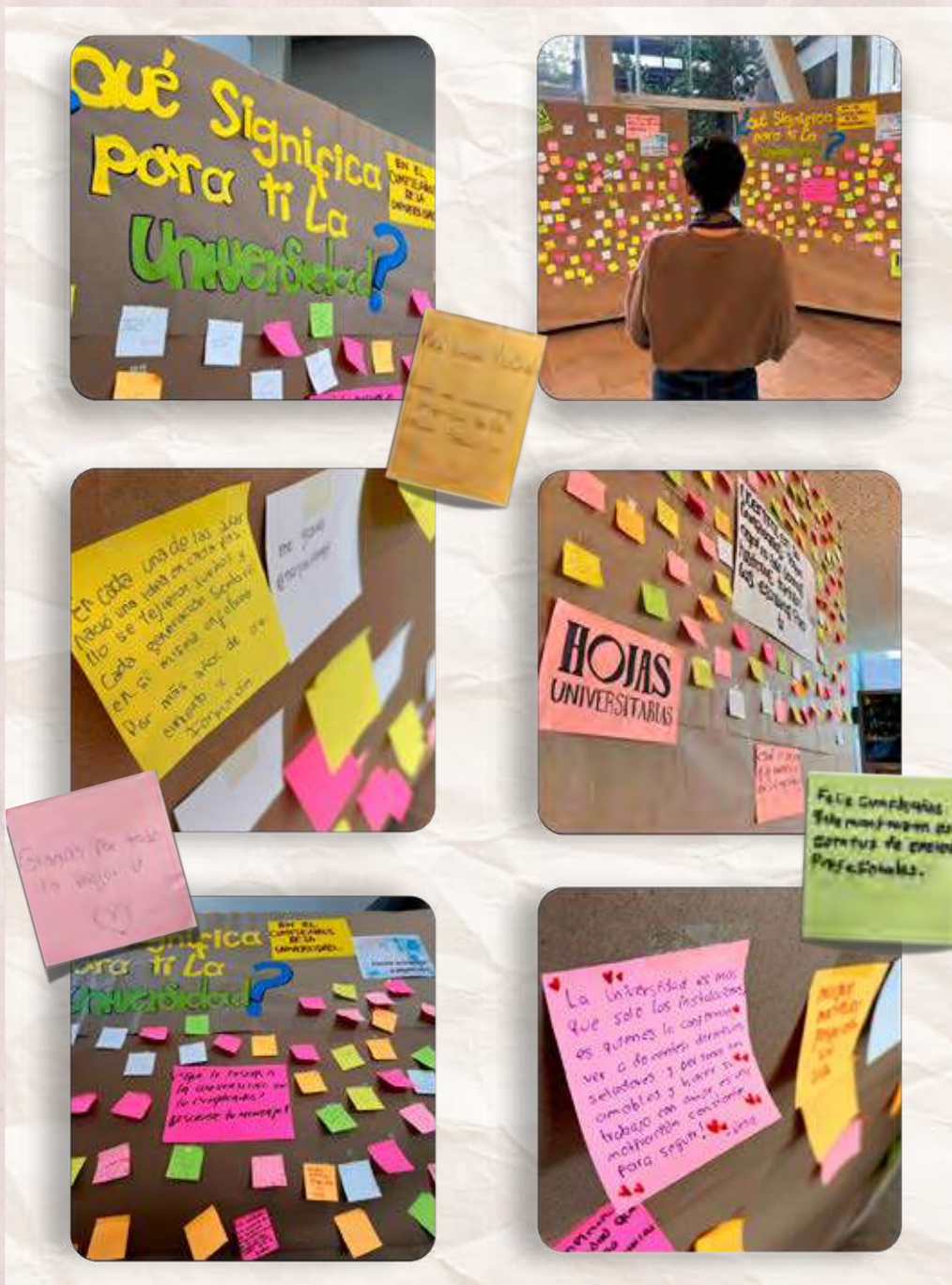
Pitalito, 17 de junio de 2026



Polifonía de colores: las voces que construyen la universidad

Como parte de la celebración de los 60 años, se creó este mural colectivo de frases y palabras recogidas en notas adhesivas de diversos colores. En esta actividad, los estudiantes de diferentes programas académicos fueron invitados a expresar, mediante una palabra o un breve mensaje, aquello que la Universidad Central representa en sus vidas. Los aportes reunidos dieron forma a una composición visual cargada de significados, emociones y experiencias, en la que conceptos como *conocimiento*, *amistad*, *crecimiento*, *diversidad*, *compromiso* y *futuro* reflejan la manera en que la comunidad estudiantil percibe y vive la institución en esta conmemoración. El mural se convirtió en un espacio de participación y memoria colectiva que permitió reconocer la Universidad desde las voces de quienes la habitan cotidianamente. ○







“60 años educando sueños”: entrevista a la rectora Paula Andrea López López

Yor Mary Llanos Gutiérrez* |

* Docente de la Escuela de Estudios Transversales de la Universidad Central y coordinadora de esta edición especial de la revista *Hojas Universitarias*, n.º 88, en homenaje a los sesenta años de la institución.
Correo: yllanosg@ucentral.edu.co

El pasado 1.º de diciembre de 2025, tuve la oportunidad de dialogar con la Dra. Paula Andrea López López, rectora de la Universidad Central desde el año 2024, sobre la trayectoria seguida por la institución en el marco de su sexagésimo aniversario. En la entrevista se tocaron temas como el legado de los fundadores, los retos que tiene la Universidad en los tiempos actuales y la propuesta de consolidación de los procesos en la Visión 2030.

La rectora proyecta en sus ideas una visión en la que el pasado y el futuro de la Universidad Central se entrelazan mediante un humanismo innegociable; este humanismo constituye una esencia que continúa siendo el motor de toda la institución, lo cual demuestra que la evolución institucional no solo depende de lo tecnológico, sino que se expresa como una condición profundamente ética.

Según la rectora Paula López, aún se mantiene la convicción de que la formación profesional debe trascender lo técnico para enfocarse en la formación humana y el impacto social; una postura que nace de una *“genuina y natural conexión con los ideales de los fundadores”* y entiende que, aunque los contextos históricos han cambiado desde los años sesenta y setenta, la misión de la Universidad sigue siendo la movilidad social desde una perspectiva humanista. Y en todo caso, si bien la gestión actual conserva la esencia de este compromiso —esto es, que la educación continúe siendo el motor que impulse a los estudiantes a superar las brechas sociales—, también debe recorrer los nuevos horizontes abiertos por los avances tecnológicos.

Sin embargo, bajo este liderazgo, se defiende con firmeza la convicción de que *“la formación profesional va más allá de lo técnico y, sobre todo, debe trascender hacia la formación humana”*. En un mundo que a menudo prioriza la instrucción rápida y utilitaria, y que amenaza constantemente con el reemplazo por la inteligencia artificial, la

rectora invita a los jóvenes a no buscar solo el aprendizaje rápido de un oficio técnico, sino a comprometerse con una formación profesional que les dé un sentido ciudadano, político y ético: “No queremos solamente ingenieros que sepan lo técnico, sino grandes seres humanos que saben lo técnico”. Se trata, así, de formar profesionales con la sensibilidad necesaria para liderar con ética.

Esta filosofía de anteponer lo humano se traslada directamente al ecosistema digital, donde la consolidación de la virtualidad se aborda como un puente para extender la educación de alta calidad. Lejos de ser un proceso frío o distante, la tecnología es vista en la Universidad Central como una mediación que permite a la institución llegar a regiones apartadas, atendiendo a un nuevo perfil de estudiante que promedia los 34 años y que enfrenta retos únicos en la actualidad. En este entorno, el docente debe transformarse también y convertirse en una “guía que inspira y acompaña ese proceso de autogestión del aprendizaje”, asegurando que el centro del modelo educativo siga siendo la relación personal y el acompañamiento constante.

La rectora Paula López resalta la necesidad de continuar fortaleciendo el bienestar integral del estudiante en el ámbito de lo virtual. Aunque hay diferencias entre lo presencial y lo virtual —por ejemplo, en relación con los espacios—, la distancia física no debe implicar soledad ni descuido de la salud mental. En este sentido, el acompañamiento docente también se transforma, y, con la implementación de figuras como el gestor de acompañamiento disponible 7/24, la Universidad garantiza un soporte que va más allá de lo académico para atender necesidades físicas y emocionales. La virtualidad con un sentido humano demuestra que las plataformas digitales son herramientas poderosas para el cierre de brechas, siempre y cuando mantengan el espíritu de cuidado y cercanía que caracteriza a la cultura unicentralista.

Esta apuesta por el bienestar responde a una visión institucional más amplia, en la que las personas constituyen el centro de todas las decisiones académicas y de gestión. En la Universidad Central hemos decidido acompañar proyectos de vida, fortalecer las capacidades humanas y generar condiciones que favorezcan el desarrollo integral de estudiantes, profesores, gestores académicos y administrativos.

Desde esta perspectiva, la calidad se entiende no solo como excelencia académica, sino también como la capacidad de construir comunidad y aportar al bienestar colectivo.

Hacia el año 2030, la Universidad se proyecta como una organización *“centrada en las personas desde lo digital”*, en la que la inteligencia artificial se integra de manera armónica, pero siempre subordinada a la esencia humana. La rectora Paula López sostiene que, si bien las máquinas pueden realizar tareas mecánicas, el futuro se construye desde una *“visión esperanzadora donde la máquina es una extensión de las capacidades humanas e intelectuales [...], pero no es el reemplazo de aquello que el humano hace mejor”*, como el pensamiento crítico y la emocionalidad.

El reto tecnológico se asume, entonces, como una oportunidad para potenciar lo que nos hace únicos como especie. Así, la rectora recalca, a lo largo de la conversación, la importancia de la transición de la Universidad Central hacia un modelo que armoniza la tradición humanista con la vanguardia tecnológica; por ello, el compromiso de la gestión actual es formar profesionales con sensibilidad social que utilicen las herramientas tecnológicas de forma responsable. Ahora bien, detrás de los estudiantes en modalidad virtual, igual que en los presenciales, hay condiciones humanas que interfieren en el proceso formativo y que hay que entender. No podemos desconocer que el estudiante en modalidad virtual tiene dificultades asociadas con su salud mental y física; los tienen tanto como los estudiantes en la presencialidad, aunque los momentos y los mecanismos para detectar estas problemáticas son distintos.

Por otro lado, lo interesante de todos estos nuevos procesos es que la virtualidad también nos está dando, como Universidad, la oportunidad de llegar —siempre con una formación de alta calidad— a las regiones a las que no hubiéramos llegado de otra manera. Entonces hoy en día tenemos jóvenes que ven posible realizar un proyecto de vida gracias a la Universidad Central, porque les ofrecemos la oportunidad de llevarlo a cabo desde la modalidad virtual. Esta expansión hacia nuevos territorios también representa una oportunidad para fortalecer el impacto social desde los diferentes procesos formativos

que desarrolla la Universidad. La investigación aplicada y formativa, la innovación educativa y el trabajo articulado con distintos sectores de la sociedad se consolidan como herramientas fundamentales para comprender los desafíos contemporáneos y aportar soluciones pertinentes a las necesidades del país y de las regiones.

En referencia al campus universitario, la doctora López menciona que este enfoque humanista se materializa en espacios que buscan ser habitados no solo físicamente, sino también virtualmente, de forma reflexiva y rechazando cualquier forma de violencia simbólica o fundamentalista que se pueda dar en la institución. Desde esta perspectiva, señala que se están llevando a cabo acciones y estrategias que permitan liberar las tensiones que puedan darse en la convivencia entre diversos grupos humanos, es decir, entre estudiantes, entre profesores y entre administrativos. La idea es crear espacios en los que coexistan múltiples miradas que permitan la reflexión en medio de la agitación académica que pueda surgir con la implementación de nuevos procesos y nuevas tecnologías. Se trata de *“acompañar la construcción del camino del conocimiento sin una postura única”*, con lo cual la Universidad reafirma que, sin importar la época o la plataforma, *“la educación siempre será transformadora de vidas”*.

La visión de futuro de la Universidad Central trasciende la transformación digital. Para la rectora Paula López, los próximos años representan la oportunidad de consolidar una institución cada vez más centrada en las personas, comprometida con la excelencia académica, la sostenibilidad, la innovación y la generación de conocimiento con impacto social, así como con la formación integral de ciudadanos capaces de responder a los desafíos de un mundo en permanente cambio. La tecnología y la inteligencia artificial serán herramientas fundamentales en ese camino, pero siempre al servicio del desarrollo humano, el pensamiento crítico y la construcción de una sociedad más justa y equitativa.

Al cumplir sesenta años de existencia, la Universidad Central reafirma su vocación transformadora. Inspirada en el legado de sus fundadores y con la mirada puesta en el futuro, avanza hacia un horizonte en el que la excelencia académica, la innovación, el cuidado de

las personas y el compromiso con la sociedad convergen para seguir construyendo oportunidades. Fiel a su esencia humanista, continuará formando ciudadanos íntegros, generando conocimiento relevante y ampliando el acceso a una educación de alta calidad que contribuya al desarrollo del país. Porque, más allá de las modalidades, las tecnologías o los contextos históricos, la educación seguirá siendo la fuerza más poderosa para transformar vidas, ampliar horizontes y construir una sociedad más justa, equitativa y sostenible. ○

Celebramos 60 años de cara al centenario

Rafael Santos Calderón* |

* Exrector y miembro permanente del Consejo Superior de la Universidad Central.
Correo: rsantosc@ucentral.edu.co

La educación siempre ha sido, en esencia, un acto de esperanza. Una apuesta de las sociedades contra la incertidumbre. Una manera de imaginar el porvenir antes de que exista. Por eso la célebre afirmación del pedagogo brasileiro Paulo Freire conserva toda su vigencia: “La educación no cambia el mundo: cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

La historia, precisamente porque la escriben distintas generaciones y porque en ella desfilan innumerables protagonistas, rara vez tiene la última palabra. Su mayor virtud consiste en permitirnos mirar hacia atrás para comprender nuestros aciertos, reconocer nuestros errores y construir el futuro sobre lo aprendido. En el caso de una institución como la Universidad Central, la historia no es únicamente una sucesión de acontecimientos: es la memoria viva de una comunidad académica que durante seis décadas ha procurado mantenerse fiel a una vocación humanista, crítica y profundamente comprometida con el país.

Próxima a cumplir sus primeros sesenta años, la Universidad Central se prepara ahora para una nueva etapa de su trayectoria: avanzar con decisión hacia su primer centenario como una institución sólida, innovadora, sostenible y académicamente relevante. La historia ya escrita —con sus dificultades, aprendizajes y logros— da cuenta de una universidad seria, acreditada dos veces en alta calidad, comprometida con la formación de ciudadanos íntegros y profesionales competentes. Los casi 58 000 egresados, la mayoría de ellos provenientes de familias de escasos recursos económicos, han encontrado en sus aulas una oportunidad de transformación personal, movilidad social y construcción de futuro.

A lo largo de estas seis décadas, la Universidad Central ha sabido superar obstáculos que en distintos momentos parecían insalvables. Esa capacidad de adaptación explica buena parte de su permanencia. Pero quizás nunca como ahora las universidades habían enfrentado transformaciones tan aceleradas, profundas y desconcertantes como las que atraviesa hoy la humanidad.

El futuro dejó de ser una categoría distante. Irrumpió abruptamente en nuestras aulas, en nuestros hogares, en nuestras formas de aprender, de enseñar y de comprender el conocimiento. Y lo hizo impulsado por una revolución tecnológica que avanza con una velocidad que desafía incluso nuestra capacidad de asombro.

La inteligencia artificial, la automatización, la virtualidad inmersiva, el análisis masivo de datos y las nuevas economías digitales están redefiniendo no solamente las profesiones, sino también la idea misma de universidad. Como advierte Yuval Noah Harari, uno de los mayores desafíos del siglo XXI será la creciente irrelevancia de quienes no logren adaptarse a la velocidad del cambio tecnológico. La pregunta ya no es únicamente qué debemos enseñar, sino cómo formar seres humanos capaces de reinventarse varias veces a lo largo de su vida.

En medio de esta transformación vertiginosa, las instituciones de educación superior enfrentan una paradoja inquietante: deben preparar a sus estudiantes para profesiones que todavía no existen, utilizando tecnologías que cambian cada pocos meses, en un mundo cuyo horizonte resulta cada vez más impredecible. Lo que hoy es innovador, mañana es obsoleto.

La incertidumbre se ha convertido en la nueva normalidad de la educación superior.

Frente a ese escenario, muchas universidades permanecen atrapadas en modelos pedagógicos concebidos para otro siglo. Persisten estructuras rígidas, culturas organizacionales resistentes al cambio y formas tradicionales de enseñanza que avanzan con lentitud mientras el mundo exterior se mueve a velocidades exponenciales. Como señalaba Zygmunt Bauman, vivimos tiempos líquidos: nada permanece inmóvil demasiado tiempo, y toda certeza parece provisional.

La universidad contemporánea no puede limitarse a transmitir información, porque la información dejó de ser un bien escaso. Lo verdaderamente escaso es la capacidad de interpretar críticamente el conocimiento, discernir en medio del ruido digital y preservar una dimensión ética y humana frente al implacable avance de las máquinas.

Ese será, probablemente, el gran desafío de las próximas décadas: mantener el humanismo en el centro de la educación, en una época dominada por algoritmos.

La tecnología está transformando radicalmente la experiencia educativa. La inteligencia artificial comienza a redactar textos, resolver problemas complejos, programar *software*, producir imágenes y apoyar procesos científicos con niveles de eficiencia que hace pocos años parecían inimaginables. Los estudiantes llegan hoy a las aulas acompañados de herramientas tecnológicas capaces de responder en segundos lo que antes exigía largas horas de búsqueda y reflexión.

Pero precisamente allí emerge el desafío más profundo para las universidades: formar criterio en tiempos de automatización intelectual. Como advertía Edgar Morin, la educación del futuro tendrá que enseñar a navegar la complejidad, enfrentar la incertidumbre y comprender las múltiples conexiones entre ciencia, ética, cultura y sociedad. El problema no será el exceso de tecnología, sino la ausencia de pensamiento crítico para comprender sus consecuencias. El mundo reclama hoy un humanismo al que se someta la tecnología, y no lo contrario.

La Universidad Central ha entendido que innovar ya no es una opción secundaria, sino una condición indispensable para preservar su relevancia académica y garantizar su sostenibilidad institucional. La apuesta por fortalecer la educación virtual mediante alianzas estratégicas representa no solamente una oportunidad de expansión académica, sino también un paso decisivo hacia la consolidación financiera de la institución y hacia la construcción de nuevas formas de aprendizaje a lo largo de la vida.

La virtualidad, bien entendida, no debe asumirse como una renuncia a la experiencia universitaria tradicional, sino como una ampliación de sus posibilidades. La educación presencial seguirá

siendo fundamental en la construcción de comunidad académica, pensamiento crítico y experiencia humana compartida. Pero las nuevas realidades exigen modelos más flexibles, híbridos e innovadores que permitan responder a las necesidades de estudiantes que habitan un mundo radicalmente distinto al de hace apenas una década.

Las nuevas generaciones aprenden, consumen información y se relacionan con el conocimiento de maneras profundamente diferentes. Son más veloces, más visuales y auditivas, más fragmentarias y menos dispuestas a aceptar esquemas rígidos de enseñanza. Comprender qué las motiva, qué las emociona, cuáles son sus aspiraciones y cómo imaginan su futuro será determinante para cualquier universidad que aspire a sobrevivir en las próximas décadas. Las universidades que no entiendan a sus estudiantes terminarán hablando un lenguaje que nadie escucha.

Por eso será indispensable fortalecer nuevas metodologías pedagógicas, transformar las dinámicas de aprendizaje y repensar el papel mismo del profesor. Lejos de desaparecer, el docente adquirirá una relevancia aún mayor. Ya no será únicamente transmisor de contenidos, sino mentor intelectual, guía ético y creador insustituible de experiencias significativas de aprendizaje. Cuando la oferta de información es infinita, el verdadero valor reside en quien ayuda a comprenderla. Como afirmaba también Paulo Freire, “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción”.

La transformación que exige este tiempo no será exclusivamente tecnológica. También demandará cambios profundos en la cultura organizacional de las universidades. Derribar estructuras aisladas, fortalecer el trabajo colaborativo, acelerar la toma de decisiones y construir propósitos institucionales compartidos será indispensable para enfrentar con éxito los desafíos del porvenir.

Nada de esto será fácil. Exigirá liderazgo, cuantiosas inversiones y la capacidad de abandonar prácticas que durante décadas parecieron inamovibles. Muchas universidades del mundo no sobrevivirán a esta transición histórica. Otras perderán relevancia lentamente. Algunas,

en cambio, lograrán reinventarse y ocupar un lugar central en la nueva arquitectura global del conocimiento.

La Universidad Central tiene ante sí ese desafío histórico.

Después de casi sesenta años de construcción institucional, la Universidad se encuentra frente a una nueva frontera: consolidarse como una institución innovadora, digital, sostenible y profundamente humana. No se trata únicamente de incorporar plataformas tecnológicas o ampliar la virtualidad. Se trata de imaginar una universidad distinta, capaz de combinar excelencia académica, sensibilidad social y capacidad de adaptación en medio de un entorno crecientemente incierto.

¿Cómo se verá la Universidad Central cuando se acerque a sus cien años? Nadie puede saberlo con certeza. Pero sí sabemos algo fundamental: las decisiones que tomemos hoy determinarán si esa universidad futura será apenas un recuerdo honorable del pasado o una institución viva, vigorosa y capaz de liderar las transformaciones de su tiempo.

No hay espacio para el inmovilismo ni para el pesimismo. “Pesimista —decía Oscar Wilde— es quien se queja del ruido cuando la oportunidad llama a la puerta”. Las universidades que sobrevivan no serán necesariamente las más grandes ni las más antiguas, sino aquellas capaces de comprender y aprovechar el cambio sin renunciar a su esencia humanista. Porque incluso en la era de la inteligencia artificial, en tiempos dominados por algoritmos y automatizaciones, el verdadero desafío de la universidad seguirá siendo profundamente humano: formar personas capaces de pensar, comprender y transformar el mundo. ○

**El encuentro entre
pasado y presente
Galería fotográfica**

Esta galería fotográfica propone una experiencia visual que conecta diferentes momentos de la historia de la Universidad Central, mediante la superposición de fotografías antiguas sobre imágenes actuales de los mismos espacios. Esta técnica permite establecer un diálogo entre el pasado y el presente, revelando tanto los cambios como las permanencias que han caracterizado a la institución durante sus 60 años de trayectoria. Al observar estas composiciones, se pueden comparar escenarios, edificaciones y dinámicas universitarias de distintas épocas, comprendiendo cómo la historia continúa presente en los lugares que hoy forman parte de la vida académica. La exposición invita a reflexionar sobre el valor de la memoria institucional y sobre el legado construido por generaciones de estudiantes, docentes y administrativos. ○



■ Entrada principal
por la carrera 5.^a



■ Pasillo de Cine



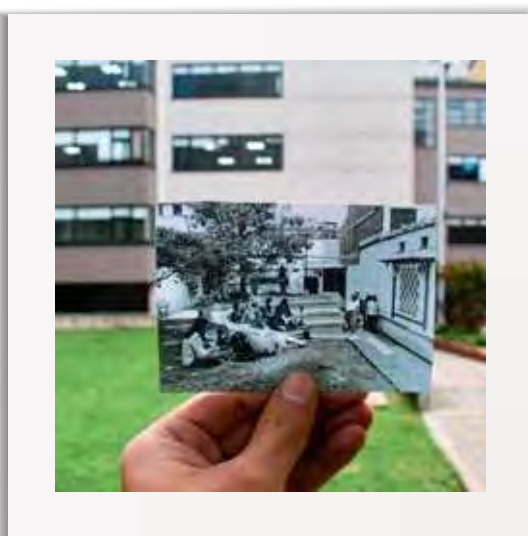
■ Pasillo de Ingeniería, entrada por la calle 21



■ Antigua cafetería. Hoy es Centro Cultural



■ Corredor peatonal hacia la entrada de la carrera 5.^a



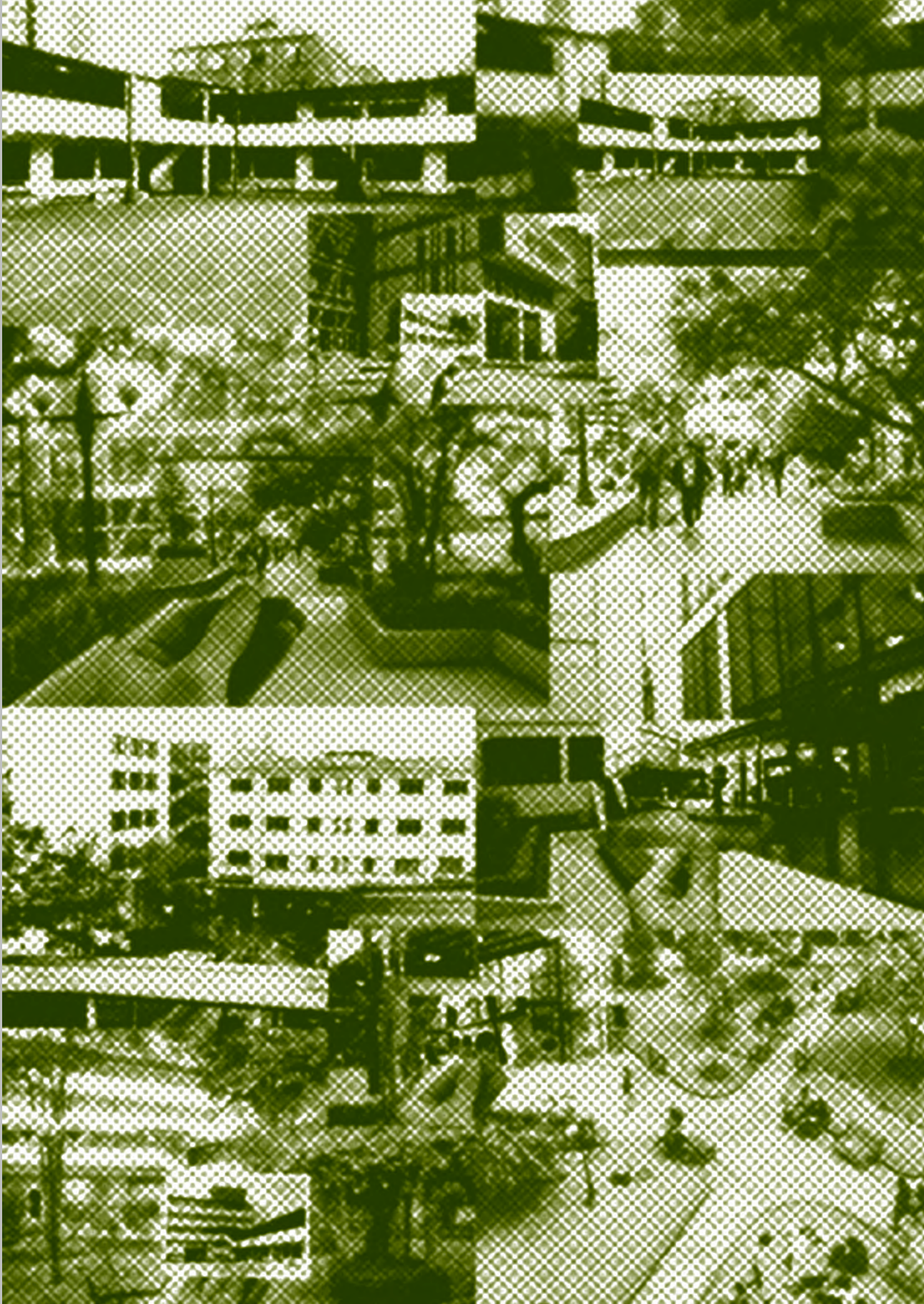
- Antigua plazoleta interna de entrada al Departamento de Humanidades. Hoy es pasillo para ingresar al gimnasio y a la nueva cafetería



- Antigua cancha de deportes. Hoy es el parque interno de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas



- El rector Jorge Enrique Molina y otros fundadores, consejeros y directivos reunidos en la antigua biblioteca, hoy convertida en el CRAI



Celebrar el pasado, abrazar el futuro

Jaime Arias*

* Exrector y miembro permanente del Consejo Superior de la Universidad Central.
Correo: jariasr@ucentral.edu.co

Con motivo de la celebración de los primeros sesenta años de existencia de nuestra Universidad, escribo un relato de lo que considero que han sido las principales etapas de crecimiento y maduración de la institución. Lo hago en mi condición de miembro del Consejo Superior, instancia de gobierno que tiene como una de sus responsabilidades preservar el espíritu de los fundadores: Alberto Gómez Moreno, primer artífice de esta obra, y de quienes lo acompañaron en los primeros años.

En Colombia, el siglo XX vio nacer a numerosas universidades, tanto privadas como públicas regionales, en lo que fue un periodo de expansión de nuestro sistema de educación; estas siguen siendo jóvenes comparadas con las universidades establecidas en la Colonia (la Santo Tomás, la Javeriana y la del Rosario); no obstante, en los tiempos actuales, una organización universitaria que ha cumplido seis décadas suele tener un recorrido y una experiencia adquirida que la habilitan para ser considerada una institución, en sentido fuerte, es decir, una organización con carácter y sello propios, que sigue durante décadas los principios definidos por sus fundadores, posee una cultura con historias y relatos que forman parte de su tradición y ha demostrado capacidad de adaptación. Así, a pesar de su juventud, podemos decir que la Universidad Central ya ha adquirido el carácter de institución.

Si examinamos la trayectoria de la Central, observamos que ha sido una trayectoria de mejoramiento y crecimiento continuos, con adaptación a las exigencias y desafíos de cada momento. Su comienzo fue humilde, no como el de otras instituciones de educación superior (IES), establecidas por importantes comunidades religiosas o por grupos empresariales; sus primeros programas abarcaban pocos campos de conocimiento, y progresivamente fue ampliando el espectro de su

oferta hasta llegar a la actual, que comprende las áreas empresariales, ingenierías, comunicación, artes, derecho y, recientemente, salud y protección social, en correspondencia con lo que se espera de las universidades: que tengan una oferta amplia (universal) que facilite la comprensión de la realidad desde las perspectivas de la ciencia, las tecnologías y las humanidades; que se aproximen a la búsqueda de la verdad y el saber desde diferentes espacios, y que incluyan los niveles de pregrado, posgrado y educación continua a lo largo de la vida.

La Central, como la mayoría de las instituciones universitarias, fue madurando y creciendo en un ambiente de progreso y modernización de la sociedad colombiana; ese entorno fue favorable para las universidades, hasta que comenzó a presentarse una crisis que no solo obedece al factor demográfico —descenso de la población joven—, sino que está acompañada por los avances tecnológicos, los cambios en la mentalidad de las nuevas cohortes de jóvenes que ingresan a la educación superior y el efecto de la pandemia de COVID-19, que aisló del contacto directo y presencial a docentes y estudiantes. En este orden de ideas, el “mercado” se comportó favorablemente hasta 2018, cuando comenzaron a cambiar las condiciones —disminución de la demanda y fuerte competencia de la oferta— y las IES empezaron a enfrentar nuevos desafíos que han hecho necesario un cambio de paradigma, toda vez que los modelos universitarios centenarios ya no tienen respuestas para las nuevas demandas y condiciones.

El periodo de existencia de la Universidad Central puede dividirse en etapas, cada una como respuesta a las exigencias del entorno, sean estas jurídicas y regulatorias, de innovación pedagógica, financieras, de adaptación a las aspiraciones de los jóvenes o a la competencia (con otras IES o con la oferta formativa de otro tipo de entidades).

1. Etapa fundacional o inicial (1966-1971)

Esta etapa marcó en muchos aspectos el futuro carácter de la entidad, al enfocarse en el servicio a estudiantes provenientes de estratos socioeconómicos populares, en su mayoría egresados de colegios públicos y criados en un ambiente familiar en el que cada estudiante

era la primera persona de su familia que ingresaba a una universidad. La Central tuvo como instituciones precursoras a otras enfocadas en los estudios técnicos comerciales y, ya como universidad, desarrolló el área contable como su mayor fortaleza; además del programa de Contaduría Pública, su oferta la conformaban un programa de Estudios Básicos de Ingeniería y otro, de nivel técnico, de Publicidad y Ventas. Su ubicación en el centro de la ciudad, los precios bajos de matrícula, el ambiente casi familiar y los cursos nocturnos influyeron en su condición de cierta informalidad.

2. Etapa de crecimiento (1971-2001)

Durante este periodo inició el crecimiento de la matrícula y la ampliación de la oferta de programas, con una notable contribución de Jorge Enrique Molina¹ y de varias figuras de la vida pública. Se destaca la creación de los programas de Economía y de Administración de Empresas durante los años setenta; durante la década de 1980 se crearon los programas de Comunicación Social y Periodismo, Ingeniería de Sistemas e Ingeniería en Recursos Hídricos, así como el primer programa de posgrado: la Especialización en Ciencias Tributarias. En los años noventa se crearon los pregrados de Mercadología, Ingeniería Electrónica, Ingeniería Mecánica, Ingeniería Industrial y Estudios Musicales, además de otras especializaciones en diversas áreas y la Maestría en Ciencias Financieras y de Sistemas. Asimismo, la Universidad comenzó a tomar forma y a ser reconocida, no solo por los aspectos formativos, sino también por sus esfuerzos en bienestar estudiantil y participación en deportes.

Durante este periodo, la Central aprovechó los excedentes financieros para adquirir una serie de bienes en el barrio Las Nieves y en la zona del Lago Gaitán (en el norte de Bogotá), que permitieron su expansión y contribuyeron a la estabilidad financiera. También se desarrolló la estructura orgánica con la creación de las vicerrectorías Académica

¹ Rector durante dos periodos que sumaron más de veinte años hasta 1995, año de su fallecimiento.

y Administrativa y Financiera, a las que se adscribieron unidades como Contabilidad, Recursos Humanos, Servicios Administrativos, Tesorería, Bienestar Institucional, la Escuela de Pedagogía, entre otras. En la segunda mitad de la década de los noventa se construyó la Sede Norte, que albergó los programas de Publicidad y Comunicación Social y Periodismo, así como la Unidad de Medios Audiovisuales.

3. Formalización organizativa y educativa (2001-2018)

Esta etapa comenzó con el siglo XXI y se caracterizó por cambios en las estructuras educativa y administrativa. Como base de esta estructuración, la Universidad hizo explícito su Proyecto Educativo Institucional (PEI) en 2001; en 2003, el Consejo Superior adoptó la estructura orgánica con la creación de tres facultades: Ingeniería; Ciencias Administrativas, Económicas y Contables, y Ciencias Sociales, Humanidades y Arte, a las cuales se adscribieron los distintos programas académicos. La llegada del doctor Guillermo Páramo Rocha a la rectoría (2004-2013) y de un equipo de académicos experimentados, que habían formado parte de la Universidad Nacional, imprimió un sello de fortaleza en las áreas propiamente educativas. Se consolidaron las facultades con la oferta de pregrados ya existente y la creación de otros programas: Arte Dramático, Creación Literaria y Cine, en el campo de las artes; Matemáticas y Biología, que robustecieron la Facultad de Ingeniería (que luego pasó a denominarse de Ingeniería y Ciencias Básicas), y Derecho, además de un núcleo fuerte de posgrados en Ciencias Administrativas y Contables. A partir de 2010, varios programas recibieron acreditación en alta calidad y se avanzó hacia la acreditación institucional. En 2013, el doctor Rafael Santos asumió como rector, cargo que ejerció hasta finales de 2019.

Esta tercera etapa puede describirse como un periodo de crecimiento y maduración, durante el cual se hizo énfasis en la cualificación del cuerpo docente con grandes inversiones, tanto en el Programa de Apoyo a Estudios de Posgrado (PAEP) como en la carrera docente, y se llegó a tener más de mil docentes para una población estudiantil

que superaba los doce mil estudiantes, con alta concentración en pregrado. Además, se destacan la remodelación y adecuación de los teatros Faenza, de Bogotá y México, la remodelación de varias áreas, la construcción de laboratorios de Ingeniería y Ciencias Básicas y el plan de mejoramiento de aulas, así como el hito de la construcción del edificio principal del Proyecto Campus, ubicado en la carrera 5, entre calles 21 y 22, que permitió reunir en el sector de Las Nieves la totalidad de los programas y unidades administrativas. En 2019, durante la rectoría del doctor Santos, se recibió la acreditación institucional en alta calidad por primera vez.

Hasta 2018, la Universidad creció a buen ritmo, se mejoró la calidad educativa y se consolidaron las finanzas, todo sin mayores tropiezos. Se puede considerar que el periodo comprendido entre los años setenta del siglo pasado y la segunda década de este siglo fue de prosperidad para el conjunto de universidades colombianas, lo que permitió al país dar un salto significativo en cobertura en educación superior (del 3,9% en 1970 al 52,76% en 2018, según cifras publicadas por el Observatorio de la Universidad Colombiana).

4. Crisis y transformación institucional

Ahora bien, en 2018 comenzó un nuevo periodo en la trayectoria de la Central: el de la transformación institucional en respuesta a la crisis, al hacerse evidente una caída en el número de matriculados cercana al 30%, lo cual golpeó las finanzas de la institución y obligó a replantear no solo los aspectos económicos, sino la estructura organizacional y los procesos educativos y administrativos, y a adoptar un plan de choque constituido por más de veinte proyectos que implicaban muchos sacrificios. Además, en 2020 llegó la pandemia de COVID-19, que obligó a la adopción de la educación remota asistida por tecnologías de la información y las comunicaciones, modalidad hasta entonces poco explorada en la Central. Durante la pandemia se inició la ejecución del Plan de Transformación Institucional (PTI) 2019-2024, que incluyó tres ejes: 1) Sostenibilidad y solidez institucional, 2) Calidad académica y 3) Eficiencia académica y administrativa.

La ejecución del PTI representó cambios fuertes en el manejo financiero, modificaciones de la estructura orgánica, reducción en el número de colaboradores docentes y administrativos, fortalecimiento de posgrados y educación continua, reforma académica y curricular, énfasis en docencia más que en investigación, actualización exhaustiva de la normativa institucional, entre otros aspectos.

5. Consolidación y crecimiento

Superada la crisis inicial, la doctora Paula López asumió la rectoría y se inició una etapa bajo un nuevo plan, denominado Plan de Consolidación y Crecimiento (PCC) 2025-2030, que parte del anterior, pero reenfoca la Universidad hacia el futuro para transformarla en una institución que opera tanto en modalidad presencial como en virtual, con la adopción de una estructura digital que incorpora los principales avances tecnológicos.

Esta etapa responde a una crisis continua de los sistemas universitarios en Colombia y en el mundo, caracterizada por un entorno más tecnológico, con fuertes transformaciones en los enfoques pedagógicos y didácticos, en los modelos financieros, en las estructuras de gestión y en los sistemas y procesos estratégicos, tácticos y operativos. La Central no se detiene y avanza hacia convertirse en una entidad de vanguardia, que sustenta su crecimiento y adaptación en sólidos principios que reflejan lo que sus fundadores consideraron hace sesenta años que debería ser una universidad popular, de calidad y enfocada en el servicio al país.

El camino por venir es cambiante. A pesar de los logros, la consolidación de nuestro proyecto educativo y los varios ejercicios de prospectiva adelantados por la Universidad, en los que han participado reconocidos expertos nacionales e internacionales, lo que sigue para la educación universitaria continúa siendo incierto y retador. En todo caso, en términos generales, sabemos que la Universidad del futuro debe ser ágil, flexible, apoyada por la tecnología de punta, adaptada a las nuevas realidades sociales, culturales y económicas, abierta a públicos de todas las edades, con la adopción de enfoques

de aprendizaje significativos y con oferta en modalidades presencial, virtual y mixta.

Este breve repaso de las cinco etapas de la trayectoria de la Universidad Central nos muestra que esta es un ser social vivo, que debe aprender permanentemente con sentido de confianza interna, pero a la vez con humildad. Los últimos sesenta años constituyen un rico legado que nos ha permitido aprender, pero los años que siguen son un desafío que nos obliga a repensarnos y transformarnos permanentemente. ○



**NUESTRA HISTORIA
COMPARTIDA:
SEIS DÉCADAS
SEMBRANDO
CONOCIMIENTO**

La realización de un sueño humanista: sobre los fundadores de la Universidad Central

Yor Mary Llanos Gutiérrez* |

Al marcar su diferencia respecto a discursos poderosos, relativos a la ficción o a la memoria, que también vuelven presente algo que ya no existe, la historia debe asumir directamente su propia responsabilidad: volver inteligibles las herencias acumuladas y las discontinuidades fundadoras que nos han hecho lo que somos.

Roger Chartier (2008, p. 18)

El hombre pudo indagar el cosmos sin romper la armonía con los dioses. Hoy no tenemos una narración, un relato que nos una como pueblo, como humanidad, y nos permita trazar las huellas de la historia de la que somos responsables.

Ernesto Sabato (2000, p. 58)

Al contrario de la historia de las ideas, desarraigada del ámbito social, la historia debe dar paso al tratamiento histórico de los “modos de sentir y de pensar”.

Paul Ricoeur (2008, p. 248)

* Docente de la Escuela de Estudios Transversales de la Universidad Central y coordinadora de esta edición especial de la revista *Hojas Universitarias*, n.º 88, en homenaje a los sesenta años de la institución.
Correo: yllanosg@ucentral.edu.co

Introducción

Cuando se intenta interpretar el pasado, se deben tener en cuenta las formas de pensar y de actuar de los sujetos en momentos y lugares específicos. Sin embargo, los historiadores se encuentran con ciertos obstáculos que deben tratar de subsanar para no caer en el frecuente error de proyectar un pensamiento anacrónico. Uno de esos obstáculos lleva a preguntarse por la validez de los acontecimientos ocurridos, así como por las ideas o “mentalidades” forjadas por los actores sociales —como los llamara Marc Bloch— que vivieron tales acontecimientos.

Una historia vista desde esta perspectiva, es decir, desde las ideas proyectadas en el pensamiento de los sujetos, lleva a preguntarse por las representaciones que dichas mentalidades recrearon, tomando como referente los hechos y acontecimientos de una época, para mirar desde una escala más amplia, lo que Hegel llamó “el espíritu de una época”. Esta pretensión también lleva a indagar por la forma como dicha influencia determinó las acciones en un contexto específico que, en el caso colombiano, es profundamente político.

Convencida de que la Universidad Central posee una historia digna de ser contada, me propongo en este texto mostrar lo que Michel de Certeau llamara el “lugar de producción”, es decir, el lugar de las ideas, el pensamiento y los discursos de quienes hicieron posible su existencia; para comprender no solo las motivaciones de los sujetos, sino también las relaciones con el contexto en el cual surgieron. Para De Certeau, los “discursos no son cuerpos que flotan [...] en la historia; [de hecho] son históricos porque están ligados a operaciones y definidos por funcionamientos [...]. No se puede comprender lo que dicen independientemente de la práctica de donde proceden” (De Certeau,

1993, p. 34). Por ello, veré algunas ideas como objetos que muestran la conexión entre acontecimientos colectivos interrelacionados con el sentir de un grupo de intelectuales que le dieron origen a la Universidad Central.

Un lugar de producción: la Universidad Central

La Universidad Central es uno de esos lugares en los cuales, hace 60 años, convergieron los pensamientos, las ideas y las acciones de un grupo de intelectuales preocupados por mejorar las condiciones de vida de los jóvenes capitalinos; una preocupación que los llevó a preguntarse no solo por el sentido de la educación en Colombia en los años sesenta y setenta, sino también por el sentido de lo humano en un momento histórico convulso y conflictivo que exigía de ellos una gran fuerza intelectual y espiritual.

Pero para hablar del pensamiento de los fundadores de la Universidad Central, es necesario revisar el contexto ideológico de los años sesenta y setenta en Colombia; me refiero a la larga tradición partidista procedente del siglo XIX, en la cual se enfrentaron dos modos de pensar opuestos: el pensamiento liberal y el pensamiento conservador; una tensión que sobrepasaría los límites de la cordura humana, tratando de alcanzar lo que se podría considerar, siguiendo a Benedict Anderson (1993), una “nación imaginada”¹. Pero para comprender mejor las ideas y dar un marco al pensamiento que exhibían los fundadores de la Universidad Central, propósito fundamental de este artículo, conviene revisar un poco el escenario histórico de los años sesenta, que habría de prolongarse, en el caso colombiano, hasta los años setenta e incluso los años ochenta.

1 En su interesante libro, *Comunidades imaginadas*, Benedict Anderson estudia el origen del Estado en las ideas que las sociedades europeas tenían sobre este. Según él, “el Estado frecuentemente chocó con inquietantes realidades. [...] la más inquietante de estas fue la afiliación religiosa, que sirvió de base para unas muy antiguas y muy estables ‘comunidades imaginadas’” (Anderson, 1993, p. 236). Guardando las proporciones, este fue también el caso de los grupos que intentaban instaurar el Estado colombiano sobre esta base ideológica.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo experimentó una serie de cambios que confrontaron lo que podría llamarse viejas estructuras en lo social, en lo político, en lo económico y en lo cultural, para instaurar otras formas de percibir la realidad. Con la Segunda Guerra Mundial quedaba claro que el mundo tenía una organización distinta a las proyecciones políticas del siglo XIX, y la vida de los seres humanos quedó sujeta a lo que podría llamarse macropoderes. El planeta se configuró como una esfera limitada que podía ser gobernada por esos megapoderes, de orden particularmente económico. No obstante, algo había cambiado también a nivel individual, pues las personas sintieron la necesidad de expresar sus inconformidades y anhelos de diversas formas, usando como vía de escape las expresiones estéticas.

Se dio entonces en el mundo europeo y en Norteamérica una serie de manifestaciones por parte de una generación inconforme con las guerras, que diversos grupos sociales consideraban innecesarias. Surgieron movimientos culturales que cuestionaron las convenciones sociales de la época, como el ocurrido en Francia en Mayo de 1968, que protestaba contra los obsoletos sistemas educativos en Europa; o como el movimiento hippie en los Estados Unidos, que criticaba la participación norteamericana en la Guerra de Vietnam.

Estas nuevas expresiones de la cultura estaban impactando fuertemente el pensamiento de todos los intelectuales en el mundo, así que el grupo de intelectuales colombianos entre quienes se empezaba a gestar el proyecto de la Universidad Central² no estaba exento de esas influencias ideológicas que circulaban por entonces en los medios educativos. ¿Cómo se experimentaban estas transformaciones en el ámbito nacional y cómo se expresaban en el ámbito de la cultura co-

2 El grupo de profesionales e intelectuales estuvo constituido por el licenciado Alberto Gómez Moreno, los doctores Carlos Medellín, Raúl Vásquez Vélez, Rubén Amaya Reyes, Elberto Téllez Camacho, Jorge Enrique Molina y Darío Samper. El doctor Eduardo Mendoza, aunque participó en las primeras reuniones de discusión sobre la transformación del Instituto Grancolombiano, convertido después en la Organización Universitaria Grancolombiana, desaparece de la propuesta debido a diferencias con la visión sobre la nueva fundación. La información proviene de la entrevista realizada en julio de 1996 al doctor Rubén Amaya Reyes y referida por López López (2018).

lombiana? Es importante recordar que Colombia estaba pasando por un largo periodo de violencia partidista, que dejaba como consecuencia un profundo atraso en todas las estructuras sociales, y que se hacía particularmente evidente en el ámbito de la educación. Teniendo en cuenta las ideas presentes en los escritos más significativos dejados por algunos de ellos, conviene ver el pensamiento que unía a este grupo de profesionales e intelectuales para dar vida a una institución de importancia en la capital y el país, es decir, la Universidad Central.

Sobre el pensamiento de los fundadores

Los fundadores, conocedores no solo de lo ocurrido en el mundo, sino también de la historia de Colombia, sentían una auténtica preocupación por el nivel de ignorancia y desconocimiento que mostraba la sociedad colombiana por esos años, y estaban convencidos de que la única manera de subsanar este error era mediante la implementación de una educación humanística. Un discurso de Jorge Enrique Molina, recogido en el editorial del volumen 2, número 11, de la revista *Hojas Universitarias* (1981), recoge muy bien este espíritu renovador que venía desde los años sesenta y da cuenta de las ideas e intereses que, por entonces, les daban forma al pensamiento de los fundadores:

Son quince años forjando jóvenes patriotas, amantes de la paz y seguros del porvenir, nacionalistas edificantes, humanistas convencidos, críticos constructivos respetuosos de la ley y con el bagaje intelectual científico y ético que les ha permitido crear una axiología propia. Este es el cimiento sobre el cual construye su seguridad y su grandeza la hermosa obra de la Universidad Central. (Molina, 1981, p. 10)

Estas ideas muestran la preocupación que se tenía por formar sujetos, de cierto modo, políticos, pero concebidos desde cánones éticos; sujetos que, una vez educados, deberían orientar sus acciones hacia una vida intelectual y científica que debía llevarse a cabo en

un país que estuviera en paz. Esta idea de ser “amantes de la paz” se entiende, en el contexto de estos años, como un propósito, como una antítesis de la realidad que reclamaba la promesa de nuevos espacios y nuevas instituciones; es sobre este pensamiento humanista sobre el cual nace la Universidad Central.

Lo interesante es que, aunque el texto se presenta en el año 1981, recogía perfectamente las ideas que son afines en otros textos de los fundadores. En un libro publicado por la Universidad Central titulado *Universidad y sociedad*, de Gabriel Anzola Gómez (1979), se encuentran reflexiones interesantes no solo de Jorge Enrique Molina, sino también del mismo Gabriel Anzola, para quien “la universidad es un sistema social, cultural, abierto a las múltiples influencias del ambiente” (p. 11), idea que muestra la apertura de pensamiento que caracterizó a este grupo de intelectuales.

En muchos de los textos, sean estos discursos, reseñas, presentaciones de libros, etc., aparece constantemente esa referencia a la apertura de un pensamiento que va más allá de lo liberal y lo conservador. Un pensamiento que, para la época del Frente Nacional (1958-1974), resultaba bastante revolucionario. Ahora bien, cuando se revisan con mayor detenimiento estos discursos y también las ideas de sus creadores, aparecen imágenes interesantes sobre un socialismo que, a primera vista, parece crítico y revolucionario, pero que es necesario mirar con mayor detenimiento para no caer en errores.

Esto lleva a considerar dos aspectos relevantes. El primero tiene que ver con el espíritu sociopolítico de los años sesenta que, en Colombia, era confuso e indefinido como las emociones humanas. El segundo tiene que ver con la trayectoria histórica del pensamiento político colombiano, el cual, siguiendo al historiador francés Fernand Braudel, se puede considerar “de larga duración”, puesto que sus orígenes se pueden rastrear en el siglo XIX. Me interesa, en este artículo, el segundo aspecto, ya que lleva a preguntarse qué tipo de influencia intelectual recibieron los fundadores, teniendo en cuenta su formación académica. Para ello, haré un breve recorrido por las ideas que circulaban en los centros de estudio a los cuales asistieron.

Influencias y raíces de una generación

Varios de los fundadores eran hijos de la Universidad Externado de Colombia, de la cual heredaron un vasto pensamiento sociológico. Este pensamiento se alimentaba con las ideas del positivismo decimonónico europeo, procedentes de los filósofos Herbert Spencer, Auguste Comte y John Stuart Mill. Este sincretismo ideológico dio origen a una especie de positivismo social en el cual se unían, sin mayores tensiones, el pensamiento religioso y el pensamiento pragmático económico.

En el contexto colombiano del siglo XIX, esta ecuación que reunía lo religioso y lo económico configuraba un núcleo ideológico profundo y complejo que se reflejaba en las diferencias partidistas entre conservadores y liberales; profundo debido a la forma como se interpretaron los ideales de la Revolución francesa en el plano local, al instaurar una democracia carente de la transformación que se realizó en Europa; complejo por las implicaciones que tuvo en el territorio colombiano la división de poderes sin desligarse de la mentalidad aristocrática.

El resultado fue una marcada espiral de violencia en el país que impregnó también la herencia intelectual ocurrida en los claustros universitarios desde mediados del siglo XIX. Esta realidad configuró una tensión ideológica persistente y constante hasta mediados del siglo XX, que se puede observar en las críticas a los ambientes académicos realizadas por el filósofo y crítico literario Carlos Arturo Torres³:

Su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables, serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad entre dos extremos igualmente dogmáticos. (Torres, como se cita en Jaramillo, 2001, p. 348)

3 Según el historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe, Carlos Arturo Torres es considerado uno de los intelectuales, ensayistas, filósofos y críticos literarios más brillantes de Colombia a finales del siglo XIX y principios del XX. Según Jaramillo, Torres es un observador privilegiado y crítico de los acontecimientos de su tiempo. Al respecto, véase *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, de Jaramillo Uribe, pp. 348-352.

Estas ideas muestran el nivel de tensión, la rivalidad y la discusión existentes en los ambientes universitarios sobre el dogmatismo ideológico entre liberales y conservadores, y la necesidad de frenar dichas rivalidades desde una postura sociológica.

Es importante mencionar que esta marcada diferencia entre partidos y la influencia ejercida por una sociología reflexiva y tolerante tenía su origen, precisamente, en los imaginarios tomados de Comte y Spencer. Comte, ideológicamente conservador, consideraba que el orden social y la reorganización de la sociedad se podían lograr mediante la ciencia; Spencer, por el contrario, era el propulsor de un liberalismo fundamentalmente económico, que consideraba las libertades individuales por encima del Estado.

El cuerpo de estas ideas sustentó el ideario complejo de una disciplina sociológica muy dinámica, la cual se desarrolló sobre todo en tres universidades del país: la Universidad Externado de Colombia, fundada en 1886; la Universidad Nacional de Colombia, fundada en 1867, con un marcado interés político, y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, institución que, aunque fundada en 1653 por la Orden de los Dominicos, realizó un giro importante en el siglo XIX, bajo los análisis del profesor Rafael María Carrasquilla, quien incorporó en sus clases una renovada filosofía neoescolástica de corte humanístico y social. Lo que se discute entonces en ese momento en los claustros universitarios tradicionales es la forma de llevar a cabo reformas sociales, pero desde la mirada sociológica mencionada.

Esta influencia permite comprender por qué cuatro reconocidos hijos del Externado, Carlos Medellín Forero (1928-1985), Jorge Enrique Molina (1929-1995), Elberto Téllez Camacho y Eduardo Mendoza Varela (1918-1986) mostraron tan auténtica y profunda preocupación por los problemas sociales que, en los años sesenta, ya eran demasiado evidentes en el país. Lo que se ve entonces en el pensamiento de los fundadores es un pensamiento humanista que tiene el ideario de cambiar los problemas sociales mediante la educación. Así lo expresa el rector Rubén Amaya Reyes en el año 1976, cuando, al celebrar los primeros diez años de existencia de la Universidad Central, menciona:

La instrucción técnica y profesional no ha podido ser generalizada, y desde antaño y, seguramente, por mucho tiempo en el futuro, el acceso a los estudios superiores es y seguirá siendo un privilegio o, por lo menos, una suerte. Siendo esto así, como realmente es, las personas que tuvimos ese privilegio o esa suerte, estamos socialmente en la obligación de contribuir para que la educación superior se democratice cada día más. [...] sin los dogmatismos de los amigos del totalitarismo, pero también sin el individualismo de épocas pasadas, debemos ser explícitos en la idea de que el joven que ingresa a la universidad va primordialmente a capacitarse para servir a la sociedad en que vive y con la cual debe colaborar en forma decidida. (Amaya, 1976, p. 7)

Lo interesante de su pensamiento es justamente esa idea de rescatar de la pobreza y la ignorancia a ciertos sectores sociales, pero mediante una educación centrada en el deporte, la ciencia, la ética, la transformación de la cultura y las humanidades, como lo muestran los planes de estudio implementados por estos años.

Por otra parte, aunque estas fueran las bases intelectuales de algunos de los fundadores, se debe mencionar otra institución de importancia en la consolidación de este pensamiento sociológico; me refiero a la Universidad Libre, que tenía una amplia y lejana tradición en la masonería. Resulta fácil suponer que, en un círculo tan compacto de intelectuales, que discutían sobre idearios humanistas y sobre los problemas sociopolíticos, económicos y culturales del país, se difundieran también las ideas de una masonería decimonónica.

Fundada en 1923 por el reconocido liberal Benjamín Herrera Cortés (1850-1924), la Universidad Libre promovió una educación laica y tolerante fundamentada en los ideales de la masonería. Mirada en la perspectiva braudeliana de la larga duración, la masonería en Colombia también tenía una vasta trayectoria que venía desde la época de la Independencia. Fueron personajes históricos como Simón Bolívar, Francisco Miranda o Francisco de Paula Santander, entre otros, quienes trajeron al territorio colombiano los imaginarios y el ideario de una masonería de origen británico y francés. La importancia de la masonería en Colombia —guardando las proporciones con los ideales

e imaginarios británicos y franceses— radica en el hecho de haber permitido la constitución de espacios de debate y construcción de principios éticos y filantrópicos que exigían cierta clandestinidad.

Sin embargo, vale la pena mencionar que, aunque los grupos masones fortalecieron imaginarios e ideas trascendentes —imaginarios que han rayado incluso en lo esotérico y en la tradición de secretos heredados—, estos permitieron crear una especie de ventana en el territorio nacional para observar y poder cuestionar la realidad del país. De cualquier forma, y sin ahondar demasiado en este tema —que sin duda resulta interesante—, puede decirse simplemente que los ideales de la masonería procedente de la Universidad Libre transitaron y se afianzaron en los círculos intelectuales que acompañaron la vida y la trayectoria de los miembros fundadores de la Universidad Central para darle una consistencia más profunda no solo a su pensamiento, sino también a las acciones emprendidas en el plano de la educación.

Propuesta humanista

Lo que en últimas he querido rescatar con este artículo es la particularidad de un pensamiento auténticamente universal, sustentado en valores como la fraternidad de una comunidad que era a la vez académica y humana; es así como la apertura de ideas, el debate abierto y el pensamiento con el cual buscaron parar los dogmatismos ideológicos marcaron una profunda huella en las generaciones de estudiantes, profesores y administrativos que pasaron por su claustro; lo importante era cultivar a los seres humanos, no destruirlos, como lo muestran las palabras del rector Rubén Amaya Reyes (1999):

Aquí trabajamos todos para el bien de todos; cultivamos el amor a la verdad; vivimos en función de la emancipación del error. Somos una institución abierta a todas las expresiones del pensamiento, de la investigación, del debate, del cuestionamiento. Somos plurales.

La constitución de este pensamiento humanista liderado por los fundadores les permitió citar con frecuencia no solo a grandes pensadores europeos como Max Scheler, Spencer o Stuart Mill, sino también a pensadores latinoamericanos como Bolívar o José Martí. El desarrollo de un pensamiento con esta genuina intención de universalidad trascendió los límites de lo local para aproximarse a las utopías de la región, mostrando una conexión muy propia de los intelectuales de los años sesenta y setenta, para quienes liberar a Latinoamérica del yugo de la ignorancia y la dependencia resultaba de vital importancia. Lo que resulta extraño es que un pensamiento de este orden —esto es, trascendental y humano— se convirtiera posteriormente en un rasgo distintivo de nuevos dogmatismos, en los cuales hablar de sueños continentales contra la pobreza y la ignorancia se volvió expresión de subversión y peligro.

Finalmente, considero que los fundadores expresaron un deseo honesto de educar desde la noción de *comunidad*, pues tenían claro que en el claustro se debían infundir valores de carácter universal, que era lo que se estaba olvidando por causa de la violencia en el país; valores como el de la libertad, vista como un instrumento social adquirido en la formación intelectual, eran capaces de transformar la vida de las nuevas generaciones, algo que tenía claro el grupo de intelectuales que le dieron vida a la Universidad Central.

Por ello, para honrar el pensamiento profundamente humanista de los fundadores y convertirlo en un canto que trascienda el tiempo, recuerdo las palabras que una vez pronunciara uno de ellos, el doctor Jorge Enrique Molina, como rector durante la celebración de los quince años de su fundación, para dar larga vida a la Universidad Central:

Creemos en el manejo de la libertad sirviéndonos de la cultura y del conocimiento científico, con una impregnación profunda de lo que ha hecho la humanidad para servirnos de ellos sin alardes estentóreos [...]. Así concebimos la libertad los fundadores, una libertad limpia, una libertad sin aduanas ideológicas, una libertad real y pura. (Molina, 1981, p. 11) ○

Referencias

- Amaya Reyes, R. (1976, 30 de junio). *Palabras y principios rectores* [discurso]. Salón Rojo del Hotel Tequendama, Bogotá, Colombia.
- Amaya Reyes, R. (1999, julio-septiembre). *Palabras del señor rector*. Noti Central, 1. Departamento de Relaciones Corporativas e Interinstitucionales.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Anzola Gómez, G. (1979). *Universidad y sociedad*. Ediciones Universidad Central.
- Chartier, R. (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos*. Katz Editores.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Jaramillo Uribe, J. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. CESO, Universidad de los Andes e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- López López, H. (2018). *Fundación Universidad Central: apuntes para su historia. Ensayo autorreferencial creado a raíz del reconocimiento del Agro Parque Sabio Mutis-Jardín Botánico de Uniminuto* [manuscrito inédito].
- Molina, J. E. (1981). “Sin autenticidad cultural no es posible elegir una manera de proceder patriótica” [discurso pronunciado con ocasión de la cena de gala ofrecida por la Universidad Central en el Salón Rojo del Hotel Tequendama para la celebración de los 15 años de la Universidad]. *Hojas Universitarias*, 2(11).
- Ricoeur, P. (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Seix Barral.
- Santos Molano, E. (2009). *Colombia día a día*. Editorial Planeta Colombiana.
- Simmel, G. (2000). El conflicto de la cultura moderna. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 315-330.

Los fundadores de la UC

En los años sesenta, en medio de un país marcado por tensiones políticas, desigualdades sociales y profundas limitaciones en el acceso a la educación superior, este grupo de educadores e intelectuales colombianos impulsó la creación de la Universidad Central, con una convicción humanista: abrir nuevas oportunidades de formación, promover el pensamiento crítico y contribuir, desde la educación, a la construcción de una sociedad más justa, plural y consciente de su realidad. ○



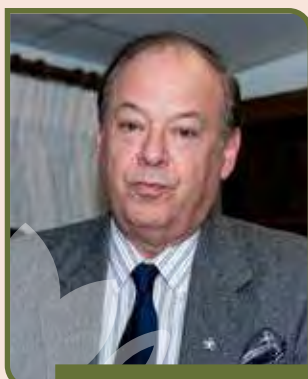
ALBERTO GÓMEZ MORENO



CARLOS MEDELLÍN FORERO



EDUARDO MENDOZA VARELA



JORGE ENRIQUE MOLINA



DARÍO SAMPER



RUBÉN AMAYA REYES

También forman parte del grupo de fundadores Raúl Vásquez Vélez y Elberto Téllez Camacho.

Arte, experiencia y profesión: capas de la formación artística en la Universidad Central del siglo XXI

Luz Dalila Rivas C.* |

* Exdirectora de la Escuela de Artes y vicerrectora de Desarrollo Académico e Innovación de la Universidad Central. Doctora y magíster en pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde recibió mención honorífica y la Medalla al Mérito Alfonso Caso. Correo: lrivasc@ucentral.edu.co

En el marco de los sesenta años de la Universidad Central, pensar el lugar de las artes en la Universidad del siglo XXI exige algo más que una conmemoración institucional. Exige reconocer un proceso histórico e intelectual en el que la formación artística ha transitado desde una matriz predominantemente humanística, cuando sus programas hicieron parte de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte, hacia una comprensión más compleja de la creación como eje pedagógico, epistemológico y profesional, cuando se constituyó la Escuela de Artes en 2022. En ese desplazamiento se juega una idea de universidad que ya no concibe el arte como complemento ilustrado de la formación general, sino como experiencia de conocimiento, práctica social, ejercicio crítico y horizonte profesional. Desde esta perspectiva, la Escuela de Artes encarna la Universidad del siglo XXI: una institución que entiende que la creación no adorna el saber, sino que lo produce, lo interroga y lo transforma.

Formarse en artes aquí es, ante todo, atravesar un trayecto profundamente humano: un proceso tejido por búsquedas, dudas, intuiciones, hallazgos, vacilaciones, cansancios y pequeñas conquistas que transforman, poco a poco, la manera de estar en el mundo. En ese recorrido importan, desde luego, las herramientas, los lenguajes y los procedimientos; sin embargo, ninguno de ellos agota la experiencia formativa. Antes de dominar una técnica, el sujeto aprende a percibir, a escuchar con profundidad, a demorarse en el detalle, a sostener una pregunta incluso cuando todavía no dispone de una respuesta. Aprende, en suma, a construir una relación distinta con el tiempo, con la atención y con la experiencia misma.

Quiero compartir la reflexión sobre ese trayecto desde cuatro dimensiones que dialogan y se sostienen entre sí: el arte como actividad

profundamente humana, como dispositivo político, como industria y como profesión. Estas dimensiones no son compartimentos ni cajones aislados; son capas simultáneas que constituyen la experiencia de formarse y ejercer como artista en un país, en una ciudad y en un mundo donde la sensibilidad es un recurso social, un lenguaje crítico y una posibilidad de transformación.

Inicio con la primera capa: *el arte como actividad profundamente humana*. Antecede a la técnica no porque la ignore, sino porque la desborda: surge en el cuerpo que siente, en la memoria que conserva lo vivido, en la intuición que orienta sin explicación inmediata, en lo que duele, en lo que ilumina, en lo que estremece. En la Escuela de Artes, este principio se hace evidente cuando la formación no se limita a la teoría, la historia o las herramientas, sino que invita a comprender que crear es, antes que nada, una manera de habitar el mundo. El artista aprende a dar tiempo al detalle, a construir desde la fragilidad, a escuchar los silencios, a sostener la duda sin rendirse y a ver lo que otros no miran. Ese trabajo sobre la percepción —lento, íntimo y exigente— es lo que transforma la vida en experiencia estética. Por ello, más que una disciplina o un oficio, el arte constituye una forma de ser y estar en el mundo.

La formación artística se define por la capacidad de sentir con profundidad, de observar con extremo cuidado y de transformar la experiencia en sentido estético. En ese gesto —el de convertir lo vivido en una pregunta sensible dirigida al mundo— reside lo radicalmente humano de la creación. Por lo tanto, ser artista implica asumir la sensibilidad como materia prima de la creación, la atención como ética y la experiencia como construcción de sentido. Esta manera de mirar y de interpretar la realidad es, finalmente, lo que permite que la práctica artística trascienda la técnica y se convierta en una forma de vida.

Está luego la segunda capa: *el arte como dispositivo político*. El arte transforma lo que se ve y lo que se siente. Toda práctica artística implica una posición política, incluso cuando no la explicita. Ojo: política, mas no partidista. A este respecto, Jacques Rancière señala que el arte participa en la redistribución de lo sensible, es decir, en la definición de quién aparece, quién habla, qué se hace visible, qué se

escucha, qué se considera valioso y qué queda en silencio (un silencio que dice mucho).

Una obra no es solamente un objeto estético: es una reorganización de la percepción social. Cada encuadre, cada luz, cada textura, cada palabra, cada ritmo constituye una decisión sobre el mundo, sobre cómo queremos ver el mundo, sobre cómo queremos, como artistas, mostrar el mundo, para que este se vea, se escuche, se sienta y se habite. Decidir qué mostrar, qué escuchar, qué narrar y desde dónde hacerlo es siempre una forma de intervenir en la cultura y en las relaciones de poder que ordenan la vida colectiva. Por esto mismo, el arte es sumamente poderoso.

De ahí que la estética no puede entenderse únicamente como estilo: es memoria cuando rescata lo olvidado; es conflicto cuando confronta lo establecido; es territorio cuando define desde dónde se mira; es comunidad cuando reconoce al otro como interlocutor sensible. Elegir una estética es también elegir un posicionamiento ético: afirmar qué vidas importan, qué historias merecen ser contadas y qué sensibilidades necesitan ser habilitadas.

En nuestra época, marcada por la expansión tecnológica, la política del arte adquiere nuevas capas. Las tecnologías no solo transforman la producción artística: transforman la percepción, la comunicación y la subjetividad. Decidir qué tecnología usar —o evitar— es también decidir qué mundos queremos habitar y qué formas de relación queremos promover. En ese sentido, el arte opera como un espacio de disputa de sentidos, como una herramienta para abrir mundos posibles y como una forma de imaginación política que extiende los límites de lo que podemos sentir y pensar.

Toda obra es una postura y una decisión. Toda creación es un modo de decir: “esto importa, esto merece ser visto, esto merece ser sentido”. Ese acto, en sí mismo, es político.

Está, entonces, la tercera capa: el arte como industria y empresa. Es valor, sostenibilidad y cadena de relaciones. Aunque a veces la palabra “industria” parezca lejana de la intimidad sensible del arte, la experiencia demuestra lo contrario. El arte moviliza personas, territorios, economías, oficios, saberes y comunidades. Es un trabajo que

toca emociones, pero es trabajo al fin, y, como todo trabajo, requiere gestión, planificación, negociación, alianzas y liderazgo.

En la formación artística no solo se aprende a crear; se aprende a producir. Se aprende que una idea necesita recursos, que un proyecto necesita un plan, que la sensibilidad requiere sostenibilidad para llegar a otros. Se aprende que el arte articula oficios diversos y convoca saberes múltiples, y que la responsabilidad artística también es responsabilidad laboral, social y económica.

Asumir que el arte es industria y empresa no le resta profundidad humana: le da condiciones para existir. Le permite ir más allá del impulso inicial, circular en el territorio, encontrarse con públicos, sostener procesos y transformar vidas. Comprender la condición productiva del arte es reconocer que la creación también requiere organización, y que la sostenibilidad no es enemiga de la sensibilidad, sino su aliada.

Aparece, entonces, la cuarta capa: *el arte como profesión*. Ser profesional en las artes no es un salto al vacío. Es ingresar a un campo profesional real, diverso, dinámico y en expansión. Ser artista hoy no es sinónimo de precariedad; es sinónimo de valentía, de agencia, de responsabilidad, de identidad profesional construida en la técnica, en lo académico, en la sensibilidad y en lo humano.

Hoy, trabajar en el sector artístico implica crear, producir, gestionar, emprender, enseñar, investigar, diseñar, articular políticas culturales, trabajar con comunidades y dialogar con la industria. Es una profesión en la que la creatividad no vive aislada, sino en relación con contextos, instituciones y personas. La formación profesional no se reduce al currículo formal: también se expresa en la disciplina, en la ética de terminar lo que se empieza, en la humildad para aprender del error y en la capacidad de trabajar con otros. Es una profesión que atraviesa el cuerpo, el tiempo y la manera de decidir. Una profesión que, lejos de cerrar posibilidades, abre caminos.

Y al final, más allá de estas capas, *el arte es también una forma de vida*. La Escuela de Artes no les entrega a sus egresados solo un título; con él les entrega un modo de mirar, de preguntar, de acompañar con ternura, de incomodar con valentía, de escuchar con atención y de crear con rigor. Quienes egresan de los programas de la Escuela salen

provistos de técnicas, sí, pero también de criterios; salen con saberes, pero también con gestos, con proyectos y también con una ética que los acompañará siempre.

Confiar en ese modo de estar en el mundo es confiar en que, donde vayan, abrirán caminos, crearán sentidos, transformarán lo sensible y lo social, y harán, con otros, mundos más habitables. ○

La Universidad Central: memoria viva de un segundo hogar

Ruth Domínguez* |

* Coordinadora del Language Center de la Universidad Central. Magíster y licenciada en lenguas modernas de la Pontificia Universidad Javeriana, con formación en *e-learning* y en el uso de tecnologías aplicadas al ámbito educativo.
Correo: rdominguezc@ucentral.edu.co

La memoria institucional no se construye únicamente a partir de grandes hitos o decisiones trascendentales; también se teje en los encuentros cotidianos, en las conversaciones de pasillo, en los procesos compartidos y en las huellas que cada persona deja a su paso. En ese entramado de experiencias, la Universidad Central ha consolidado una historia colectiva que trasciende generaciones. Esta es, en parte, la historia de cómo ese tejido se ha entrelazado con mi propia vida durante casi tres décadas.

La Universidad Central ha sido mi segundo hogar. Llegué a esta institución tras graduarme, sin imaginar que ese primer vínculo se convertiría en una relación profunda y duradera. Desde entonces, ha sido el lugar que más he habitado: un espacio de aprendizaje constante, de construcción colectiva y de crecimiento personal y profesional.

A lo largo de estos 29 años, he tenido la oportunidad de interactuar con estudiantes, profesores, directivas y equipos administrativos, quienes han contribuido de manera significativa a mi formación. No se trata solo de los conocimientos adquiridos, sino también de las enseñanzas vitales que surgen en la cotidianidad: la escucha, la paciencia, el compromiso y la capacidad de reinventarse frente a los desafíos.

Uno de los momentos más significativos de mi trayectoria fue la creación del Departamento de Lenguas, concebido como una unidad académica dedicada a la enseñanza de idiomas. Lo que inició como una idea, impulsada por la necesidad de fortalecer las competencias comunicativas en lenguas extranjeras, se transformó con el tiempo en un proyecto sólido. Recuerdo en especial los primeros días: espacios reducidos, recursos limitados y un equipo pequeño, pero profundamente comprometido.

En una de esas primeras jornadas, una estudiante se acercó al finalizar la clase y, con evidente emoción, me comentó que era la primera vez que lograba sostener una conversación básica en inglés. Ese momento, aparentemente sencillo, confirmó el impacto real de nuestro trabajo. Comprendí entonces que enseñar inglés no consistía solo en desarrollar habilidades lingüísticas, sino en abrir puertas, ampliar horizontes y fortalecer la confianza de los estudiantes.

Con el paso de los años, el proyecto creció y se consolidó gracias a un equipo que no solo comparte objetivos académicos, sino también valores humanos. Muchos de sus integrantes han permanecido durante largos periodos, y juntos hemos construido algo que trasciende lo laboral: una comunidad basada en el respeto, la colaboración y el compromiso. Ese equipo se ha convertido, sin duda, en una familia.

Otra experiencia que marcó profundamente mi recorrido tuvo lugar en un momento de transformación institucional, cuando fue necesario replantear procesos académicos para responder a nuevas demandas educativas en el contexto de la pandemia. Fueron tiempos de incertidumbre, pero también de creatividad. Recuerdo largas jornadas de trabajo conjunto en las que mis docentes y yo proponíamos y ajustábamos los sílabos en el marco de una reforma curricular.

A pesar de las dificultades, la Universidad Central logró afrontar ese periodo gracias a la resiliencia y al compromiso de toda su comunidad.

Las experiencias con los estudiantes han sido, quizás, las más transformadoras. Gracias a ellos, cada semestre trae consigo nuevas expectativas, inquietudes y formas de entender el mundo. La Universidad no es un espacio estático, sino un organismo vivo que se renueva constantemente a partir de los aportes de su comunidad. Los estudiantes no son solo receptores de conocimiento; son también protagonistas activos de la experiencia universitaria.

En este recorrido, también han sido fundamentales las enseñanzas provenientes de las directivas académicas. Su visión estratégica y su capacidad para proyectar la institución hacia el futuro han orientado muchos de los procesos en los que he participado. Recuerdo

especialmente una reflexión del doctor Guillermo Páramo, quien en alguna ocasión afirmó que “somos lo que hacemos”. Esta idea ha resonado profundamente en mi ejercicio profesional, recordándome que cada acción, por pequeña que parezca, contribuye a definir quiénes somos como institución.

Esa conciencia ha fortalecido mi sentido de pertenencia y mi compromiso con la Universidad Central. Más allá de cumplir funciones, este compromiso consiste en asumir un rol activo en la construcción de un proyecto educativo que impacta vidas y transforma realidades.

Sin embargo, esta historia no se limita a experiencias individuales. La Universidad Central es el resultado del esfuerzo colectivo de quienes han hecho parte de ella en sus distintas etapas: docentes comprometidos con la formación, estudiantes que dejan su huella, directivas que orientan el rumbo institucional y equipos administrativos que sostienen su funcionamiento cotidiano.

Cada uno ha aportado, desde su lugar, a la construcción de una memoria institucional diversa y dinámica. Una memoria compuesta por múltiples voces, perspectivas y vivencias que, en conjunto, dan sentido a la identidad de la Universidad.

Reflexionar sobre esta trayectoria no es un ejercicio nostálgico, sino una oportunidad para reconocer el legado construido y proyectarlo hacia el futuro. Los desafíos actuales de la educación superior exigen instituciones capaces de adaptarse, innovar y responder a contextos cambiantes, sin perder de vista su esencia.

La experiencia acumulada a lo largo de estos años demuestra que la fortaleza de la Universidad Central radica en su comunidad: en la capacidad de trabajar de manera colaborativa, en el compromiso con la formación integral y en la disposición para asumir los retos con responsabilidad y creatividad.

Hoy, al mirar atrás, reconozco que este camino ha estado marcado por aprendizajes constantes, momentos de dificultad y logros compartidos. Pero, sobre todo, ha estado definido por las personas: aquellas con quienes he coincidido y que han dejado una huella imborrable en mi vida. Por ello, el enfoque que la doctora Paula López

ha destacado desde su rectoría, “la Universidad centrada en las personas”, exalta el valor de cada uno de los integrantes de la Universidad Central.

Nuestra Universidad ha sido y seguirá siendo un espacio de encuentro, construcción colectiva y transformación: un lugar donde las historias individuales se entrelazan para dar forma a una memoria viva, en permanente evolución. ○



Sesenta años de legado: reflexiones sobre la Universidad Central y la transformación de la educación superior del siglo XXI

Paula Andrea López López*
Daniel Alberto Cardona Gómez**

*Esta tradición sostiene que la educación no se trata solo de la
asimilación pasiva de hechos y tradiciones culturales, sino
de desafiar la mente para que se vuelva activa, competente y
críticamente reflexiva en un mundo complejo.*

Martha C. Nussbaum

* Rectora de la Universidad Central, donde impulsa una transformación académica e institucional orientada por una visión centrada en las personas, la innovación educativa y la transformación social. Magíster en administración y docente con más de 22 años de experiencia en educación superior.
Correo: plopezl@ucentral.edu.co

** Director de la Escuela de Estudios Transversales. Doctorando en educación y sociedad y filósofo de la Universidad de La Salle (Bogotá); especialista en gestión de proyectos; magíster en estudios políticos de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá).
Correo: dcardonag4@ucentral.edu.co

En el marco de la conmemoración de los sesenta años de la Universidad Central, este artículo se propone como un ejercicio de reflexión que trasciende la evocación histórica para situarse en el terreno de las preguntas fundamentales sobre el presente y el futuro de la educación superior. Esta conmemoración invita a una lectura crítica del camino recorrido y, sobre todo, a una proyección consciente de los desafíos que configuran el devenir de la universidad en el siglo XXI.

Desde su fundación, la Universidad Central ha sido un proyecto educativo comprometido con la formación integral, el pensamiento crítico y la transformación social. A lo largo de seis décadas, ha sabido adaptarse a contextos cambiantes sin perder de vista su vocación humanista y su responsabilidad con el país. Este legado, lejos de ser un punto de llegada, constituye hoy un punto de partida desde el cual repensar el sentido, las formas y los alcances de nuestra Universidad en un entorno marcado por profundas transformaciones sociales, culturales, demográficas, tecnológicas y económicas.

En este contexto, las reflexiones que se presentan a continuación dialogan con algunas de las tensiones contemporáneas que atraviesan la universidad: la reconfiguración de los modelos pedagógicos, los cambios en las subjetividades de las nuevas generaciones y las demandas de una sociedad en constante transformación.

A ello se suman fenómenos como los cambios demográficos, que impactan la composición y las expectativas de las comunidades educativas; la irrupción de tecnologías emergentes y de la inteligencia artificial, que redefinen las formas de construcción y apropiación del conocimiento; la transformación del trabajo y de las trayectorias profesionales, cada vez menos lineales y más inciertas; así como la necesidad de modelos formativos más flexibles, basados en el

aprendizaje a lo largo de la vida y en esquemas como las certificaciones y credenciales.

Estas tensiones evidencian, a su vez, una crisis del modelo educativo tradicional, que interpela a la Universidad para repensar su sentido, sus estructuras y sus formas de relación con la sociedad, con el fin de proyectarla hacia nuevas posibilidades.

Así, a partir de una mirada que articula legado e innovación, hemos querido abordar, de manera panorámica, tres ejes de análisis para pensar la Universidad Central del siglo XXI: 1) las transformaciones y tensiones del contexto, 2) la innovación pedagógica y 3) un modelo de gestión centrado en las personas. Estos ejes constituyen, más que respuestas cerradas, una invitación a seguir construyendo colectivamente el sentido de la Universidad como un espacio vivo, dinámico y comprometido con su tiempo y su lugar.

Eje 1. Transformaciones y tensiones del contexto

El desarrollo de la economía contemporánea, caracterizada por la digitalización, la innovación tecnológica y nuevas dinámicas laborales —muchas de ellas inspiradas en modelos organizacionales de grandes compañías tecnológicas (Bock, 2015)—, ha transformado profundamente las formas en que se produce, circula y valida el conocimiento. En este contexto, la universidad ha dejado de definirse exclusivamente por su anclaje territorial, su infraestructura física o la concentración del saber en espacios cerrados, para proyectarse como un ecosistema abierto, dinámico y en permanente interacción con su entorno.

En este escenario, surge una pregunta fundamental: *¿qué determina hoy el devenir de las instituciones universitarias?* La respuesta se encuentra estrechamente vinculada a los imaginarios de futuro de las nuevas generaciones, así como a las transformaciones derivadas de fenómenos como la cuarta revolución industrial y la experiencia global de la pandemia. Estos procesos han acelerado cambios en las formas de aprender, de trabajar y de relacionarse con el conocimiento, desafiando los modelos tradicionales de escolaridad que han orientado históricamente a la educación superior.

En particular, las nuevas generaciones —como la denominada generación Alfa (Jiménez, 2024), la primera cohorte plenamente digital nacida entre 2010 y 2025— establecen relaciones disruptivas con la tecnología y el conocimiento. En muchos casos, la tecnología deja de ser un instrumento externo para integrarse de manera más directa en los procesos de aprendizaje, creatividad y construcción de sentido, operando como una extensión de las capacidades cognitivas. Esta transformación redefine las expectativas frente a la educación, demandando experiencias formativas más flexibles, personalizadas e interactivas.

De manera paralela, la transformación del mundo del trabajo, marcada por la expansión de economías basadas en la innovación, la flexibilidad y la fragmentación de las trayectorias laborales —como lo evidencia el crecimiento de la economía *gig* (Ferriss, 2016)—, plantea nuevos desafíos para la formación profesional. La creciente relevancia de esquemas como el trabajo por proyectos, el nomadismo digital y la actualización permanente de competencias cuestiona la idea de trayectorias lineales y estables, e impulsa la necesidad de modelos educativos orientados al aprendizaje a lo largo de la vida y de instituciones dinámicas, flexibles y pertinentes (Conaway & Knudson, 2017).

En este contexto, la universidad de tradición napoleónica —como instrumento del Estado— y de cuño humboldtiano —centrada en las disciplinas—, diseñada para responder a estructuras profesionales más estables, se enfrenta hoy al reto de transitar hacia modelos de formación más flexibles, interdisciplinarios y adaptativos. Esto se traduce en la exploración de alternativas como la flexibilización curricular, la integración de saberes y esquemas de certificación más ágiles, entre ellos la microcredencialización, en respuesta a un sujeto que ya no busca una única formación para toda la vida, sino la construcción progresiva de competencias en contextos cambiantes (Cardona, 2013).

Desde esta perspectiva, la crisis del sistema educativo no puede entenderse de manera reduccionista ni atribuirse exclusivamente a factores demográficos. Por el contrario, responde a una transformación sistémica que involucra cambios en las estructuras sociales, culturales y económicas, así como en las formas de construcción del conocimiento y de la identidad. Estas tensiones configuran un

escenario en el que la universidad está llamada no solo a adaptarse, sino a desempeñar un papel activo en la interpretación y orientación de los cambios que atraviesan la sociedad contemporánea.

Eje 2. La innovación pedagógica

La innovación no es simplemente una opción para pensar la [educación], es mucho más: es la posibilidad para salvarla.

Dino Segura

La crisis de naturaleza institucional que enfrentan las universidades no carece de precedentes históricos. Un caso notable fue el de los goliardos, quienes personificaron una forma de cuestionamiento intelectual durante el siglo XII. Este grupo, compuesto principalmente por clérigos errantes y estudiantes que se distanciaron de las estructuras eclesiásticas tradicionales, desafió el modelo de las universidades de su tiempo. Mientras estas últimas se consolidaban como instituciones solemnes, territoriales y ligadas a un orden jerárquico del conocimiento, los goliardos propusieron un modelo alternativo basado en la itinerancia y la deslocalización del saber, con base en una concepción más abierta y dinámica de la circulación del conocimiento.

Trasladada a nuestros días, la analogía histórica permite comprender algunas de las tensiones que atraviesan la educación superior. El “goliardo contemporáneo” no rechaza la formación, sino las estructuras rígidas que limitan la flexibilidad del pensamiento y la posibilidad de construir trayectorias de aprendizaje abiertas. Mientras que el monasterio medieval representaba la fijeza del saber bajo llave y muro, la universidad tradicional se expresa hoy en currículos cerrados y trayectorias estandarizadas que, en ocasiones, restringen más al profesorado que al saber mismo. Al transitar por escenarios mediados por lo digital, el sujeto deja de ser un receptor pasivo para convertirse en un agente activo en la construcción de su propia cartografía cognitiva¹.

¹ A propósito, el caso de la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala es un ejemplo destacado de una educación superior de carácter libertario, moderno y pertinente.

Esta transformación interpela profundamente a la universidad, en la medida en que exige repensar no solo los contenidos, sino también las formas de enseñar, aprender y evaluar. En este sentido, la innovación pedagógica se configura como un eje central para la transformación de la educación superior, de modo que mantenga su vigencia y pertinencia, al promover modelos formativos más flexibles, abiertos e interdisciplinarios, en los que el aprendizaje se concibe como un proceso continuo a lo largo de la vida.

Para la Universidad Central, este desafío implica avanzar hacia propuestas pedagógicas que respondan a estas nuevas realidades, fortaleciendo la autonomía del estudiante, el pensamiento crítico y la capacidad de adaptación en contextos cambiantes. Esto supone, entre otros aspectos, la revisión de estructuras curriculares, la incorporación de metodologías activas y el desarrollo de modalidades virtuales e híbridas, así como la diversificación de la oferta académica mediante esquemas que articulen formación profesional y continua, junto con certificaciones complementarias, en diálogo con las transformaciones sociales, tecnológicas y productivas del entorno.

De este modo, la innovación pedagógica no constituye una ruptura con la tradición universitaria, sino una evolución necesaria que permite proyectar su sentido en un contexto marcado por la incertidumbre, la complejidad y el cambio permanente, en articulación con una visión de universidad que reconoce al estudiante como sujeto activo de su formación y al conocimiento como un proceso dinámico, situado y en permanente construcción. En este marco, la Universidad Central tiene la oportunidad de consolidar un modelo educativo que, sin renunciar a su tradición humanista, incorpore de manera crítica e intencionada las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías, contribuyendo así a la formación de ciudadanos capaces de aprender, desaprender y reaprender en contextos cambiantes.

En esa perspectiva, a continuación se plantean algunas apuestas importantes que se deben considerar en este desafío de innovación.

La primera apuesta consiste en consolidar un Proyecto Educativo Institucional (PEI) dinámico y adaptable, capaz de responder de manera permanente a las nuevas demandas sociales y educativas. Más que un

documento orientador, el PEI está llamado a consolidarse como una herramienta viva de innovación institucional que permita incorporar de manera flexible nuevas modalidades de formación, esquemas de certificación y microcredencialización, así como formas emergentes de organización académica. En un entorno caracterizado por el cambio permanente, la capacidad de actualización institucional se convierte en una condición indispensable para mantener la pertinencia de la propuesta educativa.

Una segunda apuesta se relaciona con la *construcción de una perspectiva pedagógica contemporánea* que oriente el desarrollo curricular y la acción educativa. En un contexto marcado por profundas transformaciones tecnológicas, sociales y culturales, la educación superior requiere marcos de interpretación que permitan comprender las nuevas formas de aprender y de relacionarse con el conocimiento. Más que la adopción de modelos pedagógicos rígidos, se trata de construir perspectivas que fortalezcan la identidad institucional desde el currículo y orienten el quehacer docente hacia la formación integral de los estudiantes.

En concordancia con lo anterior, adquiere especial relevancia el *fortalecimiento de metodologías activas y la transformación del rol del docente*. El saber-saber está a la mano de los estudiantes; el papel mediador del docente ya no está solo en la orientación del conocimiento, sino en el desarrollo de un pensamiento crítico que permita el discernimiento contextualizado de grandes volúmenes de información, teniendo siempre en cuenta la relevancia del desarrollo de las habilidades socioemocionales como fundamento de la construcción no solo de ciudadanía, sino también de convivencia, trabajo colaborativo y vida en comunidad. No se trata solo de incluir tecnologías, sino de cómo estas pueden potenciar la esencia de lo humano.

De igual manera, la *innovación educativa demanda una comprensión más profunda de los procesos de aprendizaje*. Los avances en las neurociencias han ampliado significativamente el conocimiento sobre la relación entre enseñanza y aprendizaje, abriendo nuevas posibilidades para el desarrollo cognitivo, emocional y social de los estudiantes. En articulación con estos desarrollos, *las modalidades flexibles, híbridas*

y virtuales adquieren una importancia creciente, permitiendo construir trayectorias formativas más personalizadas, abiertas y adaptadas a las necesidades de una ciudadanía cada vez más móvil y digital.

Finalmente, la pertinencia de la educación superior exige fortalecer la conexión entre la formación académica y los contextos donde esta adquiere sentido. En esta dirección, estrategias como la educación dual favorecen la articulación entre teoría y práctica, enriqueciendo la experiencia formativa y fortaleciendo los vínculos entre universidad y sector productivo. De igual manera, la internacionalización y el enfoque territorial constituyen dimensiones complementarias de una misma aspiración: formar ciudadanos capaces de comprender los desafíos globales sin perder de vista las realidades y necesidades de sus territorios. La pregunta sobre cómo la apuesta formativa institucional contribuye a un proyecto de nación está en el centro del interés que tiene la Universidad en tener presencia en las diferentes regiones de Colombia; así las cosas, no solo se trata de expandirse regionalmente, sino de plantearse la pregunta sobre las coyunturas regionales a las cuales nuestra propuesta formativa puede llegar a aportar en el territorio.

En este marco, más que constituir una hoja de ruta predeterminada para responder a diferentes desafíos, los elementos aquí planteados pueden entenderse como horizontes de reflexión que permiten pensar las respuestas de la educación superior frente a las profundas transformaciones sociales, tecnológicas, culturales y económicas del siglo XXI. Se trata de tendencias y posibilidades que invitan a las universidades a revisar críticamente sus modelos educativos, sus formas de relación con el conocimiento y su capacidad para responder a las expectativas de las nuevas generaciones. En este contexto, la Universidad Central encuentra una oportunidad para reflexionar sobre estas dinámicas y valorar aquellas apuestas que, en coherencia con su identidad, misión y proyecto educativo, contribuyan a fortalecer su pertinencia, su capacidad de innovación y su compromiso con la transformación social. Más que anticipar respuestas definitivas, estos desafíos invitan a mantener una actitud permanente de reflexión, aprendizaje y transformación, condición indispensable para que la Universidad continúe siendo un actor relevante en la construcción de futuros posibles para la sociedad.

Eje 3. Un modelo de gestión centrado en las personas

En el contexto de las transformaciones contemporáneas que atraviesa la educación superior, la centralidad de las personas emerge no solo como un principio ético, sino como una condición estructural para la sostenibilidad y pertinencia de las instituciones universitarias. En este sentido, avanzar hacia modelos de gestión centrados en las personas implica reconocer que la calidad educativa y el impacto social de la universidad están estrechamente vinculados con el bienestar, el desarrollo y la realización de quienes conforman su comunidad.

La Universidad Central ha definido este enfoque como uno de los atributos fundamentales de su Visión 2030, proyectándose como una organización comprometida con la excelencia, innovadora y centrada en las personas, que forma ciudadanos a lo largo de la vida y contribuye a la transformación social (Universidad Central, 2025b). Este enfoque no surge de manera reciente, sino que se sustenta en una trayectoria institucional que históricamente ha privilegiado el bienestar y el desarrollo de su comunidad, y que hoy se consolida como un eje estratégico en la proyección institucional hacia el futuro (Universidad Central, 2025a). En este sentido, la apuesta por una universidad centrada en las personas no se limita a una respuesta adaptativa a las tendencias contemporáneas, sino que constituye una decisión estratégica que define el modo en que la Universidad Central comprende su misión y su responsabilidad con la sociedad.

Desde un enfoque conceptual, el cuidado se configura como un eje articulador de esta perspectiva de la gestión. Siguiendo a Foucault (2002), el cuidado de sí puede entenderse como “un conjunto de prácticas mediante las cuales un individuo establece cierta relación consigo mismo, y en esta relación se constituye en sujeto de sus propias acciones” (p. 16), lo que implica una comprensión del sujeto como agente activo en la construcción de su vida y de sus vínculos con los otros. En este sentido, el autocuidado no solo es una práctica individual, sino una condición para el cuidado del otro y para la construcción de comunidades más conscientes y solidarias.

A su vez, el bienestar, entendido como un estado integral que articula dimensiones físicas, mentales y sociales (Organización Mundial de la Salud, 2024), trasciende una visión reduccionista asociada únicamente a la ausencia de enfermedad para situarse en el terreno de las prácticas cotidianas, las relaciones interpersonales y las condiciones institucionales que favorecen el desarrollo humano. Este enfoque implica reconocer la importancia de factores como el autoconcepto, la resiliencia, la construcción de vínculos significativos y la existencia de entornos que promuevan el equilibrio entre la vida personal y profesional. Este enfoque tiene implicaciones directas en los procesos de formación, en la medida en que reconoce que el aprendizaje significativo está profundamente ligado a las condiciones emocionales, relacionales y contextuales de los sujetos. Así, una universidad centrada en las personas no solo gestiona mejor, sino que forma mejor.

En este marco, una universidad centrada en las personas supone una transformación del modelo de gestión, por cuanto demanda estructuras organizacionales que integren el bienestar humano con la sostenibilidad institucional. Lejos de constituir dimensiones opuestas, el equilibrio entre el cuidado de las personas y la sostenibilidad económica se presenta como una condición necesaria para garantizar la permanencia y proyección de la institución en el tiempo, reconociendo que la estabilidad financiera no es opuesta al bienestar humano, sino su condición de posibilidad (Universidad Central, 2025a), en consonancia con el principio de desarrollo sostenible planteado por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (1987).

Así, la Universidad Central avanza en la consolidación de un modelo de gestión que reconoce a todos los miembros de su comunidad —estudiantes, docentes, administrativos y egresados— como sujetos activos en la construcción del proyecto institucional. Este enfoque se materializa en acciones orientadas al fortalecimiento del bienestar integral, el desarrollo humano, el liderazgo transformacional, la promoción de relaciones basadas en el respeto y la colaboración, la inclusión y la diversidad, así como en la articulación entre el proyecto de vida de las personas y el propósito institucional, en coherencia con el PEI y el Plan de Consolidación y Crecimiento (Universidad Central,

2025b). En suma, se busca tener un impacto positivo y significativo en las experiencias de los unicentralistas, no solo en su paso por la institución, sino en la construcción y realización de sus proyectos de vida (Universidad Central, 2025a).

De igual manera, este atributo de la Visión 2030 trasciende el ámbito de la gestión para proyectarse en la formación de ciudadanos capaces de incidir de manera ética, crítica y comprometida en la transformación de sus entornos. En última instancia, una universidad centrada en las personas es aquella que reconoce que su mayor valor no reside solo en el conocimiento que produce, sino en las vidas que transforma. Por ende, construir una universidad con ese enfoque no implica únicamente incorporar programas de bienestar, sino redefinir las formas de relación, gestión y construcción colectiva dentro de la institución. Se trata, en esencia, de comprender que son las personas quienes, con su compromiso, capacidades y sentido de pertenencia, hacen posible no solo el funcionamiento de la universidad, sino su capacidad de transformar la sociedad.

Desde esta perspectiva, el legado de una universidad no se expresa únicamente en sus edificaciones, programas académicos o reconocimientos institucionales, sino en las comunidades que logra formar y en las huellas que deja en la vida de las personas. Son ellas quienes encarnan, proyectan y renuevan el sentido de la institución a través del tiempo, convirtiendo sus principios y propósitos en una realidad viva que trasciende cada generación.

Aunque las instituciones educativas suelen ser evaluadas por sus resultados, sus indicadores o sus logros académicos, la verdadera trascendencia de una universidad se mide también por su capacidad de mantener abiertas las preguntas fundamentales de cada época y de contribuir, desde el conocimiento, a la construcción de respuestas colectivas. A sesenta años de su fundación, la Universidad Central puede reconocerse no solo en la trayectoria construida a través de la formación de profesionales y ciudadanos comprometidos con la transformación de sus entornos, sino también en una vocación permanente por participar en las conversaciones que han dado forma a la ciudad, al país y a sus cambios. En este sentido, el legado institucional

constituye una herencia que se recibe, pero sobre todo una responsabilidad que se renueva. Quizás el mayor desafío de una universidad con historia, más que preservar lo que ha sido, es mantener la capacidad de imaginar lo que aún puede llegar a ser. ○

Referencias

- Bock, L. (2015). *La nueva fórmula del trabajo: revelaciones de Google que cambiarán su forma de vivir y liderar*. Aguilar.
- Cardona Gómez, D. A. (2013). *Aproximación crítica al enfoque estatal de educación por competencias en Colombia: Una mirada desde el perfil del docente como sujeto político* [trabajo de grado]. Repositorio Institucional Javeriano. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.10554.15282>
- Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. (1987). *Nuestro futuro común* (G. Azcárate, trad.). Alianza Editorial.
- Conaway, K., & Knudson, P. (2017). *The digital nomad survival guide: How to successfully travel the world while working remotely* (publicado de forma independiente).
- Ferriss, T. (2016). *La semana laboral de 4 horas* (J. P. Fernández, trad.). Edaf. (Originalmente publicado en 2007).
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto* (F. Álvarez-Uría, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Nájera, M. S. (2024, 21 de mayo). *Comprendiendo la configuración de la generación Alfa*. Observatorio del Instituto para el Futuro de la Educación. <https://tinyurl.com/29ywqtdt>
- Organización Mundial de la Salud. (2024). *Lograr el bienestar: un marco mundial para integrar el bienestar en la salud pública utilizando un enfoque de promoción de la salud*. <https://tinyurl.com/2ckdhvxe>
- Universidad Central. (2025a). *Reflexiones sobre la universidad centrada en las personas*.
- Universidad Central. (2025b). *Plan de consolidación y crecimiento 2025-2030*. <https://tinyurl.com/24lmslpz>

A la sombra del curubo

José Vicente Barreto R.* |

* Director del Área de Ciencias Jurídicas de la Facultad de Ciencias Empresariales, Jurídicas y de Comunicación Estratégica. de la Universidad Central. Abogado especializado en derecho internacional público en la Universidad La Sorbona - París II, y en derecho penal y criminología en la Universidad La Sapienza de Roma.
Correo: jbarretor@ucentral.edu.co

● ¡¡Estamos de fiesta!!! Sesenta años de actividades de esta institución de educación superior, aportando al desarrollo de nuestra sociedad, en medio de la crisis que golpea el sector, son un logro. Muchos temas se podrían tratar con motivo de esta especial celebración: acreditación de alta calidad institucional, nuevo campus polifuncional y de elegante diseño arquitectónico, nuevos programas de pregrado y posgrado presenciales y virtuales, proceso de reforma académica acompasado con las demandas profesionales actualizadas y por venir, primera mujer rectora de la institución, la obra literaria y pictórica del Dr. Fernando Sánchez Torres, insigne miembro del Consejo Superior de nuestra *alma mater*, la recuperación e inauguración del Teatro Faenza, el Teatro de la Paz, en fin...

Desde sus orígenes modestos pero ambiciosos, en el barrio Santafé, la Universidad Central comenzó con la carrera de Contaduría que tantos éxitos ha logrado, incluido el primer contador general de la Nación; luego vinieron otros pregrados y posgrados con acreditación de calidad y con premios y reconocimientos nacionales e internacionales, como el premio internacional *Caracol de Plata*, obtenido seis veces por la carrera de Publicidad, entre otros.

Recién vinculado como docente de cátedra al entonces Departamento de Derecho y Ciencias Políticas, no solo asistí a la transformación de nuestro logo, que pasó del águila bicéfala a la nativa y vital flor de curubo, sino también a una de las conferencias magistrales en las que el rector Guillermo Páramo Rocha ponía a pensar a la audiencia; allí recordó, entre otras cosas, nuestro empeño por una educación de calidad para estratos 2, 3 y 4. Comprendí la importancia de esta misión y sentí estar colocando mi granito de arena para la construcción de un país más incluyente. Después tendría el honor de recibir el encargo

del Consejo Superior y su presidente de entonces, el Dr. Jaime Arias Ramírez, de liderar el equipo para la creación del pregrado en Derecho que, con el apoyo de la Dra. Carolina Ortégón Plazas, entonces coordinadora académica de Derecho y hoy secretaria general y de asuntos jurídicos de la Universidad, se concretó en el año 2013.

Con ocasión de esta especial celebración, quisiera resaltar un aspecto particular de nuestra historia universitaria, de nuestros sesenta años *de lucha y sapiencia*, como dice nuestro himno institucional. En efecto, la Universidad Central siempre ha mostrado preocupación por sus estudiantes, docentes, funcionarios y personal administrativo, pero quisiera resaltar ciertos hechos que, a la sombra del curubo, también son resultados que contribuyen al fortalecimiento de nuestros valores institucionales.

Acontece que la Universidad Central ha cumplido con su labor educadora como una institución de alta calidad, incluyendo varios tipos de programas de apoyo económico, los cuales benefician a estudiantes, egresados, funcionarios y sus grupos familiares, principalmente descuentos en los valores de matrícula. Un apoyo especial es concedido a través del Comité de Becas para personas en condiciones de vulnerabilidad.

De los beneficiarios de este programa quisiera recordar a un grupo en especial: se trata de las personas encargadas de servicios generales, que también son indispensables, pues mantienen nuestros espacios funcionales, ordenados, aseados y nos brindan el tintico o la aromática que siempre son bienvenidos; señoras silenciosas, serviciales y amables que nos atienden con esmero en medio de reuniones cuyas discusiones y decisiones marcan derroteros para la Universidad; sus esfuerzos son importantes y sus sueños también cuentan. Con su trabajo, ellas han logrado su sustento, pero también apoyar a sus hogares y convertir sueños en realidad, pues, con una familia a cuestas, lucharon por un futuro mejor para sus retoños. Estas trabajadoras golpearon puertas, hicieron solicitudes y lo han logrado, siendo artífices y testigos del progreso académico de sus hijos, quienes muy responsablemente concluían su bachillerato y pensaron en un sueño en principio inalcanzable: ¡el hijo de la señora del aseo entra a la Universidad!

Por eso quise conversar con algunas de estas personas y hacerlas también partícipes de la celebración.

María Yaneth Lizcano Oviedo, nacida en El Guamo (Tolima), solo pudo estudiar hasta quinto de primaria y luego, en la flor de su juventud, tuvo que salir a buscarse el sustento. Ella recuerda que hace 28 años estaba sin trabajo y un conocido le dijo que en la Universidad Central había posibilidades laborales para hacer el aseo, que hablara con la jefa de servicios administrativos, la Dra. Myriam León. Ella la recibió y le solicitó la hoja de vida que Yaneth se apresuró a entregar. La Dra. Myriam la entrevistó y al siguiente día empezó a trabajar; hoy continúa vinculada a la institución.

Yaneth tiene dos hijas mujeres; su hija menor tenía siete años cuando la desgracia se cruzó en el camino y Yaneth quedó viuda, con dos hijas menores de edad e ingresos limitados. Su preocupación por la situación fue grande, pero su decisión fue mantener a sus hijas estudiando “a como diera lugar”. La menor terminó grado once y mostró interés por hacer una carrera. Le dijo que le gustaría estudiar Derecho. Esta mujer, cabeza de familia, como muchas, analizó su situación económica y las escasas posibilidades de pagar una matrícula universitaria.

Cuenta que un día se quedó pensando que trabajaba en una universidad y una universidad sería, y consideró que sería muy bueno que su hija lograra entrar aquí a estudiar, pero el tema económico le seguía quitando el sueño. Decidió entonces hablar con el vicerrector administrativo de aquel entonces, el Dr. Nelson Gnecco, a quien le contó los sueños de su hija por estudiar Derecho y sus dificultades económicas. Narra Yaneth que el vicerrector le dijo: “Pásame una carta solicitando apoyo financiero y veremos qué se puede hacer”. Solicitó ayuda a compañeros de la Universidad y recuerda que Claudia Jiménez le ayudó a redactar la carta que entregó, quedando a la espera de la decisión. Posteriormente, el vicerrector la llamó y le dijo que la Universidad Central la apoyaba con el 70 % del valor de la carrera. ¿Y el resto? La Universidad se lo prestó. Así, con su salario pagaba las cuotas mensuales.

Con tanta dificultad, pero con tanto empeño, su hija comenzó a estudiar, pero entendió pronto la situación y mientras estudiaba

“consiguió un trabajito; le pagaban el mínimo y ayudaba para el pago de las cuotas”. Nuestra estudiante aprovechó su formación y con su esfuerzo logró el reconocimiento de los docentes de la carrera, que concluyó exitosamente. Hizo su judicatura en una oficina de abogados, se graduó y con su experiencia laboral se presentó a la Superintendencia de Industria y Comercio, donde actualmente está trabajando. En sus planes está hacer estudios de posgrado en derecho comercial.

Probablemente Yaneth seguirá teniendo algunas dificultades económicas, pero también sabe, por experiencia propia, que los sueños pueden hacerse realidad cuando la voluntad, el esfuerzo y la solidaridad los acompañan.

Flor Sanabria Castro, por su parte, nació en San Juan de Rioseco (Cundinamarca), estudió en el pueblo hasta segundo de bachillerato y, buscando oportunidades, se trasladó a Bogotá; comenzó su trabajo en la Central en 1995 en servicios administrativos, en el área de aseo; de ahí fue trasladada al área de mensajería y apoyo administrativo. Tiene dos hijos, y actualmente lleva 31 años vinculada con la Universidad.

Su hijo mayor terminó bachillerato y le manifestó su interés por estudiar ingeniería de sistemas. También Flor pasó noches en vela, pensando de dónde saldría el dinero para concretar los justos sueños de su hijo, pero recapacitó y pensó que estaba trabajando en una universidad y que, como conocían su trabajo, de pronto podrían ayudarle.

“Me llené de valor —dice— y fui a hablar con el vicerrector administrativo de aquel entonces”. Cuenta que él le dijo: “Mija, con mucho gusto; entréguele los datos del muchacho a la secretaria Patricia Sánchez para que adelanten el proceso”, y así, el sueño se hizo realidad. Su hijo entró a estudiar la carrera que quería. El apoyo fue del 75 % y Flor pagaba con su sueldo el resto. Su hijo se graduó justo antes de la pandemia, hizo sus pasantías con Colsubsidio y actualmente trabaja en Wom. Ahora también es un apoyo y colabora en la casa.

Cuando a este hijo le faltaban dos semestres para concluir sus estudios, Flor entró en otra preocupación: su hija menor también se hizo bachiller y mostró interés y capacidad para seguir su formación, por eso le dijo que le gustaba la ingeniería mecánica. Nuevamente esta

madre se armó de valor y habló otra vez con el Dr. Gnecco. Él le preguntó cómo le iba a su otro hijo académicamente; ella le contó que estaba juicioso y que no había perdido ningún semestre. Afortunadamente esta familia recibió de nuevo apoyo de la Universidad y se autorizó el ingreso de su hija a la carrera de su interés. Ella se graduó, está haciendo una maestría y actualmente se desempeña en la empresa Coca-Cola y también apoya en la casa. Flor reconoce que la Universidad Central le ayudó a forjar un mejor futuro para sus hijos.

Esperanza Elena Castillo, por su parte, nació en Bogotá, en el barrio Egipto; cursó estudios hasta noveno y tuvo que salir a trabajar por la situación económica de la familia. En 1994, su hermano, que trabajaba como maestro de obra en la Universidad, le informó que había posibilidades de trabajar en la Central. Ella habló con la entonces jefa de servicios administrativos, Dra. Yolanda Vela, quien le hizo la entrevista y la remitió a Recursos Humanos. Fue aceptada y estuvo vinculada con la Universidad por 29 años hasta que solicitó retiro por pensión. Estuvo a cargo del aseo de oficinas y luego en la cafetería, prestando también servicios a varias dependencias de la Universidad.

A los cinco años de estar vinculada con la Universidad Central, Esperanza tuvo un hijo en calidad de madre soltera. Su preocupación era que su hijo se educara y tuviera un futuro mejor. Su hijo se hizo bachiller en un colegio en convenio con el Estado y le dijo que le gustaría estudiar ingeniería de sistemas. “Con mi situación económica —narra Esperanza—, le dije que comprara el formulario de la Universidad Distrital, pero él me dijo que le gustaba la Universidad Central; además, cuando niño, ya había frecuentado el jardín de la Universidad”. Recuerda Esperanza:

Para mis adentros me dije: voy a ver qué puedo hacer; yo estaba prestando mis servicios en la Rectoría y era rector el Dr. Rafael Santos Calderón, y su secretaria, la señora María Cristina Charro, ante mi consulta, me dijo: “Panchita, haga una carta dirigida al rector exponiendo su situación”. Hice la carta, la entregué y el señor rector me solicitó que me dirigiera a la oficina de Apoyo Financiero para que inscribieran a mi hijo, lo cual hice

sin demora; me informaron que le otorgaban el 70 % de apoyo y que yo pagaba el resto; él prestaría apoyo con trabajo social de protocolo en los eventos de la U.

Él ya había trabajado con algunas empresas de ingenieros, se graduó en 2024 y entró a trabajar en otra compañía que hace contratos con MinCiencias, donde actualmente presta sus servicios profesionales. “Mi hijo tiene una hija y viven conmigo —cuenta Esperanza—; me da una mano en los gastos y con su apoyo pudimos comprar un apartamento”. Está analizando la posibilidad de hacer un posgrado para mejorar sus competencias.

Recordando estos hechos, Esperanza siente una gran satisfacción: “En mi trabajo limpié pisos, barrí, aseeé baños, y así, con el sudor de mi frente y con ese apoyo de la Universidad logré sacar a mi hijo adelante”.

Claudia Liliana Bernal nació en Bogotá, logró graduarse de bachiller, pero le faltaron recursos para continuar su formación de educación superior. Por necesidad, tuvo que buscar trabajo desde muy joven; es madre soltera. Entró a trabajar en 1994 a la Universidad Central, pues una de las secretarías de la Universidad le dijo que había posibilidades en servicios generales. Se presentó en Recursos Humanos, bajo la dirección de Myriam León por aquel entonces, quien le solicitó la hoja de vida, y a los ocho días ya estaba trabajando, en servicios de aseo de la 5.^a con 22. Ascendió a mensajería en 2008, donde duró 12 años; de ahí la trasladaron a control de acceso, donde actualmente se desempeña.

Asumió a cabalidad sus responsabilidades para con su hijo. “Afortunadamente salió juicioso”, narra Claudia Liliana, “terminó su bachillerato y me dijo que quería estudiar ingeniería electrónica”. Ella recuerda que le dijo: “Hijo, qué bueno, pero ¿con qué dinero?” Seguro le quitó el sueño pensar en sus limitaciones económicas, pero también pensó en las puertas que abre la educación y en la necesidad de luchar por nuestros hijos. Entonces tomó una decisión: “Hablé en la Universidad para ver si me podían dar una mano, ya que conocían mi trabajo”.

Claudia Liliana habló con la rectora, la Dra. Paula López, a quien conocía desde que era profesora del pregrado de Administración de Empresas. “La rectora me pidió una solicitud por escrito que yo redacté como pude —cuenta Liliana—. Me hicieron una visita a la casa y después me dijeron que mi hijo podía matricularse; fue una gran noticia que me emocionó mucho”. Actualmente él continúa estudiando su carrera en la Universidad y está muy contento. Si bien no se ha graduado aún, poco a poco va realizando sus sueños y ella está muy agradecida con la institución. Su esperanza es que su hijo se gradúe y logre éxitos profesionales.

Rosa Liliana Ducuara nació en el barrio Claret de Bogotá, logró concluir bachillerato y le gustaban las actividades de apoyo a la comunidad, pero tampoco pudo continuar sus estudios por escasez de recursos. Madre de cuatro hijos, ha tenido una vida de lucha; trabajaba en casas de familia y cuenta cómo muchas veces fue maltratada por su compañero. Entró a trabajar en la Universidad Central, donde, además, se le ofreció apoyo para que denunciara los hechos, y así lo hizo; sin embargo, por su situación, perdió la custodia de su hijo mayor.

Sin cédula, pero con la contraseña y con la necesidad siguiéndole los pasos, un día salió muy temprano de la casa, llevó la hoja de vida a la Universidad y esperó tres meses. Habló con la Dra. Yolanda Vela —jefa de servicios administrativos— y ella le dijo que estaba un poco joven para entrar a trabajar. Liliana, con un hijo y bastante necesidad, le dijo muy llanamente que ella debía buscar su sustento y el de su hijo; entonces la Dra. Yolanda le dijo que le iba a dar la oportunidad. Entró en 1995 a trabajar en servicios generales de la Universidad; duró casi 15 años en el aseo; después le dijeron que necesitaban a alguien para la Sede Norte en servicios de cafetería; la trasladaron a esa sede, donde permaneció nueve años y seis meses; luego regresó a la Sede Centro donde actualmente se encuentra prestando servicios a la Rectoría y las vicerrectorías.

“Mi segundo hijo —cuenta Liliana— se benefició del jardín de la Universidad Central hasta transición, junto con sus dos hermanos; después pasó a un colegio cercano y luego terminó bachillerato en un

colegio distrital”. Fue entonces cuando le dijo a su madre que tenía interés en la carrera de Derecho.

Por fortuna, recién habíamos inaugurado la carrera en la Universidad Central; Liliana le pasó una solicitud al entonces rector, el Dr. Rafael Santos, y él la presentó al comité de becas. “Aceptaron ayudarme con el 70 %, y para pagar el resto, yo obtenía préstamos en la Universidad y con mis cesantías completaba las cuotas. Con las uñas los saqué adelante y todavía sigo en la lucha”.

Su hijo trabajaba en los intersemestrales como jardinero, estudiaba de noche y trabajaba de día para ayudarse porque la situación no era fácil y necesitaba ingresos para pagar fotocopias y transportes. Se esforzó por mantener un buen promedio académico y así mantuvo su apoyo financiero hasta cuando se graduó. Hizo la judicatura en la Fiscalía General de la Nación y, con su tarjeta profesional en mano, trabajó en una firma de abogados por cuatro años, hizo especialización en derecho contractual en la Universidad del Rosario con un crédito del Icetex. Ya tiene un hijo de un año y sigue buscando espacios para su desempeño profesional.

Liliana agradece mucho a la Universidad porque su hijo creció a nivel personal, a nivel profesional y así va abriéndose camino en la vida. Después de una infancia difícil y de tantas lágrimas, el ejemplo de la madre sirvió para que su hijo creciera como la persona decente que hoy apoya a Liliana tanto moral como económicamente.

Hoy esos jóvenes profesionales están rompiendo barreras, luchando por abrirse camino en la vida y lo están logrando, aportando al desarrollo de nuestra sociedad. De mis averiguaciones sé que todos están empleados, y que planean continuar su formación posgradual.

Es cierto que además de las señoras de servicios generales que recordé, muchos funcionarios y empleados de la Universidad han recibido apoyo para el estudio de sus hijos, pero quería resaltar la situación de quienes, con menores ingresos, pero con justas esperanzas, si bien no lograron éxito profesional en su vida, sí pudieron colocar a sus hijos e hijas en la ruta de mejores realizaciones profesionales y personales.

Estas historias de vida reconfortan el espíritu. Apoyar a estas personas significa un reconocimiento por su labor, pues si bien ningún trabajo es deshonra, hay trabajos de trabajos. Ellas golpearon puertas y el Consejo Superior, las rectorías y vicerrectorías no hicieron oídos sordos; como abanderados de la inclusión y la misión de la Universidad, establecieron programas de apoyo, analizaron posibilidades y ayudaron en gran manera a concretar un sueño que parecía imposible de realizar. Sin lugar a dudas, este apoyo tiene importancia tanto social como educativa y humana, pues transforma historias y vidas, no solo de las personas, sino de la comunidad universitaria y de la sociedad.

Además, esta es otra evidencia de que en la Universidad Central se promueve la igualdad de oportunidades, se fortalece el tejido social por el sentido de solidaridad y se genera un impacto a largo plazo porque ayuda a romper ciclos de limitaciones económicas y a conseguir mejores oportunidades laborales, como de hecho ha sucedido y esperamos que siga sucediendo.

Quiero cerrar estas reflexiones con una mención especial al contenido de nuestro himno institucional, creado por el Dr. Pedro Medina Avendaño, jurista y poeta, ganador del concurso para el himno de Bogotá, que se estrenó en acto solemne celebrado en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán en 1974, y quien además compuso los himnos de algunos municipios de Boyacá y los de las universidades Libre, La Gran Colombia y del Colegio Mayor de Cundinamarca. Resuena en mí la tercera estrofa de nuestro himno que nunca cantamos, pero que siempre recuerdo con el coro: *“Central, eres de lucha y sapiencia... Los derechos humanos defiendes y proclamas que no hay libertad ni habrá paz donde no haya justicia y lo enseñas, porque es lo esencial”*.

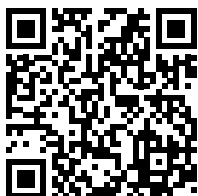
Mis votos porque nuestra Universidad cumpla muchos años más, realizando su labor a pesar de las dificultades y los tiempos cambiantes, que siempre son retos y oportunidades. Como lo recuerda constantemente nuestra rectora, la nuestra es una labor centrada en las personas. Un abrazo caluroso a toda la comunidad unicentralista de ayer, de hoy y de mañana. ○

Seis décadas de historia

La historia de la Universidad Central perdura también en su archivo fotográfico. Con motivo de la celebración de estos 60 años, se ha hecho una selección de 60 imágenes para ofrecer, mediante un breve video, un recorrido cronológico por los momentos más representativos de esta historia, desde la firma del acta de constitución de la Fundación Universidad Central en 1966 hasta los años más recientes en que la Universidad ha emprendido grandes transformaciones de cara a los retos del presente, como la pandemia, y las oportunidades del futuro cercano.

Entre los principales hitos aparecen el primer número de Hojas Universitarias en 1974, la fundación del Taller de Escritores en 1981, los primeros estudios de radio y televisión. El crecimiento de la Universidad durante las décadas de los noventa y los 2000 se evidencia en la construcción de su Sede Norte, la adquisición y restauración de los teatros México, Faenza y Bogotá, y su reestructuración en tres grandes facultades. También se puede observar el cambio de imagen que implicó el paso del águila bicéfala al logotipo de la hoja de curubo en 2009.

**Video: 60 años de historia
unicentralista en 60 imágenes**





Fotografías y producción:
Máster Central

Allí se hacen visibles los sucesivos cambios en su infraestructura, desde su primera sede hasta la inauguración del edificio nuevo en 2019. También se registran momentos especiales, como el otorgamiento de doctorados *honoris causa* a importantes figuras de la vida intelectual, cultural y política del país, y la posesión de la Dra. Paula López como primera mujer rectora en 2024, entre varios otros hitos.

El recorrido a través de estas imágenes es una forma de viajar por la historia de la Universidad Central. Y también, sin duda, un recordatorio de que esta es una historia abierta, que continúa escribiéndose cada día con miras al futuro. ○





VOCES QUE SOSTIENEN LA UNIVERSIDAD

Cuatro entrevistas con quienes,
desde los oficios menos visibles,
han hecho posible la vida universitaria
durante seis décadas.

**“Amo la universidad.
Creo que se me nota”**

Olga Lucía García
(Central Food, cafetería principal)

¿Cuánto tiempo llevas alimentando los espíritus de la comunidad universitaria?

Con el negocio llevo una primera etapa de nueve años y medio, y acabo de cumplir cuatro años nuevamente, después de la pandemia.

Eres tú también egresada de la universidad, ¿cierto? Cuéntanos esa historia.

Acá hice mi examen del ICFES. Me presenté para estudiar en la Universidad de La Salle y en esta universidad; en La Salle quedé como segunda opción y acá pasé para estudiar Administración de Empresas. Soy egresada desde el 2002. Mi esposo también estudió acá Ingeniería Electrónica y Administración de Empresas. También está conmigo en el negocio. Somos parte fundamental de esta universidad.

La cafetería es el lugar donde la gente se reúne, toma pausa, habla de manera sincera. ¿Qué historia has presenciado aquí que te mostró la cara más humana de la universidad?

He presenciado demasiadas historias en estos trece años y medio, pero una que me marcó fue el año pasado: el hijo de la doctora Edna Rocío, directora del Máster Central, y de su esposo Juan Carlos, falleció el 10 de junio. Toda la universidad estaba consternada. Yo me emocioné, porque es muy duro. Pero ahí se ve cómo somos unidos en la universidad. El calor humano que se siente aquí es incomparable. Siempre que me presentan a alguien que llega nuevo le digo: “lo que

más va a encontrar es calor humano”. Y se va amañando —desafortunadamente o afortunadamente—. El que se va deja una huella, pero se va con tristeza, y muchos han regresado porque ese calor no se siente en ningún otro lado.

Atiendes a tantas personas cada día. ¿Qué te ha enseñado eso sobre la paciencia, la empatía, el valor de los pequeños gestos?

Acá es un negocio atípico. No es uno donde la gente mira con toda la tranquilidad del mundo: todos andamos con afán —los estudiantes, los docentes, los administrativos— porque los tiempos son limitados. Los chicos vienen a consumir algo antes de entrar a clase; los profesores, lo mismo. Todo el día es un correcorre. Por eso hay que tener mucha empatía, mucha paciencia. El negocio se mueve muchísimo precisamente para que todo el mundo pueda, por lo menos, consumir algo con un momentico de tranquilidad antes de su siguiente actividad.

¿De qué manera este trabajo ha marcado la vida de tu familia?

Nuestra hija ha podido mantenerse en el colegio que la tenemos —un colegio católico, muy bueno, no de estrato veinte, pero muy bueno—. Ya va a terminar. La vida de nosotros ha sido tranquila trabajando en la universidad.

¿Sientes que la cafetería es parte del alma de la universidad? ¿Y que tú también lo eres?

Yo pertenezco a la historia totalmente. Me siento empoderada por esta universidad. La amo. Vivo promocionando la universidad en todas sus áreas: lo que veo en redes lo comparto, he traído personas a estudiar inglés, mi hija estudia inglés aquí también. Ya llevo diecinueve

años y medio en la universidad, no consecutivos, pero diecinueve años y medio. Y eso me hace parte de esta historia.

¿Qué quisieras que cambiara para ti y para tus colegas?

Pido mucho por la universidad. Soy muy creyente. Quiero que crezca, que sigamos siendo una familia como lo somos, que llegue más gente y que esa gente entienda que esto es un hogar. Un segundo hogar donde se aprende. Lo que más anhelo es volver a verla llena, llena, llena de gente, como la vi cuando entré a estudiar.

¿Qué le quieres decir a la universidad en sus 60 años?

Que la amo profundamente. Que nos formemos, que sigamos siendo parte de esto, que la amemos. No es llegar acá solo a trabajar o a ganarse la vida —aunque eso también hace parte de nuestra vida—. Que todos seamos un equipo y crezcamos. Todos. Con ella. ◯

**“Cada estudiante es una
vida, cada estudiante
es un camino”**

Matilde Isabel Andrade Díaz
(Vigilancia)

¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la universidad?

Trabajo en la universidad desde hace ocho años. Uno de esos años lo trabajé en obra, en la construcción del campus nuevo. Yo era la llavera, la que manejaba las llaves, y así me fui llenando de la universidad, prácticamente.

Cuéntenos cómo fue ese proceso de construcción. ¿Qué significa para usted hacer esa memoria hoy, ahora que lo que antes eran solo bloques y cemento es esta universidad viva?

Muy hermoso, porque cuando yo llegué todo esto todavía estaba en obra gris: no había ventanas, no había nada de eso. Pero cuando ya empezaron a construir, a construir, y esto se fue llenando de vida..., muy linda la experiencia.

A lo largo de estos años, ¿cuál ha sido el momento que le ha mostrado que este trabajo va mucho más allá de cuidar un espacio?

Lo que más me importa no es resguardar un edificio, sino el amor con que lo hago. Me encanta, me gusta. La llegada de los estudiantes es muy maravillosa: en cada rincón hay una historia de cada uno de ellos, y eso me ha servido mucho. A lo largo del tiempo me he sentido muy bien con ellos. Me encanta estar aquí en la universidad.

¿Qué siente que ha cambiado en usted tras ocho años interactuando con profesores, estudiantes, personas de tantos lugares y edades?

Ha cambiado mucho. Como te digo, cada estudiante es una vida, cada estudiante es un camino, y uno va aprendiendo mucho de ellos —tanto como ellos aprenden un poquito de uno, porque lo valoran—. Yo no tengo quejas de estudiantes acá. Muy chévere.

Si piensa en la Matilde que llegó hace ocho años, ¿qué podría decir hoy de ella?

Era una Matilde muy calladita, no interactuaba con nadie. Nada más entraba a hacer mi trabajo. Ahora no: ahora sí puedo ayudar. Si puedo hablar con alguien que me necesite, lo hago perfectamente.

¿Qué le ha dicho su familia sobre este trabajo?

Yo solamente vivo con mis hijas. Ellas están orgullosas, orgullosas. Ya las he traído aquí a conocer y les gusta cómo hago mi trabajo y les gusta cómo es la universidad. Se respira un ambiente tranquilo, un ambiente de paz. Yo me siento muy orgullosa de estar acá.

Cuando alguien le pregunta dónde trabaja y usted responde “en la Universidad Central”, ¿qué siente en ese momento?

Para mí la Universidad Central representa todo. Cuando me dicen: dónde trabajas, yo con orgullo digo: en la Universidad Central. Siempre lo he dicho. Este sitio de trabajo me gusta; siempre he estado acá y no he querido que me cambien.

¿Cómo ha sido la energía de este lugar para usted?

Súper. Uno a veces llega de la casa un poco cargado, porque en la casa uno se estresa, pero llegar acá..., no sé, me llena esa paz, esa tranquilidad. Ver otras caras, otras personas, risas. Muy bonito.

Si pudiera darle un mensaje a quien ocupe su puesto en los próximos 60 años, ¿qué le diría?

Que no lo tome como “nada más voy a cuidar un espacio y ya”. Que se concentre bien, que lo tome con amor, con sabiduría, con entrega total, y que haga las cosas bien.

Un mensaje para la Universidad Central en sus 60 años.

Qué orgullosa me siento de pertenecer a esta universidad. Sesenta años muy bonitos, muy hermosos. ○

**“La unión hace la fuerza:
si somos buen equipo,
salimos adelante”**

Ana Lucía Herrera Aguilera
(Servicios Generales)

¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la universidad?

En la universidad llevo cuatro años exactamente.

¿Cómo fue ese primer día?

Fue muy duro para mí porque en esos momentos tenía a mi hijo enfermo y necesitaba hacer una vuelta urgente con él, pero era el primer día y no pude. De todas maneras, entré aquí a la universidad, obviamente nerviosa porque me parecía muy grande. Gracias a Dios pude empezar mi labor normal mientras iba aprendiendo y conociendo el área donde me tocaba.

¿Qué primer encuentro tuvo con alguien de la comunidad universitaria que le dejó huella?

El primer encuentro fue con mis compañeras, con mis supervisoras, con el cliente de acá de la universidad, quienes nos dieron la bienvenida a todos. Nos presentaron a profesores, al personal de vigilancia, a los de la universidad, y nos dieron la bienvenida a todos.

¿Qué fortalezas ha descubierto en estos cuatro años que quizás antes no conocía?

Cuando llegué no vine directamente acá a la sede principal, sino que me enviaron a un predio que se llama San Carlos, de la Universidad Central, en la parte de afuera, donde hacen publicidad

y especialización. Allá aprendí muchas cosas nuevas: cómo tratar al personal, cómo respetar y dirigirnos a ellos con prudencia, y que ante cualquier novedad o inquietud hay que hablar con nuestra jefe.

¿Qué ha significado la Universidad Central para su familia?

Ha significado mucho. Desde que llegué nos dieron la bienvenida, y de ahí he dependido de mi trabajo, de lo que he hecho aquí. He podido tener cositas en mi hogar, he podido darle mucho a mi familia, a mi madre, y he seguido adelante. Sigo adelante.

¿Qué significa para usted su trabajo? Mantener los espacios limpios, entrar a un aula después de que los chicos dejan desorden...

Para mí, amigo es el que ensucia —así lo digo personalmente—. A mí me gusta colaborar. Si veo un área que necesita arreglo o aseo, colaboro. Me gusta participar, me gusta que las cosas salgan bien y actuar de la manera correcta en todo lo que estoy haciendo.

¿Cree que su trabajo hace parte de la misión educativa de la Universidad Central?

Claro que sí. Nosotros en Servicios Generales trabajamos para tener la universidad limpia, de buen ambiente, para los estudiantes. Si alguien necesita colaboración, nosotros colaboramos, porque ese es el derecho nuestro: colaborar.

¿Hay algo que quisiera pedirle a la universidad?

Para mí no es necesario pedir nada más, porque si valoramos lo que estamos haciendo y lo que estamos sirviendo acá, lo tenemos todo. Todo depende de nosotros mismos.

Para finalizar, un mensaje a quienes están leyendo esta entrevista.

Que la unión hace la fuerza y que trabajemos en equipo —todos y todas— para salir adelante. Que demos buen ejemplo, buena actitud con las personas que nos rodean, porque prácticamente nuestro trabajo acá existe gracias a los estudiantes, a los profesores, a todos. Si valoramos eso, seguimos adelante. Me gusta que nos colaboremos entre todos, que nos ayudemos. Si este es un buen equipo, salimos adelante. ○

“La biblioteca que habita a las personas”

Alejandra Méndez
(Centro de Recursos para el Aprendizaje
y la Investigación – CRAI)

¿Cuánto tiempo llevas en la Universidad Central?

En el mes de abril cumplí dos años en la Universidad Central.

¿Recuerdas a algún estudiante que haya llegado perdido, sin saber qué buscar, al que hayas ayudado a encontrar algo más que un libro?

Sí, tengo bastantes recuerdos. Por lo general, el CRAI siempre participa en las inducciones, entonces es el primer acercamiento que los estudiantes tienen con las diferentes áreas de la universidad, y para muchos soy su primer contacto. Hago las inducciones a más de 300 estudiantes —tanto en modalidad presencial como virtual— y a veces, entre tanto público, uno simplemente está haciendo su trabajo; después ellos retornan y dicen: “yo a ti te vi el primer día”. Es bonito porque uno está en su labor y ellos te tienen como una de las primeras personas que vieron en la universidad. También, como mi área está junto a la de carnetización —el primer contacto que tienen los estudiantes—, muchos al acercarse me hacen alguna pregunta de ubicación o de contacto. Luego uno los ve más adelante ya con sus amigos, más en confianza con la universidad, con otra personalidad, con otra forma de afrontar su rumbo académico. Uno ve ese crecimiento y me parece bonito ser parte de eso.

¿Qué te han enseñado los libros y las personas que los buscan?

Siento que quienes más se apasionan por la lectura, por la literatura, y ven la biblioteca más que como un área para ubicar computadores o estudiar, son los lectores que genuinamente disfrutan la literatura y que sienten un valor muy importante en lo que somos y en la labor que hacemos. Claro que para todos tenemos un valor —incluso para la muchacha que necesita un computador y dice: “gracias a que me prestaron esto pude hacer mi tarea”—, pero para esos estudiantes que aman la literatura, la biblioteca sigue siendo ese lugar de entretenimiento y de escape. Y eso me parece muy importante.

¿Cómo ha influido este oficio en la relación con las personas que más quieres?

Lo que más me dicen desde que inicié en esta carrera —mi pareja, mis amigos— es: “ahora le veo más valor a la biblioteca”. Amigos que estudian en otras universidades, al encontrarse con quienes hacen inducciones allá, dicen: “ya veo el valor de lo que hacen”. También es interesante cuando me relaciono con personas nuevas y les digo que estudié bibliotecología o que trabajé en una biblioteca: siempre se asombran, preguntan qué es, en qué consiste. En mi carrera recuerdo que llevaba a mi papá a acompañarme a las bibliotecas; él también tuvo ese acercamiento. Y revisando viejas tareas, encontré a mi abuelita en una foto de los centros de interés que hice. En todo los involucré a todos. Fue muy interesante ver a mi abuela ahí posando con los libros.

¿En qué momento sentiste con más fuerza que eres parte esencial de esta historia, y más en estos 60 años?

Mi función más destacada es cuando capacito y asesoro a los estudiantes. El impacto real lo sentí cuando, después de asesorar a muchos estudiantes con sus trabajos de grado —algo que para mí es rutina

casi diaria: asesorar en normas APA—, ellos llegaron con toga, birrete y diploma en mano a saludarme en mi escritorio. Me sorprendió. Ahí sentí que estaba ayudando a construir esos profesionales. Fue muy bonito que, en uno de los días más importantes de sus vidas, fueran a agradecerme.

En una época en la que todo se consulta a través de pantallas, ¿cuál es el sueño o el proyecto que te gustaría ver nacer en esta biblioteca para los próximos 60 años?

Siempre he querido que el enfoque de la biblioteca sea un punto más de cultura y socialización, y no únicamente de lo académico —que obviamente es muy importante—. He tenido la oportunidad de trabajar en espacios donde la cultura, los eventos, incluso los juegos han sido parte de la biblioteca, y eso hace que los estudiantes sientan que el lugar es otra forma de entretenerse, de encontrarse, de socializar. He tratado de mover aquí algunos proyectos de centros de interés y actividades, pero a veces las prioridades de la universidad no han permitido que esa parte despegue del todo. Sin embargo, he logrado pequeños centros de interés donde los estudiantes pasan y dicen: “¡Qué bonito esto!”, o hacen el voz a voz. Eso me gustaría: que la biblioteca cambiara de cara, que tuviera más importancia, y que los estudiantes genuinamente sintieran más aprecio por ella a través de actividades diversas.

¿Qué mensaje te gustaría compartir con la comunidad universitaria en sus 60 años?

Quisiera agradecerle a la universidad por la oportunidad de trabajar acá. He aprendido bastante, he crecido profesionalmente, he conocido grandes personas. Espero que la universidad siga cumpliendo muchos años más —otros 60, incluso más—, que siga brindando oportunidades tanto a trabajadores como a estudiantes, y que siga siendo referente a nivel nacional e, incluso, mundial. ◯





SER ESTUDIANTE AYER Y HOY: RECUERDOS QUE NOS FORMARON

Cinco egresados, algunos de ellos colaboradores de la Universidad Central en la actualidad, comparten sus recuerdos, sus aprendizajes y sus visiones de futuro en el marco de los 60 años de la institución. Voces distintas que construyen, juntas, un retrato vivo de lo que significa pasar por sus aulas.

Cuestionar las estructuras, construir con datos

Entrevista con Nicolás Cadena,
egresado de Mercadeo y Publicidad

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera profesional en el que aplicaste, de manera consciente, algo que aprendiste en la Universidad Central?

Fue cuando vi cómo funcionaba realmente un área de mercadeo. Lejos de estar centrada en la estrategia, me encontré con personas sumergidas en la operación. De la universidad traje la intención de romper paradigmas establecidos en la costumbre: las herramientas que me dio me permitieron cuestionar las estructuras y proponer modificaciones en la cultura organizacional y en la toma de decisiones desde los datos. Hoy en día, en eso consiste mi trabajo.

Si tuvieras que nombrar a un solo profesor que marcó tu manera de entender el oficio, ¿quién sería?

Sin duda, Jorge Parra, con quien vi Auditoría de Mercados y Marketing Internacional. De él recuerdo dos cosas. La primera: en sus trabajos, la metodología de investigación hacía que cada punto aportara al argumento de propuesta de valor, en lugar de ser texto de relleno. La segunda: siempre recuerdo una frase que dijo en clase sobre cómo nuestra formación integral podría llevarnos más allá de ocupar un cargo y permitirnos, a través del conocimiento, dar consejos de alto valor en roles de consultor. Era algo completamente desconocido para mí en ese momento.

¿Qué error o reto profesional inicial te resultó más formativo?

En la universidad conseguí varias becas durante mi carrera, pero al salir no contaba con experiencia en el área de mercadeo y viví una época de desempleo. Entonces acudí a mis maestros con una duda existencial: ¿cómo alguien que se preparó tanto cuenta con menos oportunidades que alguien a quien no le interesa estudiar? En todos encontré una reflexión común sobre la convicción y el pensamiento a largo plazo. Es una postura que atesoro hasta hoy.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad se ha mantenido vivo?

El más importante es mi esposa, a quien conocí en el primer semestre. Con ella he cumplido muchos sueños y muchas de nuestras conversaciones aún surgen desde la coleganza. También está mi mejor amiga, con quien llevo cerca de 15 años de relación y con quien hemos compartido múltiples espacios que nacieron en la universidad.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

Pienso en sus pasillos y salones como un momento de disfrute: cada noche crecía la curiosidad sobre los temas que se me presentaban en clase.

¿Qué problema debería abordar la universidad con urgencia en los próximos diez años?

Veo una necesidad urgente de reforzar las competencias transversales: metodologías de trabajo, habilidades de lectura, redacción y pensamiento crítico sobre los conceptos teóricos. En el campo laboral, esas capacidades escasean y son las que más se necesitan.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones de estudiantes de la Central?

¿Qué papel sigue desempeñando la educación universitaria en un mundo donde aprender algo ya no está amarrado a un espacio físico ni a una institución?

¿Una imagen que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Teníamos una broma interna con mis compañeros: éramos los “curubos” de la universidad. Y nos hacía sentir muy orgullosos el teatro y todo lo que representaba. ○

El marketing que conecta, transforma y deja huella

Entrevista con **Marcela Quevedo**,
egresada de Mercadeo y Publicidad

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera profesional en el que aplicaste algo aprendido en la Universidad Central?

Han sido muchos los momentos, pero hay uno especialmente significativo: la construcción del *branding* del primer hotel con estándares internacionales en Quibdó. Fue un proyecto retador y muy enriquecedor, no solo desde el *marketing*, sino desde el impacto social. Uno de los hitos más importantes fue una campaña digital hipersegmentada en la ciudad, donde invitamos a la comunidad a participar en la creación del nombre del hotel, acompañando su propuesta con una justificación creativa y profunda. Más que construir una marca, construimos identidad y sentido de pertenencia en un proyecto que marcaría un antes y un después en la ciudad: el primer hotel de altos estándares, en el primer centro comercial con sala de cine. Aplicamos conceptos de semántica, semiótica, estrategia de marca, comportamiento del consumidor y construcción de comunidad. El cierre fue muy especial: el ganador no solo vio materializada su idea, sino que fue el primer huésped del hotel junto a su familia. Ese momento me reafirmó que el *marketing*, cuando se hace bien, no solo vende, sino que conecta, transforma y deja huella.

Si tuvieras que nombrar a una sola profesora que marcara tu manera de entender el oficio, ¿quién sería?

Es difícil elegir solo una, pero, sin duda, Carolina Arenas, profesora de Psicología del Consumidor, marcó profundamente mi

forma de entender el *marketing*. Ella despertó en mí una curiosidad permanente por entender a las personas: sus decisiones, sus motivaciones y sus comportamientos en diferentes contextos. Gracias a su enfoque, aprendí a observar con intención, a analizar lo que sucede en un punto de venta, en un espacio de ocio o incluso en entornos digitales, y debo reconocer que hoy sigo practicándolo con el mismo entusiasmo del primer día. Entender al consumidor no como un dato, sino como una persona, como un mundo desconocido del que se pueden inferir muchas cosas: esa mirada ha sido clave para liderar estrategias más humanas, creativas y efectivas.

¿Qué reto profesional inicial te resultó más formativo?

Más que un fracaso, lo definiría como un reto constante en el que sigo trabajando: el inglés como segundo idioma. En el sector hotelero se hace evidente que dominar un segundo idioma de manera integral no es un diferencial, sino una necesidad y una oportunidad que abre puertas. Mirándolo en retrospectiva, creo que una mayor exposición al idioma desde los primeros semestres, incluso con algunas clases dictadas en inglés, habría sido muy valiosa. Hoy lo asumo como un desafío activo, porque entiendo que el liderazgo también implica reconocer las oportunidades de mejora y actuar sobre ellas. Es un recordatorio constante de que el aprendizaje no termina nunca.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad ocupa un lugar importante en tu vida hoy?

El vínculo más importante que me dejó la universidad fue mi esposo, a quien conocí en el primer semestre. Este año cumplimos 15 años juntos, y nuestra historia comenzó precisamente en esos pasillos, en las clases de Contexto en la sede Centro. Además de ese gran amor, me llevo grandes amistades y recuerdos muy valiosos, especialmente en la sede de la 75, que fue escenario de muchos momentos felices. Todavía recuerdo el primer día: estaba tan feliz que no creía haber

podido lograrlo, realmente estaba estudiando algo que amaba desde siempre.

Fuera del currículo, ¿hubo alguna experiencia que transformara tu manera de estar en el mundo?

Más que una experiencia puntual, fueron los espacios de interacción, los trabajos en equipo y los retos académicos los que me llevaron a salir de mi zona de confort. La universidad me permitió desarrollar habilidades clave como la proactividad, la capacidad de trabajar en equipo, la creatividad, el criterio, la capacidad de liderar con nuevas ideas y, sobre todo, hacer que las cosas pasen.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

Sin duda, la gratitud. Guardo muchos recuerdos felices, pero hay algunos muy especiales: los trabajos de campo analizando el comportamiento de las personas en lineales o en zonas comerciales de Bogotá. Eran de las materias más emocionantes, en las que sentíamos que lo que estudiábamos estaba completamente conectado con la realidad. Hoy, cuando hago mercado, cuando viajo o cuando observo dinámicas de consumo en otros contextos culturales, inevitablemente recuerdo esas clases con alegría.

¿Qué problema debería abordar la universidad con urgencia en los próximos diez años?

Creo que la universidad tiene una gran oportunidad en fortalecer la formación en innovación, tendencias futuras y habilidades blandas. Hoy, más allá del conocimiento técnico, el mercado exige profesionales creativos, analíticos, proactivos y recursivos, capaces de adaptarse y liderar en entornos cambiantes. Desde el *marketing* y la

hotelería he aprendido que anticiparse a las tendencias y entender hacia dónde va el mundo con creatividad es clave para tomar decisiones estratégicas. La universidad puede ser un motor en esa preparación.

Si pudieras diseñar un nuevo espacio en el campus, ¿qué propondrías?

Crearía un laboratorio de creatividad e innovación: un espacio vivo donde los estudiantes puedan experimentar, probar, equivocarse y volver a intentarlo. Un lugar con estímulos, herramientas y dinámicas que fomenten la generación de ideas y su aterrizaje. Porque la creatividad no es exclusiva de los publicistas; es una capacidad clave en disciplinas como el *marketing*, donde transformar ideas en acciones concretas es lo que genera valor real. Sería un espacio para pensar diferente y, sobre todo, para hacer que las cosas pasen.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones?

¿Cómo van a lograr trabajar con excelencia y ambición sin perder de vista su bienestar y su calidad de vida? El gran reto de las nuevas generaciones no solo será destacarse profesionalmente, sino encontrar un equilibrio sostenible. Para eso, serán clave los hábitos y una mentalidad que les permita construir una vida integral.

¿Una palabra que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Sueño cumplido. Haber estudiado lo que amo y poder ejercerlo con pasión ha marcado profundamente mi camino. Es una historia que sigue construyéndose todos los días. ○



Liderar es escuchar, construir juntos y nunca dejar de soñar

Entrevista con **Luisa Fernanda Orozco**,
especialista en publicidad digital, egresada y
coordinadora comercial y de mercadeo
de la Dirección de Educación Continua

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera en la universidad en el que aplicaste, de manera consciente, algo que aprendiste aquí?

Si pienso en el momento más decisivo, siento que no fue uno solo, sino la suma de muchos pasos que, poco a poco, me transformaron. Llegué a la Universidad Central en 2020 como asesora comercial de la Dirección de Educación Continua, en un momento retador para el área. Con el tiempo entendí que no se trataba solo de cumplir metas, sino de comprender a las personas, conectar con sus necesidades y construir procesos sostenibles. Mi Especialización en Publicidad Digital me permitió darle una mirada más estratégica a ese trabajo. Hoy, liderar un equipo comercial de un área rentable y reconocida dentro de la universidad me confirma, cada día, que los sueños profesionales sí se construyen paso a paso.

¿Hay alguna enseñanza que te haya marcado particularmente en tu proceso dentro de la institución?

Más que una sola persona, me marcó profundamente la idea de que el conocimiento siempre debe estar al servicio de las personas. Esa enseñanza se convirtió en un principio de vida. Hoy sigo aprendiendo todos los días de mi equipo comercial: jóvenes sensibles, creativos y soñadores que me recuerdan que liderar también significa escuchar, abrir espacio y construir juntos. También reconozco el valor de haber contado con un líder que supo ver mi potencial, retarme y acompañarme en este proceso. Creo que gran parte de la líder que soy hoy nace

de esa mezcla entre humildad para aprender, pasión por construir en equipo y la fortuna de haber contado con personas que supieron impulsarme.

¿Qué reto inicial te resultó más formativo?

Hubo muchos momentos de frustración: procesos que no avanzaban, metas difíciles y etapas en las que parecía que el área no encontraba su rumbo. Pero hoy entiendo que todo eso tenía un propósito. Cada obstáculo me enseñó algo: paciencia, resiliencia, estrategia, escucha y, sobre todo, humildad. Aprendí que el miedo no paraliza, impulsa, y que los errores también hacen parte del crecimiento.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad se ha mantenido vivo?

Lo más valioso de mi historia en la Universidad Central han sido las personas; especialmente, sin duda, el equipo de la DEC. Siempre he creído que el éxito no se alcanza sola. La evolución del área es el resultado del esfuerzo colectivo de personas maravillosas que creen, sueñan y trabajan con pasión.

¿Hubo alguna experiencia extracurricular que transformara tu manera de estar en el mundo?

Sí, una de las experiencias que más me emocionó al llegar a la universidad fue descubrir el grupo de danza folclórica. Me inscribí casi de inmediato y disfrutaba profundamente cada ensayo. Más allá de la danza, era un espacio de encuentro con estudiantes, egresados y colaboradores unidos por el amor a la cultura y la expresión artística. Aunque el espacio se cerró con la pandemia, sigue siendo uno de los recuerdos más especiales de mi paso por la universidad.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

Una mezcla de gratitud y orgullo: gratitud por el camino recorrido, por las personas que han sido parte de este proceso y por cada aprendizaje. Y orgullo, porque sé que lo que hoy somos como área, como equipo y como proyecto nació desde un lugar que en algún momento fue complejo y retador. Pensar en la Universidad Central es pensar en evolución, en sueños cumplidos y en la certeza de que el trabajo con pasión siempre deja huella.

¿Qué reto debería abordar la universidad con urgencia en los próximos diez años?

Considero que uno de los retos más urgentes es la formación de líderes y profesionales capaces de transformar realidades desde lo humano, no solo desde el conocimiento técnico. El mundo necesita personas preparadas para innovar, trabajar en equipo, escuchar y liderar con propósito. Desde mi experiencia, he aprendido que los resultados sostenibles nacen cuando las personas están en el centro. Esa ha sido, sin duda, una de las lecciones más valiosas de mi camino.

Si pudieras diseñar un nuevo espacio en el campus, ¿qué propondrías?

Me gustaría que fuera un espacio dedicado a las mujeres que han abierto camino dentro de la universidad: aquellas que, con talento, disciplina y visión, han inspirado a otras a creer en sí mismas. Sería un lugar simbólico para reconocer a las líderes, creativas, académicas y profesionales que han dejado huella, muchas veces en entornos históricamente más desafiantes para nosotras. Visibilizar estos referentes también es recordarle a quienes vienen detrás que sus sueños son posibles.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones?

¿Cómo van a usar lo que aprenden para transformar la vida de otros, además de la propia? El gran reto de la educación universitaria no está solo en formar profesionales competentes, sino seres humanos conscientes, sensibles y comprometidos con su entorno. Más que preguntarnos qué vamos a lograr, deberíamos preguntarnos a quién vamos a impactar con lo que somos y con lo que sabemos.

¿Una palabra que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Transformación. Aquí no solo crecí profesionalmente; aquí me transformé como líder, como persona y como la mujer soñadora que siempre supe que podía llegar a ser. ○



La intemperie como forma de lucidez

Entrevista con **Leandro Colmenares Rodríguez**,
egresado de Creación Literaria

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera en el que aplicaste algo aprendido en la Universidad Central?

En realidad, el momento más decisivo ocurrió fuera del aula. Ni siquiera dentro del edificio. Fue en una pausa de la clase de Lenguaje y Creación II con la maestra Ivonne Alonso. Salimos al andén. Un compañero sacó un mate. Alguien encendió un cigarrillo. Sin que nadie lo propusiera, formamos un círculo. El mate empezó a girar. También la palabra. No era una discusión ni una clase trasladada: era otra cosa. Cada quien hablaba y, sin saberlo, dejaba ver algo. La voz no se construye en la soledad; se desgasta y se afina en la relación, en el roce. Hablar sirve. Escuchar, más. Callar —de verdad— también. Desde entonces, cada vez que escribo o trabajo con otros, vuelvo a ese círculo en el andén. No como recuerdo, sino como una forma de no mentirme sobre lo que hago.

Si tuvieras que nombrar a un solo profesor o profesora que marcara tu manera de entender el oficio, ¿quién sería?

La pregunta es engañosa: nombrar a uno es dejar por fuera a otros. En mi caso, la escritura se armó más en las lecturas que en las clases. Por eso, más que quien explica, recuerdo a quien sabía señalar un libro en el momento justo. No como tarea, sino como una forma de decir: por aquí. Podría nombrar a Graciela Maglia, a Viviana Nieto, a Ivonne Alonso, a Alejandra Jaramillo. Si tengo que elegir, diría que Germán Gaviria Álvarez —quien detesta que lo llamen profesor— no

me dejó una frase ni una enseñanza clara, sino una forma de estar frente a la escritura: sin apuro, sin confianza, como si cada texto tuviera que empezar de nuevo. Es una compañía discreta. Pero aparece todos los días.

¿Qué error o fracaso profesional te resultó más formativo?

Uno de los errores más formativos fue creer que un texto estaba terminado solo porque había sido aprobado. Mi trabajo de grado pasó sin demasiada resistencia y en ese momento lo tomé como una señal de que iba bien. Después, ya fuera de la universidad y sin la presión de entregar nada, volví a ese texto. La distancia hizo evidente algo incómodo: estaba lejos de ser un trabajo logrado. Durante un año seguí escribiéndolo. No por obligación, sino porque ya no había a quién responderle. Ese fue el primer momento en que la escritura dejó de depender de una evaluación externa. La universidad no me preparó del todo para eso. Tal vez porque ninguna institución puede hacerlo. Pero sí dejó algo: el hábito de volver sobre lo escrito, incluso cuando ya no hay una nota en juego.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad se ha mantenido vivo?

Hace unos años coordiné un taller de escritura con adolescentes al que llamamos Bichos Raros. El nombre no era casual: venía de antes. En la universidad, en los pasillos y en las clases, empecé a reconocer un tipo de compañía que no se parecía a ninguna otra. No era afinidad ni amistad en el sentido habitual; era el reconocimiento de cierta incomodidad compartida. Éramos, de alguna forma, cuerpos fuera de lugar, cada uno a su manera. Con el tiempo entendí que ese vínculo no funciona como otros: no se sostiene en la frecuencia ni en la cercanía. Se parece más a lo que ocurre con algunos libros: uno los lee y percibe que no está solo en lo que vive, aunque no vuelva a abrirlos durante

años. Ese es el lugar que ocupan hoy mis compañeros de clase: no como presencia constante, sino como una forma de reconocimiento.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

Estudí de noche. Salía del trabajo y entraba a clase de seis a diez. Con el tiempo entendí que la noche no es solo una hora: es otra forma de estar. Lo que recuerdo no es un edificio ni un aula, sino esa atmósfera: leer, escuchar, hablar, escribir mientras la ciudad seguía afuera, en la misma noche. No como contraste, sino como continuidad. La noche tenía su propia materia: el olor del café recalentado, el aire más frío, las voces más bajas. Había algo bello en eso. Y algo que no lo era. Pero no estaban separados. Cuando vuelvo ahí, no encuentro nostalgia. Encuentro esa misma intemperie.

¿Qué problema debería abordar la universidad con urgencia?

Tal vez el problema no sea uno visible. Tiene más que ver con un desgaste silencioso: una forma de tristeza que no siempre se nombra, pero que atraviesa la vida cotidiana. Vivimos en un tiempo donde la exposición es constante y, sin embargo, cada vez resulta más difícil sostener una experiencia con sentido. No sé si una universidad puede resolver eso. Pero sí podría hacer algo distinto: crear espacios donde no todo tenga que volverse inmediatamente útil, visible o evaluable. Lugares donde pensar no sea responder rápido, donde leer no sea acumular información. En la Universidad Central ya existen esos espacios —ciertos seminarios, ciertos talleres, ciertos pasillos donde todavía se permite la duda—. El reto sería que eso no fuera la excepción, sino el modo habitual.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones?

¿Van a salir de la universidad más capaces de vivir en este mundo... o más dispuestos a no aceptarlo del todo? Hay una presión silenciosa por volverse funcional, por encajar sin fricción. La educación puede terminar afinando eso: hacer más eficientes las respuestas. Pero también podría hacer otra cosa: incomodar, dejar una fisura. No para destruir nada, sino para sostener una mínima resistencia. Una negativa que no siempre se dice en voz alta, pero que impide aceptar el mundo como si fuera inevitable.

¿Una imagen que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Intemperie: no como carencia, sino como condición. Haber pasado por la universidad fue, en el fondo, darse cuenta de que no hay un lugar completamente a salvo. No por falla de las instituciones, sino porque nada lo está. La intemperie no es solo exposición; es también una forma de lucidez. Algo que incomoda, pero que al mismo tiempo impide acomodarse del todo. Con el tiempo uno deja de buscar resguardo en las ideas, en los títulos, en las certezas. Y, de algún modo, aprende a quedarse. No por valentía. Más bien porque en esa intemperie uno descubre que no está solo. Que hay otros que tampoco buscan resguardo, sino verdad. Y eso, aunque no resuelva nada, alcanza. ○



Equilibrar la norma con el contexto, siempre desde lo humano

Entrevista con *Adriana Marcela Díaz Cepeda*,
administradora de empresas y magíster en gestión de
organizaciones, egresada y coordinadora de procesos
académicos de la Vicerrectoría de Educación Virtual

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera profesional en el que aplicaste algo aprendido en la Universidad Central?

Uno de los momentos más decisivos fue cuando tuve que gestionar un caso complejo de un estudiante en condición de bloqueo académico y financiero, en el que no solo era necesario aplicar la normatividad institucional, sino también interpretar su situación con criterio humano. En ese instante fui plenamente consciente de cómo la formación recibida en la Universidad Central me había enseñado a equilibrar la norma con el contexto. Recuerdo especialmente la claridad con la que entendí que los procesos no son solo procedimientos, sino decisiones que impactan vidas.

¿Hay una figura que haya marcado tu manera de entender el ejercicio profesional?

Aunque no fue un profesor en el aula, hay una figura que marcó profundamente mi manera de entender el ejercicio profesional: el doctor José Vicente Barreto, quien fue mi jefe durante cerca de ocho años como director del programa de Derecho de esta universidad. Su capacidad analítica, su rigor en la toma de decisiones y su manera de abordar cada situación con criterio jurídico y humano fueron, sin duda, una escuela permanente. Más allá de lo técnico, me enseñó a leer los procesos en contexto, a no quedarme en la literalidad de la norma y a comprender que detrás de cada caso hay una historia que merece ser entendida con profundidad. De él aprendí que el verdadero ejercicio del criterio no está en aplicar reglas de manera

automática, sino en saber interpretarlas con responsabilidad, coherencia y sentido institucional.

¿Qué error o fracaso inicial te resultó más formativo?

Uno de los errores más formativos al inicio de mi carrera fue asumir que todos los procesos debían ejecutarse de manera estrictamente técnica, sin margen de interpretación. Con el tiempo entendí que esa rigidez podía generar barreras innecesarias. La universidad, a través de sus debates y espacios críticos, me había dado herramientas para cuestionar, pero fue en la práctica donde realmente comprendí la importancia de la flexibilidad responsable.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad se ha mantenido vivo?

Uno de los vínculos más valiosos que conservo es con colegas que, más allá de lo académico, se convirtieron en aliados de vida profesional. Hoy ocupan un lugar importante como red de apoyo, consulta y construcción conjunta. Son personas con quienes comparto no solo experiencias laborales, sino también una visión ética del trabajo.

¿Hubo alguna experiencia que transformara tu manera de estar en el mundo?

Aunque mi experiencia no estuvo centrada en un grupo extracurricular específico, los espacios informales —conversaciones en pasillos, intercambios en bibliotecas, encuentros espontáneos— fueron profundamente formativos. Allí aprendí a escuchar, argumentar y comprender múltiples perspectivas, habilidades que hoy son fundamentales en mi rol.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

La gratitud. Cuando pienso en la Universidad Central vienen a mi mente los pasillos, el ritmo constante de estudiantes y esa sensación de construcción permanente. Hay una mezcla de memoria y propósito que sigue vigente, como si cada experiencia aún dialogara con mi presente.

¿Qué reto debería abordar la universidad con urgencia en los próximos diez años?

Considero que uno de los grandes retos es la transformación de la educación en entornos digitales con enfoque humano. Mi experiencia me ha enseñado que no basta con virtualizar procesos; es necesario garantizar acompañamiento, permanencia y sentido de comunidad. La educación virtual debe ser tan cercana como la presencial.

Si pudieras diseñar un nuevo espacio en el campus, ¿qué propondrías?

Diseñaría una Cátedra de Experiencia Estudiantil: un espacio simbólico dedicado a visibilizar las trayectorias reales de los estudiantes y egresados. Más que nombrarlo por una persona, lo concebiría como un espacio colectivo que represente la diversidad de historias que construyen la universidad.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones?

¿Cómo lograr que la educación universitaria siga siendo un espacio de transformación humana en un mundo cada vez más automatizado? El desafío central es no perder el sentido humano en medio de la eficiencia.

¿Una imagen que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Construcción permanente. Porque aquí nunca dejé de crecer, de cuestionarme y de encontrar nuevas formas de aportar. La universidad no fue solo el punto de partida de mi carrera; fue y sigue siendo parte esencial de mi manera de entender el trabajo, las personas y el servicio. ○



UNIVERSIDAD CENTRAL





**MEMORIA VIVA:
¿QUÉ PASÓ EN LA
ÚLTIMA DÉCADA?**

TEUC: 45 años formando escritores

Óscar Godoy* |

* Profesor de larga trayectoria en el campo de la creación literaria, en talleres locales y nacionales, y en los programas de pregrado y posgrado de la Universidad Central. Comunicador social y periodista con maestría en escrituras creativas de la Universidad de Texas en El Paso (Estados Unidos). Correo: ogodoyb@ucentral.edu.co

En el marco de la celebración de los 60 años de la Universidad Central no puede pasarse por alto otra celebración igualmente significativa: los 45 años del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), sin duda el más reconocido y de mayor trayectoria en el país, en el campo de la creación literaria.

Corría el mes de junio de 1981 cuando el maestro Isaías Peña Gutiérrez, acompañado por las directivas de la Universidad Central de entonces, en la sede ubicada en el barrio Santa Fe, en la carrera 16 n.º 24-45, abrió las puertas de la primera versión del taller, en un evento especial que contó con la presencia y las palabras de aliento del reconocido escritor santandereano Pedro Gómez Valderrama, autor de la famosa novela *La otra raya del tigre* y exministro de Educación.

La idea de ofrecer un taller para la formación de escritores, en la Colombia de inicios de los años ochenta del siglo pasado, a muchos les sonó como una herejía. El arte literario no puede enseñarse en un aula de clase, consideraban muchos de los escritores, académicos y agentes culturales de aquel momento. El escritor, afirmaban, se forma en el oficio privado, solitario, a veces obsesivo, que se va consolidando con años de trabajo con las palabras, siempre acompañado por una buena cantidad de lecturas de la herencia literaria universal y colombiana. Cuando mucho, las tertulias, los centros literarios, los encuentros de escritores, las charlas de café, las presentaciones de libros y otros escenarios afines eran los espacios donde tenía lugar algún intercambio de ideas, donde se discutían técnicas y recursos de la escritura, y donde la obra de cada uno entraba en diálogo con la de los otros.

El maestro Peña Gutiérrez pensaba de otra manera. Inspirado en la experiencia de países como Estados Unidos, Cuba y México, donde ya en ese momento se registraba una gran dinámica de talleres de

escritura, y apoyado en su experiencia como escritor, crítico literario y testigo de los ires y venires de la literatura colombiana y latinoamericana en esos años, consideró que el arte literario sí se podía enseñar, tal y como ocurría (y ocurre todavía) con las demás artes (la música, las artes plásticas, el teatro, el cine, etc.). Consideró que un taller bien diseñado, que combinara elementos de teoría y de práctica alrededor del oficio del escritor, era sin duda algo que muchas personas con inquietudes literarias acogerían con gran interés y motivación.

Y no se equivocó. Aquella primera promoción del taller acogió a más de 40 personas, de diversas edades, procedencias, profesiones y oficios, y, desde entonces, ha sesionado de manera ininterrumpida, año a año, semestre a semestre, hasta la promoción que en el primer semestre de 2026 congregó a 25 estudiantes. En total, cerca de 3000 personas han transitado por este espacio formativo durante sus 45 años de actividades, y ya es incontable el número de premios y reconocimientos literarios, libros, revistas y publicaciones logrados por sus egresados, muchos de los cuales son hoy escritores activos, con trayectoria reconocida. Esa labor de experimentación e investigación condujo a una propuesta teórico-práctica, condensada en su libro *El universo de la creación literaria*, y, además, fue el germen de los programas de pregrado y posgrado en Creación Literaria de la Universidad Central.

Durante sus 45 años de labores, el TEUC ha ido evolucionando de la mano con la reflexión permanente sobre su práctica pedagógica y sus contenidos programáticos, siempre ajustados a las necesidades del escritor contemporáneo. En sus primeras versiones, el taller se desarrollaba durante un año completo, a veces incluso más, en sesiones semanales de tres y hasta cuatro horas. Con el tiempo y la experiencia, ese formato inicial se fue ajustando, para adecuarse de mejor manera a las necesidades de un público siempre creciente: fue semestral, pero con sesiones de clase a la semana cuya periodicidad cambió hasta su último formato de una sesión de tres horas semanales; llegó a ofrecerse como diplomado los fines de semana para la formación de directores de taller (en convenio con el Ministerio de Cultura), hasta alcanzar su

estructura actual, un taller de 16 semanas, con una sesión semanal de 3 horas, para un total de 48 horas.

Las circunstancias críticas de la pandemia en 2020 dieron lugar a que el taller se ofreciera de manera remota, lo que no alteró, sino que incluso incrementó el número de inscritos, pues por primera vez pudieron llegar a él personas de diversas regiones del país y de otros países del mundo. Por este comportamiento, al terminar la pandemia, la Universidad Central tomó la decisión de mantener el TEUC en su formato remoto, que es el que se ofrece en la actualidad.

La praxis creadora

Dos factores explican en buena medida la perdurabilidad del TEUC en estos 45 años, a diferencia de otros espacios similares surgidos en la misma época, pero que se extinguieron con el tiempo. El primero es, sin duda, el apoyo de la Universidad Central desde sus inicios. Esta casa de estudios y, en su primer momento, el entonces rector Jorge Enrique Molina, acogió con entusiasmo la propuesta del maestro Isaías Peña Gutiérrez, y la apoyaron posteriores rectores como Guillermo Páramo Rocha, quien autorizó dar el salto del TEUC al pregrado de Creación Literaria, dentro del compromiso con las humanidades, la cultura y las artes que hace parte integral de la filosofía institucional centralista. Esta confianza, por supuesto, se ha visto recompensada por los resultados y por el reconocimiento alcanzado por el taller y los programas de pregrado y posgrado en Creación Literaria en el sector literario y cultural, no solo del país, sino del entorno latinoamericano.

El segundo factor es la consolidación de un programa y una propuesta formativa rigurosa y original por parte de su fundador, que se ha ido enriqueciendo con la experiencia y la reflexión constante de sus egresados, convertidos en nuevos escritores-docentes, creando una escuela que sigue una tradición, pero se renueva al lado de su fundador.

Esta propuesta, que el maestro ha ido ajustando con los años y se encuentra publicada en su libro *El universo de la creación literaria*, tiene como elemento central la noción de la *praxis creadora*, entendida

como esa actividad humana que hace posible la aparición de algo nuevo, distinto de lo anterior, que es propia de la creación artística en general y, por supuesto, de la creación literaria.

Tres momentos conforman esa praxis creadora. El primero es el reconocer, es decir, el ir atrás para apreciar cómo ha sido la tradición creadora en el campo específico, para asumir a partir de allí el oficio creador contemporáneo. En el campo literario, este momento plantea un recorrido comparativo, lo más amplio posible, crítico y alerta, sobre autores y obras de la herencia universal y colombiana, en los más diversos géneros y subgéneros literarios, tratando de identificar la manera como cada autor renovó lo anterior y abrió nuevos caminos de exploración creadora, recorrido que brinda las bases a partir de las cuales el nuevo escritor construye su obra.

El segundo momento es el conocer, es decir, el ejercicio de identificar los diversos recursos y prácticas indispensables para la escritura de obras literarias y apropiarlos en el propio proceso creador. Este momento surge, por supuesto, de la lectura atenta ya mencionada en el reconocer, pero da un paso más allá al sistematizar esos recursos, estudiarlos en detalle, diferenciarlos y entender las implicaciones de cada decisión que se tome en su uso dentro de la propia escritura.

El tercer momento es el crear, y surge de la interacción entre los dos anteriores. Crear es dar lugar a la nueva obra, que intentará diferenciarse de lo anterior, que se ha recorrido en el reconocer, mediante un uso renovado de las prácticas y recursos apprehendidos en el conocer.

Esos tres momentos de la praxis creadora componen íntegramente la propuesta formativa del TEUC. En el reconocer, cada sesión del TEUC comprende un espacio dedicado a leer y discutir autores y obras paradigmáticas de la literatura universal, propiciando no una lectura pasiva o superficial, sino una lectura que indaga en la manera como cada autor, en cada época, ha resuelto y asumido el oficio creador, y cómo el arte literario ha ido evolucionando en el tiempo, para que el aprendiz de escritor se ubique dentro de esa dinámica y asuma su papel como creador que sumará su obra a esa larga tradición.

En el conocer, cada sesión contempla un espacio para apropiar los recursos y prácticas indispensables para la escritura literaria (lenguajes, formas, narradores, personajes, estructuras narrativas, diálogo, descripción, narración, etc., que Peña Gutiérrez sistematizó bajo el nombre de *pentafonía literaria*), recursos que se van actualizando con el tiempo de la mano con la evolución del arte literario.

Y en el crear, los asistentes constantemente son invitados a escribir ejercicios originales de apropiación de los recursos recorridos en el conocer, con la intención de que experimenten con esos recursos, tomen conciencia de ellos y los apropien en su práctica cotidiana con la escritura. Como corolario, al final de cada versión del taller se organiza un concurso interno de cuento, en el que los asistentes ponen a consideración del grupo y de un jurado las obras surgidas de todo el proceso desarrollado durante el taller.

Dinámica en marcha

La experiencia de 45 años demuestra que muchas veces el taller no termina con la culminación de las sesiones, sino que continúa más allá del salón de clase. Por la propia dinámica que se crea dentro de cada versión del taller, son muchos los grupos que los egresados han conformado para seguir por su cuenta, a veces acompañados por el equipo docente del TEUC, en actividades como la creación de clubes de lectura, tertulias literarias, colectivos de trabajo de los cuentos y novelas de sus integrantes, conformación de emprendimientos editoriales, publicación de antologías o libros individuales, y realización de eventos de formación de públicos, como las lecturas dramatizadas, entre otras actividades relacionadas con el campo literario.

Esta dinámica, sumada a la trayectoria en la escritura que muchos de sus egresados han logrado consolidar con los años, explica en buena medida el reconocimiento alcanzado por el taller en los ámbitos local y nacional, e incluso en otros países de habla hispana.

Resulta significativo, en este sentido, que en el momento actual, cuando se viene registrando un gran auge de talleres de escritura, públicos y privados, a nivel local y nacional, el TEUC mantiene su

vigencia y sigue atrayendo, semestre a semestre, a un número importante de personas interesadas en explorarse como escritores.

Al ser un programa de educación continua, al taller ingresan desde estudiantes de bachillerato hasta personas pensionadas, con o sin título profesional. Quienes tienen título profesional provienen de campos del saber tan diversos como la contaduría, el derecho, la comunicación social, la ingeniería, la psicología, la medicina, la administración de empresas, las artes escénicas, las matemáticas y el cine, para solo mencionar algunos, que solo tienen en común el interés y la curiosidad por la escritura. Esta gran diversidad enriquece cada sesión, pues cada quien aporta desde su trayectoria y experiencia, lo que da lugar a un diálogo de saberes de gran valor alrededor de la creación literaria.

En los últimos años, además, por solicitud de los egresados, la oferta formativa se ha ampliado hacia un Taller de Novela, también estructurado alrededor de la praxis creadora, pero dirigido específicamente hacia la escritura en ese exigente género literario. El de novela es un taller de segundo nivel que poco a poco se ha ido consolidando y también ha encontrado un público que lo busca con interés.

Por todo lo anterior, es posible afirmar que el TEUC es un espacio consolidado, reconocido y apreciado, con una propuesta formativa que no solo resulta de la reflexión constante alrededor del oficio del escritor, sino que se actualiza continuamente, de la mano con la evolución natural del campo de la creación literaria. Una propuesta formativa que cumple 45 años de labores ininterrumpidas y que seguirá adelante, de la mano con los programas de Creación Literaria de la Universidad Central. ◯



Cuidar para transformar: la apuesta de la Universidad Central por el futuro de Colombia

Ángela Isabel Maldonado* |

* Directora de la Escuela de Salud, Cuidado y Protección Social de la Universidad Central. Especialista en epidemiología y en gerencia de la salud, magíster en dirección y doctora en ciencias de la dirección. Con amplia experiencia en docencia universitaria, investigación, acreditación en salud y gestión de riesgos clínicos.
Correo: amaldonador@ucentral.edu.co

En la conmemoración de los 60 años de la Universidad Central, más que hacer un simple recorrido por su historia, vale la pena reconocer su capacidad de transformarse y de responder a las necesidades reales de la sociedad. A lo largo de estas seis décadas, la universidad ha construido un camino sólido basado en el pensamiento crítico, el compromiso social y la formación de profesionales capaces de enfrentar los desafíos de su tiempo. En ese proceso, uno de los avances más significativos ha sido la creación de la Escuela de Salud, Cuidado y Protección Social, el 1.º de septiembre de 2020.

Esta escuela surge como resultado de la reestructuración de la antigua Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte, pero su significado va mucho más allá de un cambio organizativo. Representa una nueva manera de entender la educación, centrada en el cuidado como un eje fundamental para la vida en sociedad. Hablar de *cuidado* aquí no se limita al ámbito de la salud, sino que implica reconocer la importancia de proteger, acompañar y dignificar a las personas en sus distintos contextos.

Desde su creación, la escuela se ha consolidado como un espacio donde convergen distintas disciplinas que, aunque tienen enfoques propios, comparten un propósito común: el bienestar de las personas y las comunidades. En este sentido, el trabajo social, la enfermería y la psicología se posicionan como pilares fundamentales de esta propuesta académica, aportando miradas complementarias que enriquecen la comprensión del cuidado.

El trabajo social, en particular, juega un papel esencial al conectar directamente con las realidades sociales del país. Es una disciplina

que se construye desde la cercanía con las comunidades, desde la escucha activa y el reconocimiento de las múltiples formas en que se manifiestan la desigualdad y la vulnerabilidad. Los trabajadores sociales no solo intervienen en situaciones críticas, sino que también trabajan en la prevención, en la construcción de redes de apoyo y en la promoción de derechos.

En un contexto como el colombiano, donde persisten profundas brechas sociales, el trabajo social adquiere una relevancia especial. Su enfoque permite comprender que muchas de las dificultades que enfrentan las personas no son individuales, sino el resultado de condiciones estructurales. Por eso, su labor no se limita a atender necesidades inmediatas, sino que también busca generar transformaciones sostenibles, fortaleciendo el tejido social y promoviendo una mayor equidad.

Por su parte, la enfermería representa una dimensión del cuidado que se expresa de manera directa y cotidiana. Es la disciplina que está presente en los momentos más vulnerables de la vida, brindando atención, acompañamiento y soporte. Sin embargo, su importancia contrasta con la realidad del país, donde existe un déficit significativo de profesionales en este campo. Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2025), Colombia cuenta con aproximadamente 1,6 enfermeros por cada 1000 habitantes, muy por debajo del promedio de los países miembros, que supera los 9,2 por cada 1000.

Esta situación pone en evidencia la urgencia de fortalecer la formación en enfermería. En este sentido, la Escuela de Salud, Cuidado y Protección Social proyecta el desarrollo de un programa que no solo responda a la necesidad de aumentar el número de profesionales, sino que también garantice una formación integral. Se busca formar enfermeros y enfermeras con una visión amplia del cuidado, capaces de desempeñarse tanto en entornos clínicos como comunitarios.

Más allá de la atención médica, la enfermería también cumple un papel clave en la promoción de la salud y la prevención de enfermedades. Esto implica trabajar con comunidades, educar, generar conciencia y contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas.

Desde esta perspectiva, el cuidado se entiende como una práctica que va más allá de lo técnico, incorporando dimensiones humanas como la empatía, el respeto y la cercanía.

A su vez, la psicología aporta una mirada fundamental en torno a la salud mental, un tema que ha cobrado gran relevancia en los últimos años. Las transformaciones sociales, las crisis globales y las exigencias de la vida contemporánea han hecho evidente la necesidad de atender el bienestar emocional de las personas. Problemas como la ansiedad, la depresión y el estrés son cada vez más frecuentes, lo que plantea nuevos retos para las instituciones educativas y los sistemas de salud.

En este contexto, la formación de psicólogos con un enfoque en cuidado y protección social resulta especialmente pertinente. No se trata únicamente de intervenir en situaciones individuales, sino de comprender cómo los entornos sociales, familiares y culturales influyen en la salud mental. Esto permite diseñar estrategias más completas, que no solo atiendan las consecuencias, sino que también aborden las causas.

El valor de la psicología dentro de la escuela radica también en su capacidad de articularse con el trabajo social y la enfermería. Juntas, estas disciplinas permiten ofrecer respuestas más integrales, reconociendo que el bienestar de una persona depende tanto de su salud física como de su entorno social y su equilibrio emocional. Esta visión interdisciplinaria es, sin duda, uno de los mayores aportes de esta escuela.

Su creación en 2020 coincidió con el brote de la pandemia por COVID-19, un momento que puso en evidencia la importancia del cuidado en todas sus formas. Durante esta crisis, se hizo evidente el papel fundamental del personal de salud, de los trabajadores sociales y de los profesionales en salud mental. También quedó claro que el cuidado no puede entenderse como una responsabilidad individual, sino como un compromiso colectivo.

En ese sentido, la Escuela de Salud, Cuidado y Protección Social representa una respuesta oportuna a los desafíos actuales. Su enfoque no solo busca formar profesionales competentes, sino también

personas conscientes de su papel en la sociedad, capaces de actuar con sensibilidad, ética y compromiso.

Hoy, en el marco de los 60 años de la Universidad Central, esta escuela se presenta como una de sus apuestas más significativas hacia el futuro, no solo por los programas que proyecta, sino por la visión que propone: una visión en la que el conocimiento está al servicio de la vida, en la que la formación profesional va de la mano con la sensibilidad social y en la que el cuidado se reconoce como un valor fundamental.

Celebrar estos 60 años es, entonces, reconocer lo que se ha construido, pero también lo que está por venir. La Escuela de Salud, Cuidado y Protección Social es una muestra de que la universidad sigue viva, atenta, en diálogo con su tiempo. Y, sobre todo, es una apuesta por formar profesionales que no solo sepan hacer bien su trabajo, sino que también sepan cuidar, acompañar y transformar realidades.

Porque, al final, de eso se trata la educación: no solo de transmitir conocimientos, sino de formar personas capaces de hacer del mundo un lugar un poco más justo, más digno y más humano. Y en ese propósito, el trabajo social, la enfermería y la psicología no solo son importantes: son indispensables. ○



Un lugar para la memoria, la vocación y el porvenir

José Escobar Romero* |

*Hay lugares a los que creemos llegar por decisión y otros
que, silenciosamente, llevan años encontrándonos.*

* Director del Área de Conocimiento en Comunicación Estratégica del programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Central. Periodista y comunicador social, con profundización en reportería gráfica digital, y magíster en educación con énfasis en gestión educacional de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales de Chile.
Correo: jescobarr3@ucentral.edu.co

Las universidades son, ante todo, territorios de memoria. Por eso, más allá de los edificios, los programas académicos o los aniversarios institucionales, su verdadera historia se construye en las trayectorias de quienes las habitan, las transforman y encuentran en ellas un lugar para crecer. En el contexto de la conmemoración de los 60 años de la Universidad Central, esta reflexión se sitúa en el cruce entre historia institucional y experiencia personal.

Desde la perspectiva de la memoria institucional, las organizaciones universitarias no solo conservan archivos o celebran hitos cronológicos, sino que también configuran relatos compartidos que otorgan sentido a la experiencia de sus comunidades, tal como lo plantea Paul Ricoeur (2004) al afirmar que la memoria es una forma de reconstrucción narrativa del tiempo vivido, en la que el pasado adquiere significado a partir del presente.

En este marco, el presente artículo propone una crónica reflexiva sobre la evolución de un vínculo académico y profesional con la Universidad Central, una historia que inicia en la etapa de formación como estudiante de periodismo, atraviesa la experiencia docente y encuentra hoy una nueva dimensión en la responsabilidad de dirigir el Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica.

Cuando un lugar empieza a nombrarnos

Toda trayectoria significativa suele comenzar de formas discretas, y tal fue mi caso: el vínculo con la Universidad Central no nació de un plan trazado, sino de un encuentro lateral durante mis años de formación en periodismo, gracias a mi participación en los albores

de la insigne Cátedra Kapuscinski, un escenario de reflexión que se constituyó en un primer umbral de reconocimiento.

Aquel espacio representó mucho más que una experiencia académica ocasional: constituyó el descubrimiento de una manera distinta de entender el periodismo, más allá de la técnica, como un ejercicio crítico y ético de la profesión. En términos de formación profesional, este momento puede leerse como lo que Donald Schön (1992) denomina una experiencia de “reflexión en la acción”, en la que el sujeto resignifica su práctica a partir del contacto con nuevos marcos de comprensión.

Con el paso del tiempo comprendí que aquel momento había sido fundacional, y lo que entonces parecía aislado se reveló como el comienzo silencioso de una historia de pertenencia, como un vínculo inicial que comenzó a transformarse, pues, aun sin ser parte de la institución, desde entonces la Universidad Central dejó de ser un referente externo para convertirse en un espacio recurrente de mediación pedagógica.

Años después, volver desde la vocación docente, acompañado de mis estudiantes, resignificó profundamente la experiencia inicial y transformó ese descubrimiento individual en una posibilidad de formación compartida con mis nuevas comunidades de aprendizaje, construidas desde la interacción y la participación dentro de ecosistemas dinámicos, como el que nos presentó la cátedra en honor a uno de los más reputados referentes teóricos del ejercicio profesional.

En ese tránsito, la universidad comenzó a consolidarse como un espacio de construcción colectiva de sentido, en el que la docencia dejó de ser únicamente transmisión para convertirse en experiencia compartida y acompañamiento de trayectorias. Por eso, la evolución de este vínculo continuó a través de encuentros cada vez más cercanos con la vida institucional.

Tutorías, seminarios, procesos académicos, evaluaciones de trabajos de grado y, finalmente, la vinculación docente han sido momentos que consolidaron una relación más profunda con la Universidad Central. Desde una perspectiva académica, este proceso puede leerse a la luz del concepto de *identidad profesional*, entendido

como una construcción dinámica que emerge en la interacción entre experiencia, reconocimiento institucional y práctica reflexiva.

La posterior designación como director del Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica no representa únicamente una progresión laboral, sino la consolidación simbólica de una trayectoria construida desde la confianza institucional y la construcción colectiva.

La universidad como territorio de sentido

En una lectura más profunda, la institución aparece como un territorio simbólico donde convergen memoria, identidad, vocación y proyecto de vida. Esta perspectiva resulta especialmente significativa en el marco de los 60 años de la Universidad Central, pues invita a pensar que la historia institucional no se agota en las fechas, los hitos o los logros académicos, sino que se encarna en las trayectorias de quienes la hemos habitado y transformado.

Desde la perspectiva de Paul Ricoeur (2004), la memoria no constituye una mera acumulación de recuerdos, sino una reconstrucción narrativa que organiza el tiempo vivido y le otorga sentido desde el presente. Bajo esta mirada, la universidad se configura como un espacio en el que las experiencias individuales encuentran un lugar dentro de una historia colectiva más amplia.

La trayectoria profesional relatada no puede leerse de manera aislada, pues adquiere significado precisamente en diálogo con la memoria institucional y con la permanencia de un proyecto universitario que, a lo largo de seis décadas, ha abierto caminos para múltiples generaciones en diversos escenarios, dentro y fuera de las aulas.

En este sentido, la Universidad Central se presenta como un escenario de mediación entre lo personal y lo colectivo, donde las aulas, los encuentros académicos, los proyectos pedagógicos y las conversaciones con colegas dejan de ser acontecimientos circunstanciales para convertirse en hitos que estructuran una narrativa de pertenencia.

Cada uno de estos momentos, observado en retrospectiva, revela cómo la institución ha operado como espacio de reconocimiento, legitimación y construcción de sentido profesional. Por ello, la evolución

de esta trayectoria permite dialogar con la noción de *identidad profesional* para quienes hemos tenido el acierto de transitar rutas que se han cruzado con esta historia institucional.

Como plantea Pierre Bourdieu (1977), el campo académico constituye un espacio donde se configuran capitales simbólicos, posiciones y trayectorias que no solo definen roles, sino formas de habitar el conocimiento. Desde esta perspectiva, el tránsito por distintos lugares dentro de la universidad —estudiante visitante, docente, tutor, director— no representa únicamente una secuencia funcional, sino una transformación progresiva en la relación con el saber, la comunidad y la responsabilidad institucional.

Existe, además, una dimensión profundamente humana que atraviesa esta reflexión: la universidad, además de formar competencias, también acompaña procesos vitales. Si me centro concretamente en el campo de la comunicación estratégica, esta experiencia adquiere una resonancia particular, pues pone de manifiesto la importancia de comprender la formación no como acumulación de contenidos, sino como construcción de miradas, sensibilidades y capacidades para leer contextos.

La institución, en este caso, no solo ha sido escenario de crecimiento profesional, sino también espacio de maduración personal y de afirmación vocacional. Por esto es posible afirmar que las universidades, especialmente aquellas con una historia consolidada, son también lugares de destino simbólico que reciben trayectorias que se transforman, se proyectan y se convierten en parte constitutiva de la propia memoria.

Al mirar esta trayectoria en perspectiva, resulta evidente que no todas las historias profesionales se construyen desde rutas lineales, planificadas o plenamente conscientes, pues algunas, como la que aquí narro en primera persona, se desarrollan como procesos de descubrimiento progresivo, en los que el sentido de cada etapa se ha revelado con la distancia que ofrece el paso del tiempo.

Lo que comenzó como un encuentro aparentemente circunstancial durante mi etapa de formación en periodismo terminó configurándose, con los años, en una historia de pertenencia

profunda a la Universidad Central, en la que cada retorno, cada conversación, cada aula habitada y cada nueva responsabilidad fueron consolidando una relación que evolucionó desde la curiosidad inicial hasta la construcción de un lugar propio dentro del proyecto académico institucional.

En el contexto de la conmemoración de sus 60 años, esta reflexión adquiere una dimensión que trasciende lo autobiográfico, pues la historia personal aquí relatada funciona también como una metáfora de lo que hacen las instituciones educativas cuando logran trascender su función instrumental: no solo forman profesionales, sino que acompañan trayectorias humanas, crean comunidad y se convierten en escenarios donde la vocación encuentra cauce y permanencia.

Quizá uno de los aprendizajes más significativos de este recorrido es comprender que los lugares no siempre son escogidos de manera inmediata; en ocasiones, son ellos quienes nos encuentran. La Universidad Central, en esta crónica, aparece precisamente como ese lugar que fue construyendo sentido, incluso antes de que ese sentido pudiera ser plenamente nombrado, tal como sucede en la actualidad.

Hoy, desde la responsabilidad de dirigir el Área de Conocimiento de Comunicación Estratégica, esta trayectoria adquiere un nuevo valor: no representa un punto de llegada definitivo, sino que se suma a la continuidad de una historia que sigue escribiéndose. En sus 60 años, la institución, además de celebrar su pasado, se muestra capaz de seguir abriendo caminos para quienes aún están por encontrar en ella un lugar de formación, crecimiento y pertenencia.

En suma, hay instituciones que dejan de ser únicamente ello para convertirse en hogares académicos que albergan memorias compartidas y horizontes de futuro, entretejidos entre colegas, generaciones y motivaciones. Allí se expresa la verdadera trascendencia de una universidad: su capacidad de permanecer no solo en la historia, sino en la vida de quienes la hacen posible.

Y si hoy, al mirar hacia atrás, esta historia encuentra palabras, es porque la gratitud también necesita ser narrada. Gratitud por las ocasiones que abrieron preguntas, por las voces que acompañaron el camino, por las aulas que se convirtieron en territorio de aprendizaje

y por la confianza que, con el tiempo, hizo posible habitar esta institución desde distintas perspectivas y responsabilidades.

Porque algunos lugares no solo nos reciben, sino que nos transforman, nos acompañan y, con el tiempo, terminan por convertirse en parte de quienes somos. Por eso, al conmemorar los 60 años de la Universidad Central, esta no es solo la crónica de una trayectoria personal, sino también un acto de reconocimiento a una universidad que ha sabido sembrar futuros, acoger vocaciones y transformar vidas.

Gracias, Universidad Central, por estos caminos abiertos y por hacer de ellos un hogar para la memoria, la vocación y el porvenir. ○

Referencias

- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social* (2.^a ed.). Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido* (A. Neira, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Schön, D. A. (1992). *La formación de profesionales reflexivos: hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Paidós.



A la buena gente, llamarla por su nombre

Alejandro Sandoval* |

* Chef, maestro chocolatero, paisajista. Estudió artes plásticas en nivel maestría en historia del arte en Avignon. Fue catedrático de la Universidad Javeriana, asesor del alcalde de Bogotá Antanas Mockus y asesor en espacio público de la Cámara de Comercio de Bogotá. Correo: s.a.locrudoylococido@gmail.com

Evocaría las Universidades Centrales que conocí al nombrar a personas geniales que, en su momento, resolvieron problemas sociales, económicos y culturales teniendo el cuerpo y la salud de las personas como derroteros de la ciencia; algunos nombres aparecen como salidos de un sombrero porque pensaron el estudiar como barómetro de la calidad de vida.

Serían solo palabras: *gente, calidad de vida*. Estas tienen un significado diferente por tratarse de algo sucedido en un centro de educación superior habitado por profesores, estudiantes y administrativos, si es que queremos un ambiente donde las personas deseen ir a trabajar todos los días; en este caso, ir, estudiar y producir conocimiento. Estudiar sería un terreno abonado por la investigación, la creatividad, la disciplina, etc. En mi opinión, y si mal no estoy, a este parámetro se le podría sumar un determinante inusual: lo sabroso. Y es que, para estar bien, uno tiene que tener buena salud; entonces, sería un grupo humano con gentes sanas y bien dispuestas. De lo contrario, se puede estar confundido con pagar para estar parchado simulando la vida, y es que estudiar, por pesado que se quiera, implica gustar de ser inteligente, leer, escribir, problematizar; es resolver problemas como método del ser y del estar para proyectarse y trabajar, vivir de eso.

Tendría el honor de haber sido invitado dos veces a trabajar en la UC —con un doctorado en geografía urbana de la Sorbonne de por medio—. La primera, siguiendo el recorrido del combatiente —profesor taxi, de cátedra—, y eso luego de haber sido asesor del espacio público durante el gobierno distrital del alcalde y profesor Antanas Mockus, el de la cultura ciudadana; ahí llegué a pensar que ese sería mi momento. Para entonces, la Universidad Central era un epicentro de jóvenes que participaban del medio académico, muy entusiastas y

discutidores de todos los temas de mayor relevancia para el país; hasta creo haber visto manifestantes para que el presidente Pastrana no presentara su gran proyecto de implementar la siembra casi obligatoria de transgénicos en Colombia, desde su famosa reunión de Cartagena... Aún me gustaría que Colombia, por su geografía, no fuera el escenario exclusivo de ciertos cultivos que, por la forma de comerciarse, solo pueden acarrear más corrupción, tan buenos son.

Serían unas oficinas de humanidades y de sociales que quedaban más o menos donde hoy queda la portería; allí, todos los días, se encontraban, atiborrados y hasta altas horas de la noche, sin que hubiera sillas para todos, jóvenes y profes de todas las carreras, cuestionando textos, películas, arte, ciencia y tecnología. Hasta el porte de la corbata fue ampliamente discutido. En verdad, sorprendía la disponibilidad general para emprender diálogos y proyectos con estudiantes y profesores voluntariosos; así fue fácil organizar eventos, congresos o salidas de campo. Todo, con algo muy extraño: siempre de la mano de “la escuela de pedagogía”, liderada por mujeres —si no estoy loco, psiquiatras— de un valor intelectual difícil de encontrar. Gloria Alvarado y Marta Baracaldo llegaban todos los días, muy bien cargadas de libros subrayados, frescas, a dar línea con manojos de ideas por estudiar. Aún no sé por qué se hablaba tanto de plagio, de problematizar (problema resuelto); en ese entonces no se conocía la inteligencia artificial, ni siquiera para repetir lo que dicen los libros o para hacer tareas.

Luego llegaría una segunda invitación: participar como docente en la Central, pero a tiempo completo y después de transitar por Europa y Asia como chef; nuevamente, con la carga de llevar a discutir las humanidades y las supuestas ciencias humanas y sociales para un público cada vez más exigente, inconforme con su lugar en la historia y en la sociedad; paradójicamente, cada vez más conectado y aislado de la escuela tradicional, más inteligente que artificial. Fue dar el paso de leer en la biblioteca libros, periódicos y revistas, con internet recién aparecido, a consultar chats de IA para estudiar; ¡una vuelta de tuerca, diría James, Henry, no el Rodríguez de la selección nacional!

Surgirían entonces tareas como diseñar desde cero ofertas académicas, lo que es una delicia, un bocado de cardenal: currículos superinteresantes para su momento. Con el arquitecto urbanista *Fernando Viviescas* hicimos, o más bien proyectamos, con la ayuda del melómano, percusionista e ingeniero mecánico *Aliex Trujillo*, alias el *Cubano*, la “carrera de Diseño”, carrera que pensamos —de seguro— le hubiera cambiado el caminado a la UC por sus implicaciones sociales y su impacto en el mercado de la educación. La propuesta se fue a pique supuestamente porque usamos mal y en público la palabra “modernidad”, palabra que en su momento se malinterpretó después de dos años de arduo trabajo. ¿Una discusión sobre la modernidad? Eso hay que vivirlo para contarlo, loquito tropical.

Proyectaríamos revistas en reuniones tan interesantes como interminables por lo elocuentes. Serían tiempos que requerían de la paciencia del maestro *Isaías Peña*, tratando de organizarnos en consejos de redacción: argumentábamos sobre lo destacable, lo políticamente incorrecto, las críticas, los artículos y los concursos que mantenían un hervidero de ideas y de participación estudiantil, de un escaso modo vital. De los concursos recordaría dos, y eso por razones estrictamente personales: 1) porque me los gané con el sudor de mis plumas, y 2) porque eso implicó celebraciones, alegría y amigos.

Mientras cursaba el Taller de Escritores, también con *Óscar Godoy*, ganaría el primer premio del Concurso Internacional del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), en 2007, con un disparate de cuento geográfico, “La casita azul”, sobre cómo, en el barrio de los burdeles, donde ahora quedan las universidades Central y Tadeo, allí tras el cementerio de Las Nieves, un mundo vio a mi papá perder su adolescente virginidad; también, su muerte (*Hojas Universitarias*, 60, 2008, pp. 152-156). Y en cuanto al segundo, con ese bienestar universitario cuya directora, *Luz Amanda Salazar*, me permitió crear un concurso de artes plásticas donde participamos todos quienes quisimos en la universidad. Me imagino que el primer ganador del Salón del Artista pudo ser el muy honesto artista plástico y decano de Ingeniería *Julio Mario Davis*; allí participábamos todos, desde el personal de apoyo hasta miembros del Consejo Superior, pasando

por estudiantes y profesores, con nuestras fotos, dibujos, esculturas, *performances* y pinturas; concurso que pomposamente llamamos “El Salón del Artista”, salón del que esperé a que me retiraran del comité organizador para ganármelo, con una obra hoy en posesión de mi médico/chamán/curandero: “Sana que sana, culito de rana” (ganador, 6.º Salón del Artista, Universidad Central), un tríptico porno-batraco con alusiones sanadoras de la sabana de Bogotá.

Me saltaría, como las ranas en agua caliente, a ese otro proyecto de diseño curricular de una carrera de gastronomía que nos fue encomendado y por el cual representamos a la UC en el V Congreso de Cocinas Andinas de Quito, pero que también se dañó por razones procedimentales, creo yo. Esta vez, no por una palabra, sino por una carta de más por fuera del protocolo, por lo que agradezco a la providencia; de no ser así, tal vez estaría pelando papas hasta hoy, en vez de vivir, y en directo, la desinformación de la tercera guerra mundial por TikTok.

Faltaría dar un brinco por haber tratado de roer un hueso más duro, si no el más importante, por tratarse de influir en mejorar la calidad de vida de los habitantes de la UC. Convencido de que todo entra por la boca, desde mi perspectiva, que es esta: en la naturaleza ningún animal elige comer su propio veneno como alimento, ni lo busca ni lo publicita. ¡Error: nosotros sí! Nos encanta la comida ultraprocesada, los aceites vegetales, los disruptores endocrinos, así nuestro médico nos lo prohíba. Si señalamos los contenidos de las vitrinas, podríamos iniciar la tarea de ser críticos frente a la calidad de la alimentación; nosotros, en Colombia, desde jóvenes, desde nuestra primera infancia *in utero* y hasta en los huesos más viejos, tenemos una dieta sin control del Estado, libertaria, culturalmente insalubre (todo lo cocinamos en ollas de aluminio o pintadas con teflón), un ACPM de sustancias inflamatorias. Esto fue confirmado y se exacerbó durante la pandemia, por lo que aquello que parecía ridículo, como de pequeño burgués en su momento —explicar a las personas el alcance de la nutrición—, lo hicimos pacientemente en dupla con el doctor Luis Enrique Ardila: dictamos talleres y clases explicativas de nutrición con énfasis en la inflamación que causan tanto la glucosa como el estrés y el sobrepeso...

Una guerra lamentablemente perdida, pues, si se considera que las enfermedades de mayor incidencia para la salud en el mundo están relacionadas con la calidad de nuestras emociones y con la de los nutrientes de nuestra ingesta, en una universidad uno se podría permitir pensar en la salud mental y nutricional de los individuos.

Estaría entonces cerrando mi ciclo como académico, con mis ganas de crear un restaurante universitario (lo intenté, pero a nadie le pareció un buen negocio), como gerente de la Corporación de Universidades del Centro, sin haber satisfecho mi apetito de crear, definitivamente y en la práctica, lugares comunes de salud nutricional para todos los estudiantes de Bogotá y del país que a diario se adentran por las entrañas de la ciudad y de sus vidas sin tener dónde descubrir lo que es comer bien, tomar bien, en ambientes de fiar.

En este artículo escribí dos veces la palabra gente, “*la gens*”, y me disculpo por mi obtuso, si no humilde, vocabulario. Sé que puede sonar grosero, pero no es mi intención; es como cuando los comunistas usan la palabra “pueblo” para definir a los colombianos: uno no sabe si se trata de uno o de todo el mundo. Es simplemente porque al lenguaje le faltan palabras. Bueno, también nos faltaría una buena revolución industrial para poderlo hacer, pero sería objeto de otro artículo más sangruno. O, sin pretensiones, proponer al menos una salsa saludable: la dejo de última tarea, una romesco, que uno se puede untar hasta la saciedad con cualquier comida. ○

El eco de los muros blancos: 60 años habitando un sueño

Manuel Ávila* |

* Director del Área de Industria Inteligente, programa de Ingeniería Industrial, de la Universidad Central. Ingeniero industrial con especialización en gerencia de proyectos y magister en gestión logística integral y comercio internacional en la Universidad Camilo José Cela de Madrid (España).
Correo: havilas@ucentral.edu.co

Hoy me detengo frente al umbral de mi *alma mater* y no veo solo una institución: veo un espejo cronológico. En el reflejo conviven dos hombres: el joven que cruzó estas puertas con más incertidumbres que certezas y el profesional que hoy tiene el honor de dirigir el programa de Ingeniería Industrial. Celebrar los 60 años de la Universidad Central es, para mí, celebrar la cartografía de una vida que se transformó entre sus aulas.

La audacia del abismo

A los dieciocho años, la perspectiva es un lujo que no te puedes permitir: solo tienes el impulso. Recuerdo aquel momento como un salto al vacío con los ojos cerrados. Sin un análisis financiero riguroso, pero con una fe inquebrantable, firmé un compromiso con el Icetex que era, en esencia, una apuesta por mi propio futuro. Me trasladé a Bogotá, una ciudad desconocida y fría que me recibió con el desafío de la supervivencia: trabajar para sostenerme y estudiar para trascender.

A los jóvenes que hoy dudan, les digo: la estrategia es valiosa, pero la esperanza es el motor que permite recorrer el primer kilómetro. Llegué sin contactos, pero con la alegría de saber que ya no era un espectador de mi destino, sino su arquitecto. En la Universidad Central aprendí que los grandes beneficios no siempre son visibles al inicio del camino; se revelan a medida que los pies se fortalecen al andar.

El tejido de lo invisible: amistad y vocación

Dicen que la universidad es una fábrica de profesionales, pero la nuestra es, sobre todo, una forja de seres humanos. En estos corredores

blancos, que guardan el murmullo de tantas generaciones, tejí una red de afectos que hoy son mi capital más sagrado. He aprendido que un título te abre puertas, pero una amistad genuina te sostiene cuando esas mismas puertas parecen cerrarse.

Y en medio de ese torbellino de juventud ocurrió lo inevitable: me enamoré. No solo de las personas que marcaron mi historia personal, sino de algo más profundo: mi vocación. Descubrí que la ingeniería no era solo optimizar procesos o calcular rentabilidades; era una herramienta de transformación social. Entendí que la verdadera competitividad nace de la excelencia humana y que un ingeniero industrial es, en esencia, un tejedor de realidades más justas y productivas.

Las cinco miradas de una transformación

Mi paso por estas aulas no fue un proceso lineal, sino una expansión en múltiples dimensiones que hoy defino a través de estas cinco miradas:

Mirada de la experiencia social (el capital de los afectos): El humanismo en la Central no es una teoría, es una vivencia que se impregna en la piel. Alguien me dijo una vez: “Valen más los amigos que la plata”, y el tiempo ha transformado esa frase en una verdad irrefutable. En estos pasillos comprendí que la red de contactos no es una lista de conveniencias, sino el capital social con el cual sostenemos nuestros sueños. Son esas amistades genuinas las que ofrecen el valor emocional irremplazable para reír en el acierto y levantarse en el error, y las que funcionan como la brújula necesaria para crecer no solo como expertos, sino como seres integrales.

Mirada de la apropiación del conocimiento (la curiosidad insaciable): Descubrí una paradoja liberadora: cuanto más estudiaba, más consciente era de mi propia ignorancia. No por falta de capacidad, sino porque comprendí que el conocimiento es un océano plural en el que conviven el rigor estructurado de la ciencia y la sensibilidad de lo social. Esto despertó en mí una curiosidad que hoy marca mi diferencia

profesional. Mientras algunos se limitan a recitar lo aprendido, la Central me enseñó a integrar y cuestionar. Mi criterio no viene solo de los libros, sino de la audacia de preguntar “¿qué pasaría si...?” y de valorar las conversaciones profundas que emanan de la experiencia compartida.

Mirada de la construcción de red (la arquitectura de lo invisible): La academia me permitió entender que en el universo no existen elementos aislados. Absolutamente todo está conectado: las ideas con los sentimientos, el rigor técnico con el propósito de vida. Aprendí a ver a las personas no como individuos aislados, sino como nodos de una gran red en la que la huella que dejamos es el pegamento que une a la sociedad. Somos, en esencia, el resultado de las conexiones que nos atrevemos a tejer.

Mirada de la plataforma de crecimiento (la frontera de los retos): Estoy convencido de que solo creces cuando te enfrentas a desafíos que superan tus respuestas actuales. Mi historia en la universidad fue un campo de entrenamiento constante: llegué a una ciudad nueva, asumí la responsabilidad de un ejercicio laboral temprano para costear mis pasos y navegué la compleja transición académica de la Ingeniería Electrónica a la Ingeniería Industrial. Fue bajo esa presión como moví las fronteras de mi ser en los planos mental, emocional y físico, y descubrí que la Central no era solo un lugar de estudio, sino el escenario en el que aprendí a superar mis propios límites.

Mirada del catalizador de sueños (el legado de la resiliencia): Hoy, cuando entrevisto a un joven aspirante, no veo a un extraño: me veo a mí mismo sentado frente al futuro. Reconozco en esos aspirantes el alma de las familias que, como la mía, entregan sus ahorros y sus esperanzas para impulsar el destino de sus hijos. Pero he aprendido que el dinero no es suficiente; lo que realmente transforma la realidad es la solidez mental y la disciplina heredada de los padres. Mi éxito no es solo producto de una matrícula, sino de la resiliencia que aprendí en casa y que la universidad se encargó de potenciar para convertirme en un agente de cambio social y empresarial.

El relevo del agente de cambio

Hoy porto con orgullo el estandarte “centralista”. Estas paredes blancas fueron el lienzo en el que pinté mis primeras ambiciones y en el que la adversidad moldeó mi resiliencia. Ahora, desde la dirección, mi misión es devolverle a la universidad lo que ella me entregó con creces: ser un catalizador de movilidad social, humana y cognitiva.

A los jóvenes que hoy habitan estas aulas: no busquen solo un título; busquen una transformación. La Universidad Central no cumple años en sus edificios, sino en las vidas que logra encender. Que estos sesenta años sean el combustible para que ustedes, como yo, se conviertan en los agentes de cambio que nuestra sociedad tanto necesita.

¡Feliz aniversario, Universidad Central! Gracias por ser la casa donde aprendí que los sueños, con disciplina y amor, siempre encuentran su camino. ◉



Entre pasillos y recuerdos: sesenta años de memoria institucional

Vladimir Minorta Cely* |

* Docente del programa de Biología y Servicios de Ciencias Naturales, de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas de la Universidad Central. Biólogo, magíster y doctor *summa cum laude* en ciencias-biología por la Universidad Nacional de Colombia. Investigador. Correo: vminortac@ucentral.edu.co

¿Qué se entiende por *memoria institucional*? Esta es una pregunta recurrente en las conmemoraciones. Hablamos de memoria y aludimos a cadenas de recuerdos, afectos, tensiones, entre otras. Me gusta la idea de que la memoria institucional es una construcción colectiva y dinámica; sobre todo, un conjunto de símbolos que otorgan cohesión e identidad a una comunidad. También integran la memoria los silencios y las discusiones en los pasillos, la angustia, la nostalgia y el vértigo de asumir responsabilidades sociales, académicas y personales. Se trata de un palimpsesto de vivencias, en el que la formación académica no se reduce a un depósito documental: constituye un acto de humanismo que recupera las voces de quienes habitaron los espacios del campus, un diálogo intergeneracional y un artefacto de orgullo que legitima el sentido de pertenencia. Sin memoria, las instituciones carecen de raíces y, por tanto, de frutos, pues la Universidad no es solo edificios, sino vínculos vivos...

Cuando deambulo por el campus, además de pensar en esto, reflexiono sobre lo que realmente palpita en sus pasillos, en las historias no escritas que transcurren entre dos hitos: el primer día de ingreso de un estudiante y el día de su graduación profesional. Asimismo, pienso en nuestro compromiso institucional, en nuestra responsabilidad como docentes y en los retos que demanda la dimensión formativa del capital intelectual: preparar profesionales capaces de enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Nuestra Universidad cumple sesenta años. Seis décadas de estudiantes, profesionales y vidas. Heráclito de Éfeso afirmó: “*Ethos anthropoi daimon*” —el carácter es el destino para el hombre— (fragmento 119, ed. Diels-Kranz). En un escenario pluricultural y diverso como el universitario, ese carácter se construye en el disenso

respetuoso, en la escucha del otro y en la aceptación de la fragilidad como punto de partida del aprendizaje colectivo. Es bien sabido que la universidad debe potenciar el pensamiento crítico, científico y humanista. Nuestros estudiantes esperan de nosotros herramientas que les permitan, además de ejercer sus profesiones, ser personas que impacten y transformen la sociedad. La educación universitaria contemporánea exige profesionales que afronten la incertidumbre y propongan soluciones colectivas, no individuales. La diferencia no es un obstáculo: es el combustible de la creatividad pedagógica y de la innovación social.

Las crisis visibilizan liderazgos informales y enseñan que la memoria institucional se escribe también en los márgenes del caos. La pandemia de COVID-19 constituyó un caso paradigmático. Nuestra Universidad, como muchas otras, se vio obligada a cerrar sus puertas físicas y a habilitar de emergencia centenares de aulas virtuales y clases en línea. La transformación fue abrupta: docentes que nunca habían usado plataformas digitales aprendieron a grabar clases desde sus hogares y una comunidad estudiantil asumió con gallardía la continuidad de su proceso de formación académica.

El trabajo intenso en jornadas académicas mediadas por computadora dejó huellas de fatiga en toda la comunidad universitaria, pero también reveló una sorprendente capacidad estudiantil de adaptación. El apoyo colectivo y el colegaje permitieron avanzar en medio de la crisis mundial. Transitamos quizá por una de las lecciones pedagógicas más contundentes: más allá de la tecnología, lo que sostuvo el andamiaje universitario fue el humanismo, tanto en su modo de inserción como en su impacto en la ciencia, la sociedad y la cultura que demanda el profesional del siglo XXI, sustentado en la ética, la solidaridad y los nuevos paradigmas comunicativos. La Universidad Central no solo se mantuvo; aprendió que la presencialidad es irremplazable para ciertos vínculos, pero que la comunidad puede consolidarse incluso en la distancia. Las jornadas de diseño remoto, los grupos de mensajería para resolver dudas a altas horas de la noche, los préstamos de equipos entre compañeros: todo ello construyó una memoria sin precedentes que ningún plan de estudios había previsto.

Esta experiencia subraya que nuestra Universidad se caracteriza por su dinamismo y diversidad, cuya plena realización exige la convivencia. La memoria institucional no se construye mediante la supresión de las tensiones o las diferencias, sino a partir de la búsqueda de un lenguaje común fundado en la experiencia compartida. Asumir los retos de la modernidad implica reconocer que ninguna voz es prescindible y que el conocimiento se configura en el disenso fecundo y respetuoso, no en la homogeneidad silenciosa. En este sentido, la Universidad Central del siglo XXI debe concebirse, ante todo, como una polifonía de saberes y una escuela de ciudadanía global. La diversidad ha dejado de ser un desafío para convertirse en un rasgo distintivo de su proyecto pedagógico. Así, nuestra memoria institucional no constituye un mero depósito de documentos, sino un relato en permanente construcción.

Al celebrar sesenta años, no solo miro atrás para enumerar logros; me pregunto qué otras voces nos faltan por escuchar, qué experiencias cotidianas seguimos silenciando y cómo los próximos sesenta años se empezarán a escribir esta tarde, en algún pasillo, con un gesto aparentemente pequeño pero genuino. Seguir narrando, cuestionando y escuchando es también seguir siendo universidad; es también seguir siendo docente, estudiante, gestor...

En este punto, considero justo la capacidad de mis colegas docentes. He escuchado de múltiples maneras que “el profesor de hoy no es un mero transmisor de contenidos; es un diseñador de experiencias de aprendizaje...”. Y es incluso mucho más. Nos hemos transformado en escuchas activos de las angustias juveniles y en actores necesarios en la sociedad contemporánea, sometida a velocidades tecnológicas y comunicativas vertiginosas. Ha sido y seguirá siendo un reto duro. Pienso en mis colegas como constructores y artífices de la memoria viva: las clases, los laboratorios y las salidas de campo son el puente entre el conocimiento acumulado y la curiosidad del presente. Sin la vocación y la responsabilidad del docente, la tecnología más avanzada no es más que un artefacto frío. El docente forma no solo con su saber disciplinar, sino con su ejercicio humano, con su fatiga compartida y con su entusiasmo por innovar. En cada clase sincrónica o

asincrónica, en cada correo respondido a altas horas, en cada tutoría que se extiende más allá del horario, se construye al profesional del futuro y se fortalece la cohesión social.

La Universidad Central de los próximos sesenta años será, ante todo, más humana. Somos una institución centrada en las personas, que reconoce que el corazón de la vida universitaria late en cada integrante de su comunidad: en quienes enseñan con paciencia, corrigen con empatía y celebran cada logro estudiantil como propio; y también en quienes asisten a clases a pesar de sus angustias e incertidumbres, y han tomado la firme decisión de confiarnos su formación profesional. Estos sesenta años no serían los mismos sin nuestros estudiantes, sus familias, sus esperanzas y sus anhelos.

Esta celebración de la memoria institucional constituye, asimismo, un sentido y respetuoso homenaje a toda la comunidad académica que me acogió hace ya ocho años y me ha permitido participar en múltiples procesos de formación de nuevos profesionales. Agradezco, de manera especial, a mis colegas docentes, al personal administrativo y, muy particularmente, a mis estudiantes, a quienes debo gran parte de estos aprendizajes. ○



Agradecimientos

El equipo editorial de *Hojas Universitarias* agradece la colaboración y el apoyo de los estudiantes de la Universidad Central que participaron en el proceso editorial de este número:

- Jersy Steffany Quecan Duarte, de Ingeniería Ambiental
- Paula Andrea Duque Parra, de Derecho
- Laura Daniela Dosa Acevedo, de Cine
- Heimy Sophia Ortiz Páez, de Cine
- Ivanna Manuela Rivera Monsalve, de Creación Literaria
- Santiago Calan Devia, de Creación Literaria
- Sebastián Velásquez Grandett, de Trabajo Social

Agradecimiento especial a la Dra. Paula Andrea López López, rectora de la Universidad; al maestro Isaías Peña Gutiérrez, cofundador de la revista *Hojas Universitarias*; al equipo de Máster Central, por el préstamo del material fotográfico y audiovisual —especial reconocimiento a Eraidá Reyes Duarte—; a Gabriel Enrique Duarte Rojas, por la foto de portada y el trabajo realizado para la "Galería fotográfica"; a la revista *Nómadas* por su asesoría y acompañamiento editorial; al equipo del Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación - CRAI y al equipo de la Escuela de Estudios Transversales.

Y a quienes vistieron de tinta nuestras páginas y transformaron el silencio en arte: gracias por tejer con sus palabras el alma de esta edición especial. ○



HOJAS

UNIVERSITARIAS



UNIVERSIDAD
CENTRAL

